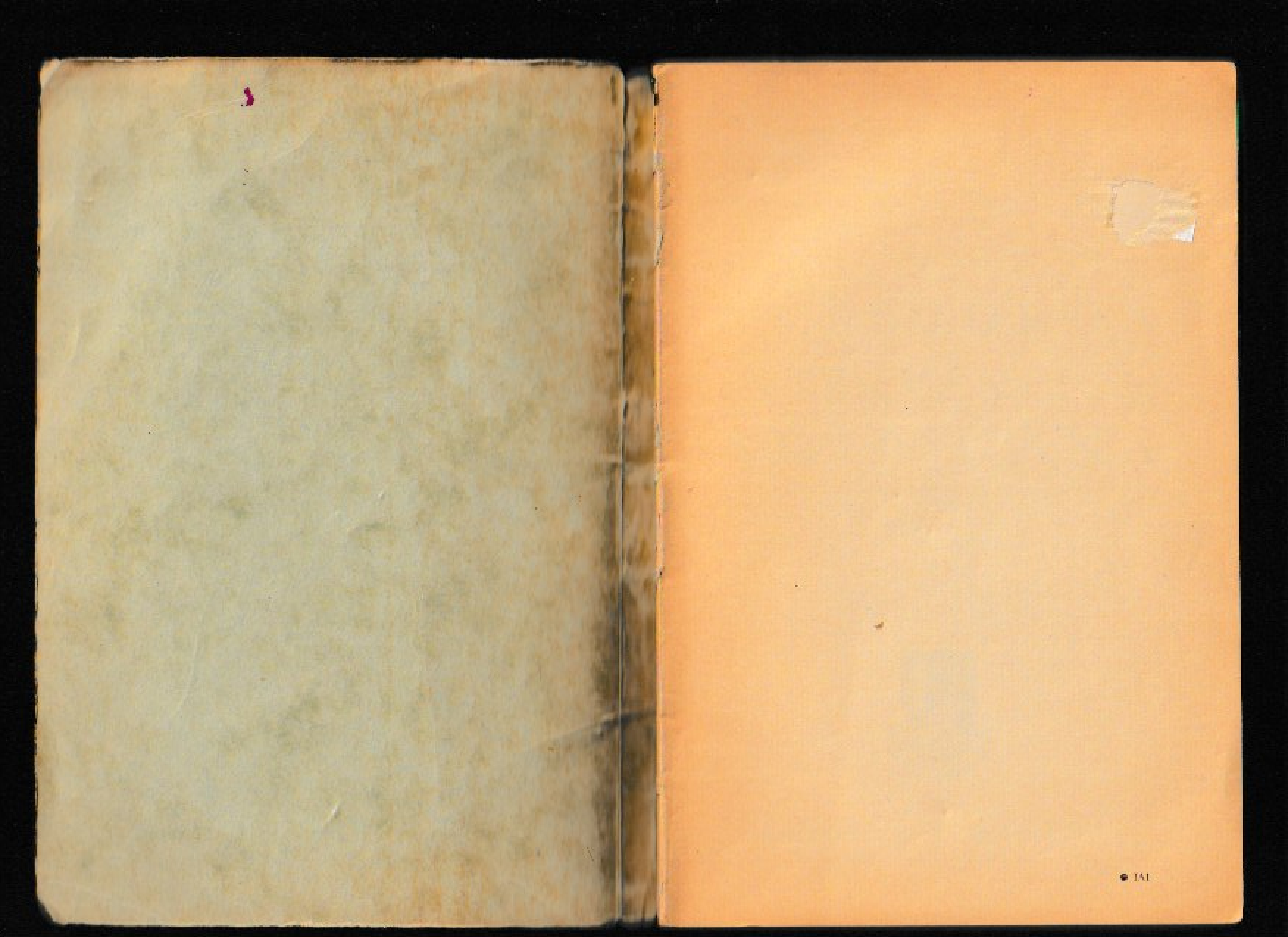
ANGEL LASCURAIN Y OSIO

LA SEGUNDA INTERVENCION AMERICANA

SEGUNDA EDICION



Editorial H. T. Milenario
México, 1967


● JAI

ANGEL LASCURAIN Y OSIO

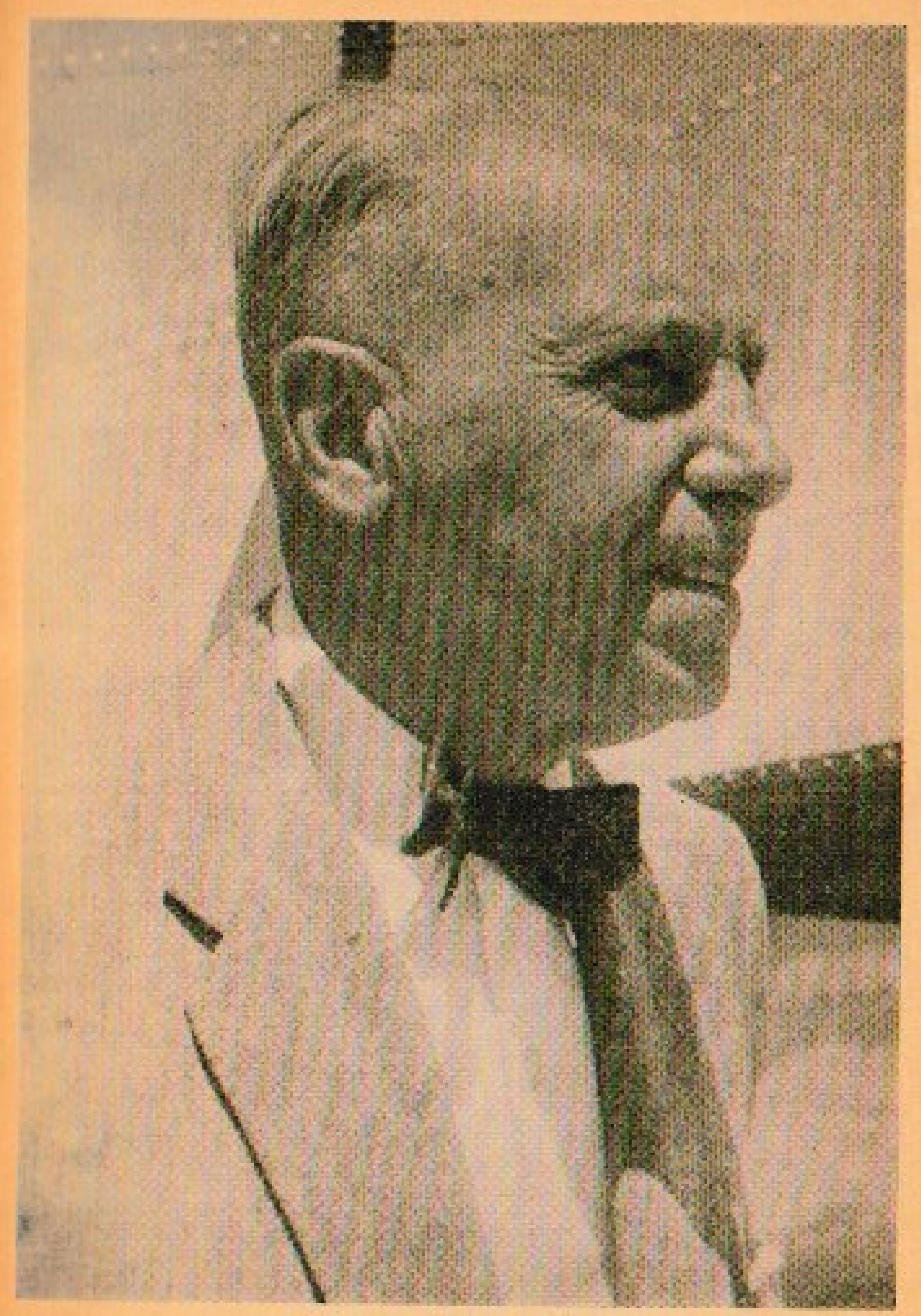
LA SEGUNDA INTERVENCION AMERICANA

SEGUNDA EDICION



Editorial H. T. Milenario
México, 1967

Primera edición, Editorial Jus, S. A.—Mayo de 1957.—3,000 ejemplares.
Segunda edición, H. T. Milenario.—Agosto de 1967.—2,000 ejemplares.



El autor de este Libro

Capítulo I

INTRODUCCION

Todas nuestras luchas políticas, desde la iniciación de la Independencia hasta nuestros días, han tenido en forma más o menos velada o totalmente abierta la intervención del Gobierno americano, que muy hábilmente desde los albores de esa nacionalidad, fue preparando el terreno para dominar a toda Iberoamérica.

De sobra conocemos la actuación de Poinsett a raíz de nuestra Independencia, siendo él el factor principal para expulsar a nuestro libertador Iturbide, y sumergiendo al país en revoluciones por el temor de que aquél fuera a hacer de nuestra patria un país fuerte, mucho más tal vez que lo fueron en aquel entonces los Estados Unidos. Ayudado por muchos traidores, sumió a nuestro país en una serie de contiendas, que prepararon la desmembración de nuestro territorio, arrebatándonos primero a Texas y posteriormente a California y Estados colindantes.

No les bastó el arrebatarnos más de la mitad de nuestro territorio, sino que continuaron con sus intrigas, ayudando siempre a los partidos de desorden, que no buscaban la integridad y mejoría de nuestra Patria, sino

sólo su conveniencia personal, o la de su partido, sacrificando a ello todos los caros intereses de México. Así vemos a Juárez solicitando ayuda de los americanos, para apresar los barcos de Miramón que lo asediaban en el puerto de Veracruz, cuando todavía no pasaban 10 años del vergonzoso tratado de La Mesilla. Igualmente firmando el tratado McLane-Ocampo, que entregaba el Istmo de Tehuantepec y de hecho varias provincias del Norte; tratado que felizmente no se llevó a cabo, por las condiciones internas de los E. U. en vísperas de su guerra de Secesión, por el temor de los Estados del Norte de que este arreglo fortaleciera a los Estados del Sur.

Las gentes conscientes de México, que veían claramente los deseos del Gobierno americano de destruirnos, pusieron siempre sus ojos en contrarrestar esa influencia americana con la de los países europeos. Esta idea los llevó a la desgraciada tentativa de Maximiliano.

Pero surgió don Porfirio Díaz, que, aunque cometió graves errores, de un país destruido, arruinado y despreciado por todo el mundo, logró hacer un país fuerte, consciente de su fuerza y de su valer; de un país agobiado por deudas, unas legítimas, otras absurdas, pero reconocidas por gobiernos serviles, un país consciente de sus obligaciones, que culminaron con el arreglo de la Deuda Pública, fundiendo en una sola todas las deudas pasadas, para lo cual el Gobierno obtuvo un préstamo de 100 millones de pesos al 4% de interés, operación concertada gracias al crédito tan grande que había adquirido nuestro país por su administración honrada y eficiente, cuando el Japón, que ya despuntaba como gran

potencia, no pudo obtener un préstamo semejante a tipo tan bajo.

Una paz prolongada después de 75 años de una anarquía continua debida a asonadas, revoluciones, invasiones extranjeras, cambió radicalmente el estado de México, transformando un país pobre, sangrante, sin ley ni garantías, en un país lleno de oportunidades industriales, mineras, agrícolas. Los pueblos europeos comenzaron a ver las facilidades y tranquilidad que el país prestaba para desarrollar nuevas empresas, y comenzaron a llegar emigrantes y capitalistas, que venían a México en busca de una nueva patria donde vivir tranquilamente.

La seguridad en los campos era de tal naturaleza, que el robo prácticamente había desaparecido.

¡Cuántas veces, en una estación aislada, dejé en el andén mi petaca en espera del tren por una hora o más sin temor a que me la robaran!

En el estado de Veracruz los peones acostumbraban dejar su herramienta de trabajo sobre una piedra o un tronco que les servía de seña, con la misma seguridad que si los dejaran guardados en su casa. Relato estos hechos, ahora inconcebibles, porque son una prueba gráfica de la tranquilidad de entonces. Los crímenes en el campo eran tan esporádicos y tan aislados, que solían ser el tema de los famosos corridos de entonces que los relataban.

Esta paz ya no estaba impuesta por la fuerza, pues los famosos Rurales de entonces, que patrullaban la República, eran en tan corto número, para la extensión y población a que servían, que la pareja de ellos, pues siempre andaban por pares, pasaba cuando más dos veces en el año por los mismos lugares. La tranquilidad y la

seguridad ya eran innatas y no se debían a la fuerza. El ejército estaba muy reducido; al salir don Porfirio, llegaba apenas a 14,000 hombres en total en toda la República y el número de generales se había reducido a un mínimo.

Muchísimas anécdotas se pueden contar respecto de la seguridad que había en aquel entonces en la República. Los robos de cierta cuantía o asesinatos eran tan pocos, que los que hubo llenaban por meses las planas de los periódicos comentándolos, pues no tenían ocasión para variar de tema. Recuerdo como notables el robo y asesinato de un joyero en la entonces calle de la Profesa, hoy de Fco. I. Madero. Creo que por más de un año los periódicos relataron el asesinato y robo, así como el juicio de todos los inodados en este crimen, entre los que hubo una mujer. Años después hubo un saqueo espectacular de una casa de cambio en la Avenida San Francisco a mediodía y en plena luz, por un individuo de nombre Rubiar, al que nunca pudo localizar la policía porque desplegó una habilidad poco común.

Los periódicos rara vez tenían ocasión de llenar sus páginas con una nota roja sino hasta el advenimiento de la Revolución. La honradez de los funcionarios públicos era proverbial. ¡Cuántos ministros, cuántos gobernadores, cuántos empleados por cuyas manos pasaban millones de pesos, no llegaron a tener un pequeño capital después de muchos años de desempeñar su cargo! Personalmente conocí a muchos de esos funcionarios que a su muerte dejaron una insignificancia a sus herederos, después de años de desempeñar puestos de importancia y responsabilidad.

Naturalmente, tal estado de cosas provocaba un crecimiento continuo de toda clase de negocios y explotaciones, ya industriales, ya agrícolas; también en la afluencia de inmigrantes norteamericanos, europeos o asiáticos que encontraban un país nuevo que se desarrollaba a grandes pasos, y venían a invertir sus capitales o energías en la apertura de nuevas explotaciones.

La llegada a México del Ing. Pierson, después nombrado por la Corona de Inglaterra Lord Cowdray, constructor de fama mundial, hizo posible llevar a cabo una serie de obras en esa época, que aunque principiadas y proyectadas antes de su arribo, marchaban tan lentamente que prácticamente estaban paralizadas.

Me refiero a la construcción del puerto de Veracruz y a las obras del desagüe del Valle de México. En vista de la rapidez de ejecución de esas obras a un costo muy racional, Lord Cowdray gozó de gran influencia con don Porfirio y posteriormente emprendió la gran obra del Ferrocarril N. de Tehuantepec y de los puertos terminales de dicho ferrocarril, los de Coatzacoalcos y Salina Cruz. Esta obra de importancia mundial, por ser la única vía que comunicaba el Atlántico con el Pacífico, llegó a tener un gran auge, al grado de que corrían alrededor de 60 trenes diarios en ambos sentidos, acortando enormemente las comunicaciones por mar entre los dos océanos.

Pierson obtuvo permiso para explotar terrenos petrolíferos en México, y a él se le debe el descubrimiento del petróleo en México y el auge que con su explotación tuvo México de 1921 hasta la expropiación petrolera. Fue el fundador de la Compañía *El Aguila.* Don Porfirio no gozó

de las utilidades del petróleo, pues los primeros pozos de importancia brotaron ya años después de su salida.

En vista del éxito obtenido en las exploraciones, los americanos lograron permisos para formar varias empresas que después tuvieron gran auge en la época de la Revolución.

En la misma época se hicieron las obras del puerto de Tampico, poblado a la sazón de muy poca importancia, pues la barra del río impedía el acceso de embarcaciones grandes, y que llegó al auge que hoy tiene, gracias a que fue el puerto de salida de todo el noreste y centro del país.

Posteriormente, el petróleo contribuyó grandemente a su desarrollo, pero su valor actual se debe exclusivamente a las obras portuarias que lo convirtieron en puerto de altura.

Muchas industrias nuevas se formaron entonces, de capitalistas europeos principalmente, como la *Fundidora de Monterrey*, las fábricas de hilados y tejidos de *Río Blanco* y de *Metepec*, fábricas de papel como la de *San Rafael*, la de *Loreto y Peña Pobre*, explotaciones mineras como la mina de *Dos Estrellas*, diversas Cías. de Luz y Fuerza en la Ciudad de México y en el país como *Necaxa*, originalmente francesa, así como *San Ildefonso*, la planta de *Siemens & Halske*, la de *Portezuelo* en Puebla, la de *Zumpango* en Veracruz, las plantas de la *Guanajuato Power Co.* y otras muchas repartidas por el país, formadas las más de ellas con capitales europeos.

Igualmente con la ayuda de la *Caja de Préstamos* se hicieron grandes obras hidráulicas e industriales en las haciendas o como negocios de explotación de las aguas para dedicarlas a regar tierras de distintos propietarios,

y que contribuyeron grandemente al desarrollo de la agricultura, como las presas *Requena* y *Taximay*, hoy propiedad de Recursos Hidráulicos, que regaron una extensión enorme de tierras en el estado de Hidalgo, y otras más en otras regiones del país.

El desarrollo de negocios agrícolas fue igualmente muy grande, por lo que se formaron grandes haciendas, como las de Chalco y Anexas, la *Cantábrica* en la Ciénega de Zacapu en Michoacán, y se produjo el auge de los algodoneros de Torreón y en otras muchas partes que es prolijo enumerar.

La mayoría de los capitales invertidos en todas estas empresas eran europeos, algunos americanos y mucho de mexicanos, que comenzaron a mover su dinero en empresas distintas a las de casas e hipotecas.

Las fiestas del Centenario en 1910 fueron un toque de atención para todos los países del mundo, que pudieron percatarse, por medio de sus representantes en dicha celebración, del auge en que se encontraba México y de las posibilidades que representaba para el futuro. Seguramente de no haber venido los trastornos políticos que en ese año sucedieron, las inversiones de capitales europeos y una corriente de inmigrantes hubieran llevado al país a un desarrollo no igualado en el Sur.

Pero la edad no le permitía ya a don Porfirio manejar las riendas del estado, como hasta esa fecha lo había hecho, y un grupo de allegados a él, deseando conservar los privilegios de su posición, movidos más por su ambición que por patriotismo, quisieron bajo su sombra apoderarse de las riendas del estado y causaron con ello un verdade-

ro malestar político, que sirvió de mucho para los acontecimientos futuros.

Si las fiestas del Centenario revelaron ante el mundo el grado a que había llegado México, el primero en percatarse de ello fue el gobierno de los Estados Unidos, el cual se asustó por ese crecimiento y previó que un país fuerte y respetable como ya lo éramos nosotros, podría ser un obstáculo para sus planes futuros de dominación, sobre todo cuando tenían en construcción el Canal de Panamá y querían extender hasta allá su hegemonía.

Hubo en aquel entonces dos sucesos claves. Primero, la entrevista Díaz-Creelman, en la que don Porfirio aseguró que ya el país estaba preparado para elegir a sus gobernantes. El segundo fue la entrevista de los dos presidentes Díaz-Taft en Ciudad Juárez. Lo que entre ellos pasó no se conoce con seguridad, sino por una frase de Díaz, que después de la Conferencia dijo: "Todo está perdido".

Aparte de lo anterior, tuvo Díaz varios motivos de controversia con los Estados Unidos, que precipitaron su caída.

Uno de ellos, fue su negativa a prorrogar el arrendamiento de la Bahía de la Magdalena en la Baja California, que era base naval de la Marina Americana, y cuyo contrato había fenecido.

Otro fue la protección que les dio a los gobernantes Santos Celaya de Nicaragua y Gómez de Venezuela, que habían sido expulsados de sus países, por no convenir con la política americana.

La entrevista Díaz-Creelman despertó en el pueblo deseos de tener un gobierno constitucional, que cimentara sobre bases firmes los gobiernos futuros del país. La pie-

dra de toque fueron las elecciones de Vicepresidente de la República, en ese período. La camarilla de políticos que rodeaba al Presidente impuso al Lic. Ramón Corral, sonorense desconocido en México, que el pueblo recibió con desconfianza no por su personalidad sino por el hecho de que había sido impuesto, burlando los ofrecimientos hechos por Díaz en su entrevista con el periodista Creelman. Entonces surgió Francisco I. Madero. Su libro *La Sucesión Presidencial* despertó un gran entusiasmo en el pueblo, ilusionando a aquellos que pensaban que el país iba a entrar a una era de verdadera democracia y a otros muchos que veían posibilidades de medrar en un futuro sin importarles un bledo el bienestar de México.

Capítulo II

TRIUNFO Y ELECCION DE MADERO

El Gobierno americano comprendió la oportunidad que se le presentaba para aprovechar en beneficio de sus planes futuros la situación de intranquilidad que reinaba en México. Decidió desde luego apoyar una revolución encabezada por don Francisco I. Madero para derrocar a Díaz, revolución que a la vez contaba con la opinión de la mayoría de los mexicanos.

La decisión de don Porfirio de abandonar el país frustró los planes americanos de encendernos en una guerra civil. Díaz comprendió que ese movimiento estaba aus-

piciado por la opinión pública primero, y luego por el Gobierno americano, con todo y que sus dirigentes ni habían buscado este apoyo sino que más bien lo rechazaban. El Dr. Vázquez Gómez en su libro *Memorias Políticas*, nos lo dice en las páginas 107, 124, 179 y 484, como se puede ver en los párrafos que transcribo:

Página No. 107. En una carta de Pino Suárez a Vázquez Gómez, existe el siguiente párrafo:

"...A este respecto, le referiré que el día de mi salida presencié una entrevista de un caballero que parece procedía de Washington, con don Gustavo, en que le hizo presente que en la Secretaría de Estado de Washington le habían prevenido a Limantour, en su estancia en Nueva York, que era necesario que Díaz presentara su renuncia; que el gobierno americano esperaba que la presentaría al abrirse el Congreso y que, en vista de no haberla presentado, se había ordenado ya la movilización de otros veinte mil hombres sobre la frontera..."

Página 124. Vázquez Gómez a González Garza:

"...Noticia tregua produjo gobierno americano espléndida impresión. Vióse manera decente caer Díaz...".

Página 179. Vasconcelos a Vázquez Gómez:

"...Al recibir anoche su telegrama en que me indica gestionara que no se cerrara el puerto, acababa yo de hablar con una persona que había hablado con el senador Crane y con el secretario Knox y me aseguró que si pedíamos reconocimiento de nuestros agentes aduanales, lo conseguiríamos, porque estaban ansiosos de mostrarle a Díaz su descontento por su conducta reciente con ellos".

Página 484. Declaraciones del Dr. Vázquez Gómez a un grupo de reporteros:

"...¿Cree usted, entonces, que la revolución no contrajo compromisos que perjudiquen nuestra dignidad nacional?

"Doctor. Si he de atenerme a lo que me consta, puedo opinar, como lo he hecho otra vez, que la revolución no contrajo ningún compromiso material ni moral con el gobierno de los Estados Unidos, ni con empresas o sociedades de aquel país, ni yo lo habría tolerado ni consentido, porque antes que el triunfo de una revolución está la dignidad de la patria.

"Como agente diplomático de la revolución, a diario recibía cartas de muchos americanos y otros extranjeros, quienes me ofrecían sus servicios como soldados; pero jamás acepté uno solo, porque tal acto hubiera sido antipatriótico e indigno de un mexicano, con tanta mayor razón cuanto que se trataba de una cuestión que sólo interesaba a los mexicanos. Esto es lo que me consta; pero como el señor Gustavo Madero dijo en una entrevista que ellos habían hecho muchas cosas de que yo no tuve conocimiento, no puedo afirmar si entre esas cosas hubo o no algunas que impliquen graves compromisos para el país, pues nadie puede opinar sobre hechos que no conoce..."

Entre los compromisos contraídos, seguramente fue el relativo al desartillamiento de Salina Cruz, efectuado durante el gobierno de Madero, y la desaparición del F. C. de Tehuantepec, cosa que no se llevó a cabo sino hasta el gobierno de Carranza. (Pues el canal de Panamá no se había terminado).

La ayuda del Gobierno americano al movimiento maderista fue tan palpable, que reconoció la beligerancia

de este movimiento 24 horas después de que las fuerzas del Gral. Orozco habían tomado Ciudad Juárez, tal como lo relata en su libro el Lic. Vasconcelos, representante entonces de Madero en Washington.

Este hecho de reconocer a una facción revolucionaria, apenas sus partidarios habían tomado una plaza pequeña como era Ciudad Juárez, cuando el país disfrutaba de completa paz y el gobierno contaba con un ejército disciplinado y organizado, revela una parcialidad completa del gobierno de E. U. a favor de la Revolución.

Con excepción de los trastornos que hubo en Morelos, por las fuerzas zapatistas, que, como veremos adelante, recibían auxilios y armas del gobierno americano y que no reconocían gobierno de ninguna clase, el período comprendido entre la salida de don Porfirio y la caída de Madero, fue de paz absoluta en todo el país, fuera de algunos pequeños brotes revolucionarios de los antiguos partidarios de Madero y de Félix Díaz contra aquél. Estos movimientos fueron tan locales, que el país no se resintió absolutamente por ello, y siguió su marcha ascendente de trabajo y prosperidad, que necesariamente trastornaba los designios del Gobierno americano.

Desgraciadamente, Madero, que sirvió de bandera para encender un movimiento de verdadera democracia y que realmente fue un ídolo del pueblo, carecía de aptitudes para ser un buen gobernante. Se vio desde luego rodeado de un gran número de políticos y politicastros, que no buscaban el bien del país, sino su provecho personal. Las elecciones que lo llevaron a la presidencia por la bandera del Sufragio Efectivo, fueron completamente falseadas por la mafia que se había creado a su alrededor. Repitiendo la farsa de la época de don Porfirio que llevó a la Vicepresidencia a don Ramón Corral, los maderistas se empeñaron en sacar como vicepresidente a un desconocido del pueblo, a Pino Suárez, que no contaba con popularidad alguna.

Recuerdo las grandes manifestaciones habidas antes de las elecciones, en favor de Madero, que contra la voluntad de sus organizadores voceaban su grito favorito: "Madero sí, Pino no —Pino no". La elección de diputados tuvo la misma suerte. Se formó una mafia de políticos que desconoció gran número de credenciales, de diputados perfectamente electos, pero que no convenía que estuvieran en la Cámara para los fines del Partido. Se volvió, por lo tanto, a las mismas prácticas de la época de don Porfirio, desvirtuando completamente los ideales de la bandera que Madero había enarbolado. Y, lo que fue todavía peor, los diputados en la época de don Porfirio eran escogidos y nombrados por él, y en cambio Madero fue envuelto por sus partidarios y las imposiciones salían del partido anónimo, aun contra la voluntad de aquél.

Al tomar posesión Madero de su puesto, ya su popularidad había disminuido grandemente, por el engaño cometido en las elecciones. El arrastre tan enorme que tuvo como propagandista, disminuyó completamente cuando se hizo cargo del poder. Sus partidarios de más valer y que lo habían ayudado grandemente en su campaña, comenzaron a enfriarse y a predecir el fracaso de su gobierno. El hecho de haber repartido los principales puestos del gobierno entre sus familiares, no obstante ser muchos de ellos personas muy honorables, fue motivo sufi-

ciente para que lo acusaran de nepotismo, y de que más le interesaba el auge de su familia que el bienestar de la Nación. Los fondos públicos comenzaron a dilapidarse. Se esfumaron como el humo los remanentes que don Porfirio había dejado en la Tesorería de la Nación de más de sesenta millones de pesos, y los que había en las tesorerías de los Estados, de los cuales recuerdo los existentes en la Tesorería del Estado de Veracruz, de poco más de cuatro millones de pesos en oro nacional.

Posteriormente tuvo que tomar un préstamo de los Estados Unidos de 20 millones de dólares, para los gastos de la Nación, cosa que contrarió grandemente al pueblo, ya acostumbrado a la probidad de sus gobernantes y al orden en todas las oficinas públicas.

Sus medidas desacertadas y muchas veces contradictorias lo hicieron perder día a día su gran popularidad, que fue transformándose poco a poco en desprecio, hasta tachársele de loco.

En realidad era hombre de poco carácter, dominado por su familia y sobre todo por el grupo de políticos que lo rodeaba.

Madero carecía completamente de las dotes necesarias para ser un buen gobernante.

Capítulo III

CAIDA DE MADERO

El ridículo en que había caído Madero ante la opinión pública y el descontento que existía en el pueblo contra su gobierno, fueron aprovechados admirablemente por el gobierno americano, que no había conseguido los fines que persiguió al fomentar la revolución contra don Porfirio, pues de los compromisos contraídos no se había cumplido sino con el desartillamiento del puerto de Salina Cruz.

Durante el gobierno de Madero, hubo varios intentos de revolución que, con excepción de los zapatistas, fueron dominados prontamente. Uno fue el levantamiento de sus otrora partidarios, encabezados por Pascual Orozco, en el Norte, y el otro de Félix Díaz, en Veracruz. Madero, con apoyo del Ejército Federal, los dominó en corto tiempo.

Como resultado del 2o. levantamiento, tomó prisioneros a Félix Díaz y al Gral. Bernardo Reyes, que estaban, cuando los sucesos de la Ciudadela, el primero en la Penitenciaría del Distrito Federal y el segundo en la prisión de Santiago Tlaltelolco.

El descontento contra el gobierno de Madero, había ido creciendo constantemente y muy especialmente entre sus mismos partidarios, y había rumores de levantamiento de éstos, entre los cuales se contaba al gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, que ya había organizado un fuerte ejército local.

La opinión pública, aunque estaba descontenta del go-

bierno de Madero, nunca estuvo de acuerdo con un movimiento revolucionario.

El ejército federal era completamente apolítico, y Madero había contado con él, tanto en la revuelta de Orozco, como en la de Félix Díaz.

El caso se repitió en los sucesos de la Ciudadela, pues el resto del país guardó tranquilidad absoluta, lo que prueba que ese movimiento no tenía ramificaciones en ningún otro lado.

Recordaré sucintamente los hechos que motivaron la famosa *Decena Trágica*.

Un grupo de amigos o partidarios del antiguo régimen, contando con el apoyo del Gral. Mondragón, que tenía mando de fuerza, y con la Escuela de Aspirantes que había en Tlalpan, pero que integraban la guardia en palacio, fueron a sacar de sus respectivas prisiones a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, la madrugada del 9 de febrero de 1913, para que encabezaran un golpe de Estado, que los hiciera dueños inmediatos, tanto del Presidente Madero, como de Pino Suárez.

La revuelta fue planeada burdamente y hubiera estado condenada al fracaso inmediato, si no hubieran mediado otros factores, que cambiaron el curso de las cosas.

Un actor de ella, y testigo presencial del primer día del movimiento, el Sr. José Sánchez Juárez, me contó los sucesos de ese día. El se había comprometido a recoger de la prisión de Santiago Tlaltelolco al Gral. Bernardo Reyes, por lo cual estuvo en un auto estacionado en un costado de la prisión, desde la madrugada, en espera del Gral. Mondragón, que debía venir al frente de fuerzas para sacar a dicho general. Sin saber el motivo, la llega-

da de estas fuerzas tardó tanto, que ya principiaba a clarear, por lo cual pensaba retirarse. En esos momentos llegó el Gral. Mondragón y habiendo sacado al Gral. Reyes, salieron inmediatamente para Palacio, donde se contaba con la complicidad de las fuerzas que lo protegían.

Cuando el Gral. Reyes llegó frente a Palacio, el Sr. Sánchez le indicó que la guarnición parecía más bien estar en actitud agresiva y no de entrega, a lo que el Gral. Reyes le contestó que le habían asegurado que estaba de su parte, y por lo tanto siguió avanzando a la descubierta, sin temor ninguno, hasta que cayó muerto a los primeros disparos de la guardia de Palacio.

Efectivamente, el Gral. Villar, habiendo notado algo sospechoso, cambió la guarnición de Palacio por otra suya, con instrucciones de repeler cualquier intentona de apoderarse de él.

La desorganización que la muerte del Gral. Reyes causó entre todos los conspiradores fue enorme; y no sabiendo qué hacer, se juntaron con el Gral. Félix Díaz, que tampoco estaba enterado de nada, y decidieron refugiarse en la Ciudadela, donde esperaban no encontrar resistencia, lo cual hicieron él y un grupo de partidarios, la mayoría de los cuales eran civiles.

Militarmente hablando, la entrada de los conspiradores en la Ciudadela era lo mismo que meterse en una ratonera.

Colocada casi en el centro de la ciudad sin ser una fortificación, como parece serlo por su nombre, sino sólo un depósito general de armamento y centro de oficinas militares, sin defensas de ninguna clase, el Gobierno podía cercarla inmediatamente y sin necesidad de disparar un

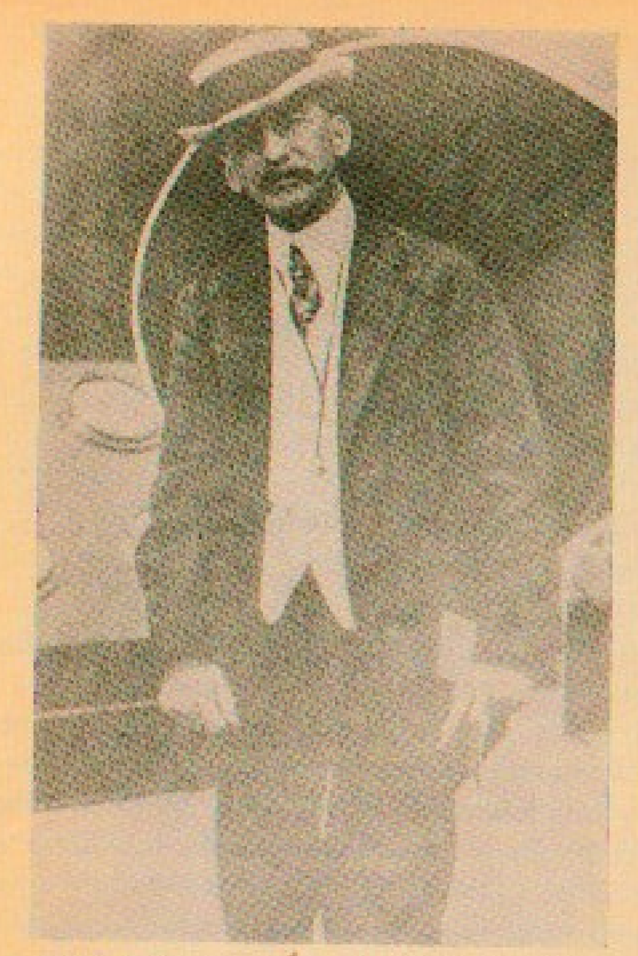
tiro, dejar a esa gente en su prisión voluntaria, hasta su rendición o su muerte por hambre.

Nada de eso sucedió: se entabló luego un simulacro, pues así debe llamarse la Decena Trágica, de tiroteo entre la Ciudadela y diversos puntos de la ciudad que tuvieron alarmada con razón a toda la población. El martilleo de las ametralladoras y el repercutir de los disparos de cañón y la explosión de las granadas, infundió pánico en todo el mundo. La realidad era que había una complicidad tal del elemento militar, que muchas personas mandaban víveres y comidas a los refugiados y se entraba y salía de la Ciudadela con gran facilidad, cuando, militarmente hablando, debía estar bloqueada totalmente.

Muchos cadáveres de combatientes y transeúntes había insepultos en algunas de las calles cercanas a la Ciudadela, y por supuesto todo comercio y movimiento en la Ciudad estaban suspendidos.

Habiendo caído herido el Gral. Villar en la defensa de Palacio, Madero nombró a instancias de sus familiares a Huerta Comandante militar, según lo atestigua Vázquez Gómez en sus *Memorias Políticas* en la página 200, aun contra el parecer del Ministro de Guerra, Gral. García Peña. Tal vez entonces se despertaron en Huerta las ambiciones de ser Presidente, que seguramente fomentó muy sagazmente el entonces Embajador americano Lane Wilson, con el fin de quitar a Madero de la presidencia, pues su política no convenía, contra lo que habían supuesto primeramente, con las miras del Gobierno americano.

Valido de su inmunidad de Embajador, Lane Wilson era el trait d'union entre los sublevados y el Gobierno: constantemente iba de un lado para otro, principalmente



Henry Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos.

de Palacio a la Ciudadela y viceversa, en el coche de la Embajada. Aunque continuaba el tableteo de las ametralladoras y el clamor de los cañones con más o menos intermitencias, la situación seguía estacionaria, sin que el Gobierno acabara con los rebeldes, ni éstos avanzaran

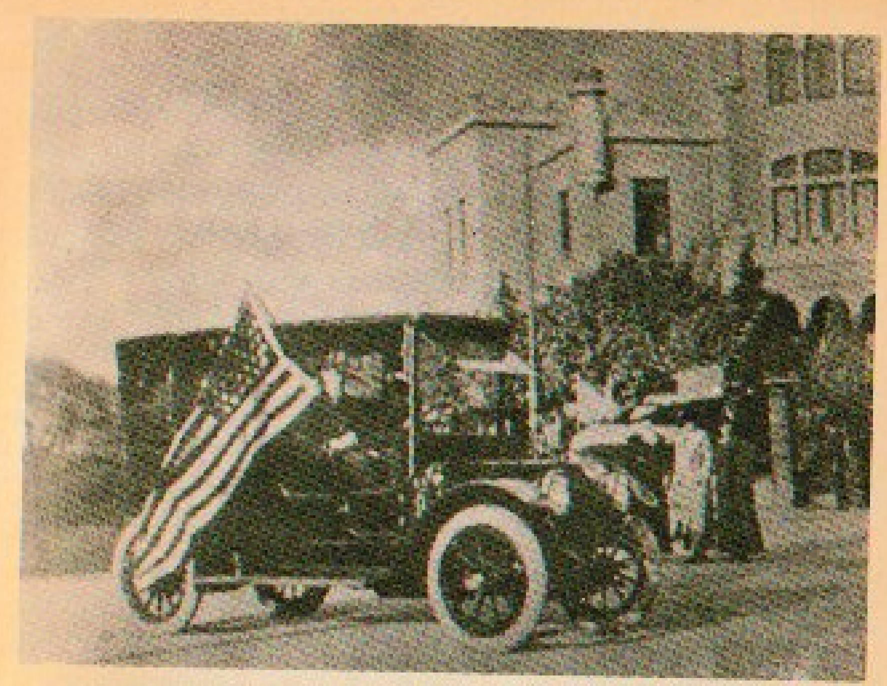
un paso fuera de la Ciudadela. De hecho, los rebeldes recibían elementos y víveres sin que el Gobierno lo impidiera, y el día en que se pactó un armisticio Huerta permitió que entrara a la Ciudadela un gran cargamento de víveres (Vázquez Gómez, *Memorias Políticas*, pág. 505).

No puedo asegurar si este levantamiento tan absurdo se incubó en la Embajada Americana, o si ésta aprovechó la ocasión que se le brindaba para llevar adelante sus planes futuristas. Me inclino a creer lo primero por la falta que hubo de correspondencia con otros grupos en la República, no obstante el descontento que había y los rumores de levantamientos que se estaban preparando en varias regiones, como el de Carranza en Coahuila, y el de Zapata en Morelos, que seguía prácticamente levantado en armas.

Tanto Félix Díaz como el Gral. Reyes no sabían nada del levantamiento sino que los habían puesto como cabezas del mismo. No tenían idea de con quién estaban, ni planes ningunos para el futuro. Por ese motivo Félix Díaz después de la muerte de Reyes estaba completamente desconcertado, sin saber verdaderamente qué hacer y fue conducido a la Ciudadela como autómata, y después de su triunfo quedó en un papel tan desairado, que tuvo que salir luego al extranjero, sin tener posición ninguna en el Gobierno de Huerta.

En cambio el Ministro americano fue el factor principal en los diez días de la Decena Trágica, comunicándose constantemente con la Ciudadela y con el Gobierno.

Madero, asustado por el Ministro americano, por la farsa de los combates en la ciudad, pues le llegó a asegurar que su Gobierno se vería obligado a cruzar con tropas



Lane Wilson, en la Decena Trágica.

la frontera, si continuaba aquel estado de cosas, se decidió a presentar su renuncia ante el Congreso, quedando en su lugar el Lic. Pedro Lascuráin por unos cuantos minutos, para entregar a su vez la presidencia al Gral. Huerta.

Todos los arreglos entre los sublevados y Huerta se llevaron a cabo por conducto del Ministro L. Wilson, y éste tomó tal ingerencia en este asunto, que los arreglos se llamaron *el Pacto de la Embajada*.

El Coronel Rubén Morales dice entre otras cosas, en un relato publicado por *El Estandarte* de Oaxaca, que "en unas conferencias con el Embajador y con el Gral. Huerta, en Palacio, policías americanos impedían la en-

trada al salón". (Vázquez Gómez, *Memorias Políticas*, pág. 507).

Después de la farsa de la *Decena Trágica*, vino el absurdo de la muerte de Madero y Pino Suárez, pues aparte de haber sido este hecho una verdadera iniquidad, fue un gran error político, pues Madero ya no representaba fuerza ninguna como caudillo por lo desprestigiado que estaba y su muerte daba bandera a una nueva revolución.

A la fecha no se ha aclarado con seguridad si Madero y Pino Suárez fueron asesinados en Palacio, o realmente fueron fusilados detrás de la Penitenciaría, como lo hicieron aparecer los periódicos. Tampoco se ha sabido quién dio la orden de matarlos ni el motivo. Desde el momento que Huerta se había hecho cargo de la situación, directamente es el responsable de esos asesinatos, pero siempre negó haberlos ordenado.

La Sra. de O'Shaugnessy así lo dice en sus cartas (pág. 215, *A Diplomatic Wife in Mexico*):

"El repetía que muchas personas de influencia le habían urgido que pusiera fin a la desastrosa administración de Madero; que él no ha entrado en política por fines personales; que sus necesidades son pocas y sus costumbres las de un viejo soldado. El siempre insistió en que no mató a Madero".

La ingerencia que en la Decena Trágica y en la muerte de Madero y Pino Suárez tuvo el Ministro Henry Lane Wilson, dejan lugar a pensar que él fue uno de los principales responsables de esos sucesos. Yo he procurado obtener información precisa sobre ellos, pero no me ha sido posible obtenerla, pues no obstante el tiempo transcurrido, nada se ha aclarado respecto a este nefando asesinato.

Los cargos que yo lanzo contra el ministro americano Henry Lane Wilson, por su actitud en los sucesos de la Ciudadela, no sólo tienen confirmación por su actitud absurda como mediador en ellos, sino porque, como demostraré más adelante, los mismos americanos tácitamente lo acusan.

El Lic. Isidro Fabela, en una conferencia que sustentó en la Escuela de Ciencias Políticas y Económicas, respecto a la Historia Diplomática del Presidente Madero, presentó numerosos documentos históricos sobre la actuación del Embajador Henry Lane Wilson.

Se refirió a la entrevista del periodista norteamericano Murray con las viudas de Madero y Pino Suárez, en 1916. En esta entrevista, la Sra. Madero dijo que Madero y su gabinete creían que la actitud de Lane Wilson era poco amistosa. Luego, cuando Madero estaba preso, las dos señoras, cada una por su parte, le pidieron al Embajador su mediación, para evitar la muerte de sus esposos. A la Sra. Madero le contestó Lane Wilson: "Esta es una responsabilidad que no puedo echarme encima, ni en mi nombre ni en el de mi Gobierno". Además le indicó que lo que le sucedía a Madero se debía a que nunca quiso consultar con él. Refiriéndose a Pino Suárez, Lane le dijo "que era un mal hombre y debía, por lo tanto, desaparecer", pero le aseguró que a Madero no le sucedería nada.

Por otra parte, a la Sra. de Pino Suárez Lane Wilson le dijo "que Madero debía desaparecer". Ambas viudas le dijeron al periodista Murray que si Lane Wilson hubiera intervenido, Madero y Pino Suárez se hubieran salvado.

Todo esto hace pensar que el asesinato de ellos se debió

a instigación del Embajador, que en aquellos momentos álgidos fue dueño por unas horas de la caótica situación.

Veamos lo que los americanos pensaban respecto a este asunto.

En la historia del Presidente Woodrow Wilson, R. S. Baker (págs. 238-239) dice lo siguiente:

"El Embajador fue, por supuesto, un miembro de la administración de Mr. Taft y fue un decidido defensor de la diplomacia del Dollar *de Mr. Knox, que abominaba Wilson. Fue la punta de lanza de los grandes negocios, que temían una dislocación general de sus ventajosas posiciones y nosotros tenemos razón para creer que activamente apoyó la dirección del complot militar que tiró a Madero.*

Cuando Madero fue destituido el 18 de Febrero, el Embajador inmediatamente comenzó a trabajar por el reconocimiento del nuevo régimen ahora instalado y evidentemente en una posición segura.

Después de que Madero y Suárez fueron asesinados el 22 de Febrero, el Embajador intentó hacer a un lado el incidente *por no tener importancia internacional.*

Estoy dispuesto a aceptar la versión que de este asunto da el Gobierno y considerarlo como cosa ya terminada a pesar de todos los rumores que corren. La cooperación del Departamento en este sentido será de grandísimo valor".

El empeño en borrar y hacer a un lado el nefando asesinato de Madero y Pino Suárez, indica claramente que Lane Wilson no quería por ningún motivo que se hicieran investigaciones sobre este asunto, en las cuales seguramente saldría muy mal parado. Yo creo que la obscuridad que

reina hasta la fecha en estos asesinatos se debe en mucho a las gestiones en aquel entonces del Embajador Wilson.

Seguramente él fue el autor intelectual de ese atentado.

Además, no es creíble que el Embajador en la preparación de la Decena Trágica y durante ésta haya obrado por cuenta propia, sino que seguramente estaba respaldado por su Gobierno.

Las amenazas constantes del Embajador de una intervención de su país en México, obligaron a Madero a presentar su renuncia, y en vista del misterio que ha rodeado a la muerte de Madero y Pino Suárez, es muy de creerse que aquél también tomó parte activa en estos sucesos. Su conducta en ellos fue mucho más importante que la que desempeñaron los aparentemente jefes de este movimiento, Reyes y Félix Díaz.

Posteriormente hizo todo lo posible para que el nuevo régimen fuera reconocido por su Gobierno, yo creo que temeroso principalmente de que fuera a descubrirse su participación en las muertes de Madero y Pino Suárez.

Debo advertir que la caída de Madero fue poco antes del cambio del presidente americano, que coincidió también con el cambio del Partido que entonces estaba en el poder: W. Taft, del Partido Republicano, iba a entregar el poder a W. Wilson, del Partido Demócrata. Los puntos de vista de ambos partidos respecto a México, eran distintos, aunque coincidían en gran parte en cuanto a los procedimientos.

La Diplomacia del Dollar de Mr. Knox no sólo trataba de defender los intereses de los negocios americanos en México, sino que pretendía absorber todos los demás negocios establecidos por extranjeros en México. Anterior-

mente expuse que la política de Díaz había sido dar grandes facilidades a los inversionistas extranjeros no americanos, con el fin de contrarrestar la influencia de éstos en la economía del país. Esta política era completamente opuesta a los planes de Mr. Knox, y seguramente fue un motivo poderoso para ayudar a la revolución que provocó la caída de don Porfirio. Demostraré más adelante que la influencia del capital europeo la consideraba el gobierno americano como una violación a la Doctrina Monroe.

Madero posiblemente aceptó en parte, cuando se lanzó a la revolución, algunas de las pretensiones americanas, como fue el desartillamiento de Salina Cruz, paso preliminar para destruir el ferrocarril Nacional de Tehuantepec, pero seguramente ya en el poder no las cumplió todas, lo cual le enajenó el apoyo de los Estados Unidos. Viendo el Embajador Wilson la política vacilante de Madero y el descontento tan grande que había en el país, no sólo entre elementos opuestos al régimen, sino principalmente entre los revolucionarios que lo habían ayudado, temía que surgiera una nueva revolución que trastornara la paz del país y perjudicara por lo tanto los negocios americanos, que aumentaban día a día. Necesitaba que se implantara en México un gobierno fuerte por un lado, y al mismo tiempo dócil a las instrucciones americanas, y creyó encontrar su ideal en el Gral. Huerta, que sabía que era de grande energía y dotes administrativas.

Seguramente si este movimiento no hubiera coincidido casi con el cambio de régimen del Gobierno americano, especialmente por el cambio que hubo del Partido Republicano por el Partido Demócrata, Huerta hubiera sido

reconocido por los Estados Unidos y no habría surgido la revolución que asoló al país.

Lane Wilson, después de la caída de Madero, constantemente urgía primero a Taft y después al presidente Wilson, la necesidad de reconocer a Huerta, como puede verse en los párrafos que a continuación reproduzco, tomados de la obra *W. Wilson, su vida y sus Cartas,* por Baker, pág. 240:

"Hay pruebas claras, en las comunicaciones oficiales, de que el Embajador habiendo fallado en sus esfuerzos por obtener el reconocimiento inmediato de Huerta por la administración de Taft, emprendió un extraordinario esfuerzo para lograr someter todo México a la administración de Huerta, con el fin de reforzar su demanda y lograr la benevolencia del nuevo presidente de los Estados Unidos. Al consul de Hermosillo escribió el 26:

'Sin descanso debe usted tratar de obtener una sumisión general al Gobierno provisional... Mayor actividad en esta cuestión. El Gobierno Provisional está siendo aceptado por toda la República y demuestra gran firmeza y actividad'.

Un día después de la inauguración (del gobierno de W. Wilson) el Embajador aseguraba al nuevo Secretario de Estado, Mr. Bryan, que 'Los estados que había sometidos representaban el 90% del pueblo de México y el orden se había restablecido sobre las tres cuartas partes del territorio que ellos representaban'."

"Las instrucciones dadas (por W. Wilson) al Embajador respecto de las informaciones que le pedían, no le satisficieron ni cambiaron su actitud hacia Huerta.

El continuó urgiendo al Gobierno americano el reconocimiento de las autoridades provisionales y, peor aún, fue bastante indiscreto invitando al Gral. Huerta a comer en la Embajada Americana". Baker, pág. 255.

"*El Embajador Wilson volvió con una petición más urgente:*

Me veo obligado a urgir al Presidente la necesidad apremiante de tomar alguna acción drástica y convincente sobre este gobierno y su pueblo, haciéndoles ver que deben proteger la vida y las propiedades de nuestros paisanos y que debe cesar la guerra bárbara e inhumana que ya tiene tres años". Baker, pág. 261.

Esta última petición fue causa de que el presidente Wilson lo retirara de México en julio de 1913.

Wilson casi llegó a convencerse de la necesidad de reconocer a Huerta presionado por los capitalistas americanos, así como por los antecedentes y costumbres del Gobierno americano de reconocer a los gobiernos de hecho de un país, y varias veces redactó comunicados con este fin, que a la postre él mismo retiró.

De acuerdo con ese sistema de reconocer a los gobiernos de hecho en los países americanos, Wilson reconoció inmediatamente en esa época al gobierno del Perú (febrero 12 de 1914), emanado como el de Huerta de una asonada militar. Lo mismo sucedió posteriormente al reconocer a Obregón, después del asesinato de Carranza, asesinato más repulsivo por muchos motivos que el de Madero, pero los intereses americanos respecto de México eran completamente distintos de los mismos respecto al Perú, y con Obregón habían logrado todo lo que esperaban obtener

del Gobierno de México, remachando en las conferencias de Bucareli las conquistas logradas en los años de la Revolución.

W. Wilson nunca reconoció a Huerta y los esfuerzos del embajador Lane Wilson fueron completamente inútiles.

Capítulo IV

IDEAS POLITICAS DEL PRESIDENTE W. WILSON RESPECTO DE LAS REPUBLICAS IBERO-AMERICANAS Y ESPECIALMENTE SOBRE MEXICO

Acababa Wilson de tomar las riendas del gobierno americano, cuando se le presentó el problema del reconocimiento del presidente Huerta, después de los sucesos de la Ciudadela.

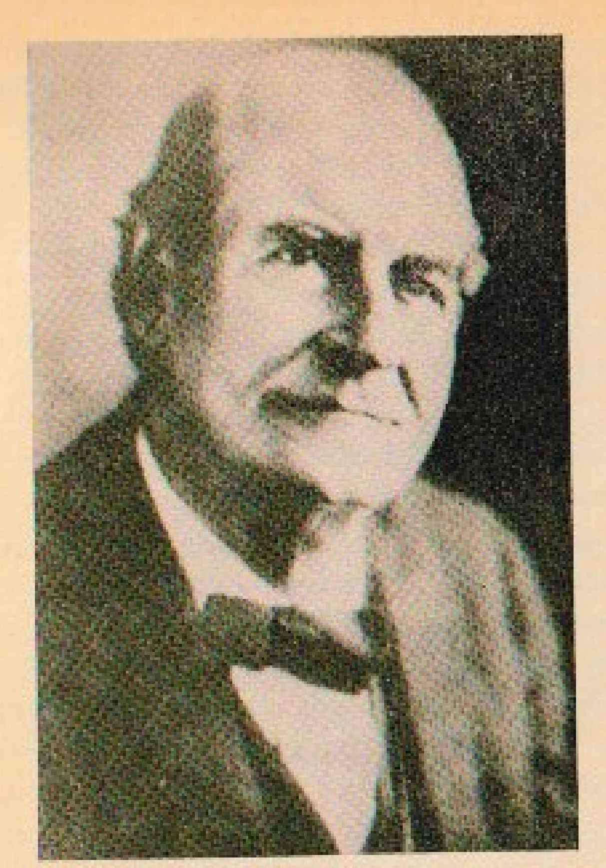
En el mismo gobierno americano, se encontró con una verdadera pugna, entre los que deseaban reconocer a Huerta, como hombre de orden y administración, que prometía llevar a México por una senda de paz y tranquilidad, y los que veían que el gobierno americano necesitaba en México gobiernos sumisos.

El secretario de Estado William J. Bryan, que había estado en México durante algún tiempo y que fue de la absoluta confianza del presidente Wilson, tuvo una influencia decisiva en los sucesos que se siguieron, y en las ideas que respecto a México tuvo dicho presidente.



Woodrow Wilson, cuando asumió la Presidencia de los Estados Unidos.

Debo hacer notar que Bryan salió muy resentido de México y de su gente, pues no recibió del gobierno de Díaz, ni de la aristocracia mexicana, ninguna demostración de afecto o respeto, no obstante su categoría de candidato para presidente de los Estados Unidos, propuesto por el Partido Demócrata, contrastando con la visita que



W. J. Bryan.

acababa de hacer a México Mr. E. Root, perteneciente al Partido Republicano, el cual fue objeto de grandes fiestas dadas por el Gobierno y por la sociedad mexicana. Este resentimiento normó muchas de sus acciones futuras en la Revolución Mexicana, como se verá más adelante, e inculcó en Wilson muchas ideas falsas respecto de México, unidas a las que el mismo Wilson ya tenía, siendo profesor en Princeton, adquiridas paulatinamente en sus

lecturas respecto de México y de la Conquista Española en Latinoamérica, de autores empeñados en denigrar esa obra y poner a México como un país de esclavos. En suma, Wilson se formó acerca de nuestro país un concepto completamente equivocado, y sintiéndose un nuevo Quijote quiso enderezar los entuertos que suponía que existían en toda la América Española.

Además, era un protestante fanático, y odiaba todo lo que habían hecho los misioneros en México, y olvidando que en su país se había exterminado a los indios, se fingió constituirse en defensor de ellos, para tener pretexto de intervenir en nuestro país.

Tan pronto como tomó posesión de la presidencia, quiso imponer sobre Iberoamérica y en especial sobre México, sus teorías preconcebidas respecto a estos países y repetidas veces dijo esta frase: *I am going to teach the South American Republics to elect good men* (Voy a enseñar a las Repúblicas Sudamericanas a elegir buenos hombres).

Excelente idea, si esos hubieran sido realmente sus propósitos, y los hubiera querido llevar a cabo de un modo racional, pero en realidad no fue esa su intención respecto a México, como lo demostraron los sucesos posteriores.

Podemos resumir en cuatro puntos sus miras respecto a México, miras que demostraré más adelante, con documentos.

1o.—Acabar con la influencia del capital extranjero, que le impedía tener manos libres en gobiernos impuestos por los Estados Unidos, sin tener complicaciones internacionales, especialmente con los capitales invertidos en el petróleo.

2o.—Acabar con el ferrocarril Nacional de Tehuantepec, que era un obstáculo real para determinar las tarifas de paso por el Canal de Panamá, y un competidor de éste muy importante para el futuro.

3o.—Acabar con la influencia del Clero Católico entre las masas, influencia que estorbaba los planes del gobierno yanqui, como claramente lo expresó Teodoro Roosevelt años antes.

4o.—Acabar con los terratenientes, que representaban la clase más apegada al país y de la que temían mayor resistencia a las imposiciones americanas.

Estudiaré cada punto de los enumerados precisando la política que siguió el presidente Wilson en sus relaciones con la Revolución Mexicana, para lograr los fines que se había propuesto.

Capítulo V

EXPULSAR DE MEXICO EL CAPITAL NO AMERICANO

Punto Primero.—Acabar con los inversionistas en México que no fueran americanos. Esto era de vital importancia para el gobierno americano y creo que fue una de las causas determinantes de la caída del Gral. Díaz.

Ya expuse antes que dicho presidente había estimulado,

por cuantos medios tenía, la inversión de capitales europeos en México, abriéndoles la puerta de par en par, con el fin principal de equilibrar hasta donde fuera posible la influencia de esos gobiernos con la influencia del gobierno americano.

Para los políticos americanos y en especial para el presidente Wilson, esas medidas eran una violación flagrante de la doctrina Monroe. En varias ocasiones lo expresó, ya sea en declaraciones suyas o en pláticas, como referiré más adelante; pero lo que les preocupaba ante todo, más que los capitales invertidos en distintas industrias, eran los invertidos en las explotaciones del petróleo.

Gracias a las facilidades dadas por el presidente Díaz a la casa Pierson, es decir, a Lord Cowdray, éste principió a explorar en distintas partes de la república, y encontró petróleo en el Estado de Veracruz, en el norte entre Tampico y Tuxpan, y en el sur, en la región del Istmo.

Al principiar la producción del petróleo se formó la Cía. *El Aguila* y los Estados Unidos no podían ver con buenos ojos que la producción tan enorme que se reveló en los campos mexicanos, quedara principalmente en manos inglesas, pues no obstante que también principiaron la explotación algunas empresas americanas, éstas representaban sólo una parte de la producción del *Aguila*.

Muchas pruebas tengo de la idea del presidente Wilson de que el capital extranjero invertido en México violaba la Doctrina Monroe.

A continuación transcribo parte de una conversación tenida por Mr. Page, embajador de E. U. en Inglaterra, con Lord Cowdray, tomada de una carta de aquél al coronel House (*Letters of M. W. Page* por B. H. Heindrich, pág. 217):

"Le expliqué que el único modo que hubo para liberar a Sudamérica de quedar dividida en pequeñas parcelas, como sucedió con Africa, fue la Doctrina Monroe, sostenida por los Estados Unidos. El aprobó esto.

En el tiempo de Monroe, le dije, la única forma de tomar parte de Sudamérica, era tomando la tierra; ahora las finanzas han encontrado otro camino.

Quizá, dijo él.

Efectivamente, le contesté, desde el momento en que usted dijo 'quizá', le dio usted al clavo. Por lo tanto, le aseguro a usted que esto pasará a la historia como 'La Doctrina de Wilson'".

Más adelante de este mismo libro, en su pág. 251, aparece el siguiente párrafo de una carta de Mr. Page al presidente Wilson:

"Ellos tomaron en cuenta los peligros que los asechan en el contrato con Cowdray por el petróleo, pues éste fue echado de Colombia y Costa Rica, gracias a la aplicación de la Doctrina Monroe, por concesiones por las cuales pudiera peligrar la autonomía de esos países".

Otra prueba contundente de esta idea de arrojar a los capitales de México, la tenemos en la siguiente nota de Bryan, inspirada por Wilson, que pretendieron mandar a los representantes de los gobiernos europeos, aunque a la postre no lo hicieron (ver *W. Wilson-Life and Letters*, por Baker, pág. 280, IV tomo):

"El segundo (escrito), fechado el 24 de octubre dos días antes de la elección tiene especial interés, por la nue-

va interpretación e importancia que da a la Doctrina Monroe:

'Este gobierno, teniendo en la enunciación y mantenimiento de la Doctrina Monroe el deber de proteger los pueblos de este hemisferio de caer en las garras de las potencias europeas, ha demostrado su acción protegiendo a la pequeña república de Venezuela para que arreglara sus controversias y sus derechos con otras grandes naciones, por medio de arbitraje, en vez de la fuerza, y está ahora preparado para demostrar su buena voluntad, para defender a cualquiera otra república explotada por intereses comerciales, propios o de otros países, a través de gobiernos cimentados en la fuerza... Así como a Cuba voluntariamente le prestaron los Estados Unidos su ayuda, para obtener su independencia con relación a un poder político extranjero, de la misma manera esta nación está deseosa de ayudar a México a mantener su independencia respecto de las potencias financieras extranjeras'."

Vemos el empeño de Wilson de expulsar de México todos los capitales europeos que se habían establecido en el país, pero muy especialmente el capital inglés, que dominaba nuestro petróleo.

Con este motivo, se estableció una verdadera lucha entre el gobierno inglés y el de los Estados Unidos, llevada entre ambos gobiernos por la vía diplomática en sus países y por medio de una lucha sangrienta en México, con los distintos bandos en que estábamos divididos.

Si estudiamos detenidamente este período en los documentos americanos, que existen principalmente en los libros que ya mencioné antes, como son *Woodrow Wilson, Life & Letters* de Baker y *Letters of N. W. Page* por B. H. Heindrich y cartas de la Sra. O'Shaugnessy, veremos que nuestras luchas intestinas sólo fueron el resultado de esa controversia, que terminó con el arreglo hecho entre ambos gobiernos, conforme al cual el gobierno inglés le dio al americano manos libres en México, a cambio de que éste le diera el mismo derecho de paso y peaje que tuvieran los barcos americanos, en el Canal de Panamá.

Los ingleses tenían primacía en nuestra explotación petrolera, pues la Cía. del Aguila era la más importante empresa de petróleo que había en México y una de las principales que surtían de petróleo a la flota inglesa.

Igualmente esa casa administraba el F. C. Nacional de Tehuantepec y, como veremos adelante, su funcionamiento estorbaba grandemente los programas que el gobierno americano tenía respecto al Canal de Panamá, cuyas obras estaban por concluirse.

Capítulo VI

LUCHA ENTRE LOS GOBIERNOS INGLES Y AMERICANO RESPECTO A SU INFLUENCIA EN MEXICO

Tan pronto como Huerta se hizo cargo del gobierno, principiaron las influencias de los países europeos, para defender los intereses que tenían en México, los cuales se veían amenazados si proseguían los disturbios en el país.

También se vio el empeño de los inversionistas americanos en sostener un gobierno fuerte y responsable en México, como salvaguarda de sus intereses.

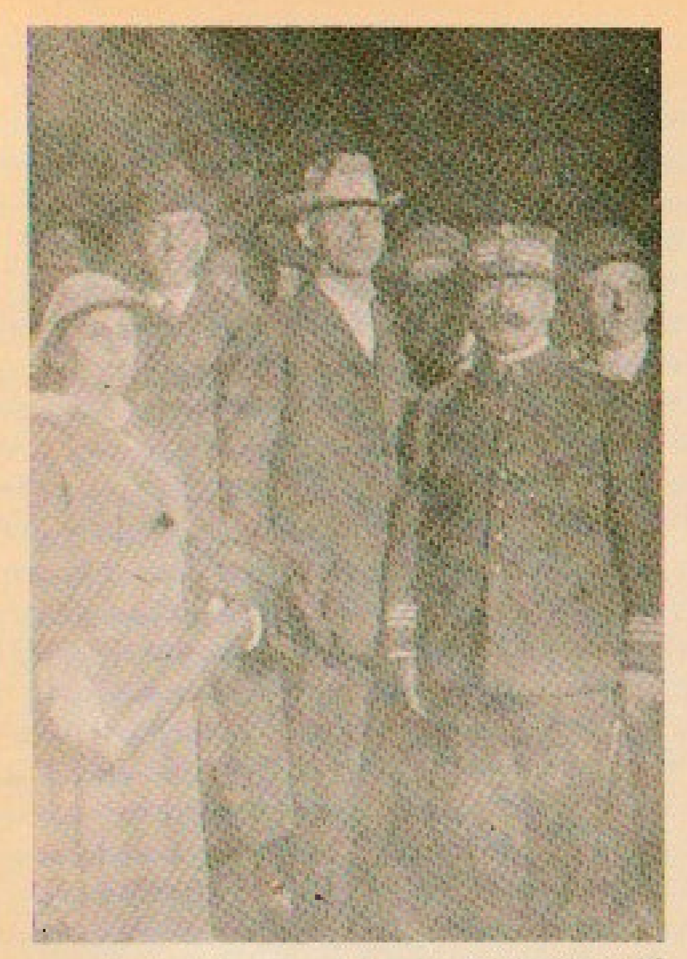
Unos y otros vieron en Huerta el hombre fuerte que sabría llevar al país por un sendero de paz y de orden.

Por este motivo, tan pronto se restableció el orden en México, Huerta fue reconocido por la mayoría de los países europeos, encabezados principalmente por Inglaterra y por todas las naciones hispanoamericanas.

Wilson se encontró desde luego en un gran dilema, pues estaba urgido a reconocer a Huerta como presidente de hecho por una gran mayoría en su propio país y esta petición quedaba reforzada por el reconocimiento de casi todos los países.

Pero Wilson ya tenía el plan preconcebido de imponer a México sus propias ideas, que antes expuse, y eso le era imposible si Huerta continuaba en el poder. Sus gestiones por medio de sus enviados ante Huerta habían fracasado, pues este presidente nunca se quiso doblegar a las insinuaciones de aquél. Los agentes confidenciales que Wilson envió a Huerta fueron primero Mr. Hale, después Mr. House y por último Mr. Lind, y todos fracasaron en sus gestiones, como puede verse en un párrafo tomado de una carta de Wilson a Mrs. Hubbert, que copia Baker en la página 305 de su obra:

Habla de México: "*La espina que tengo es por supuesto México. Tengo admiración a lo menos por la indomable y perra determinación de Huerta. No hay duda que ello se debe en gran parte a ignorancia, pero es firme como la roca. La tarea de quitarlo es de lo más importante. Creo que me odia venenosamente (¿lo cul-*



John J. Lind, Agente confidencial del Presidente W. Wilson, a su llegada a México para conferenciar con Huerta.

paré?); pero yo no tengo, sin embargo, ningún resentimiento personal contra él".

Después de agotar estas gestiones, se decidió por apoyar al partido Constitucionalista, que dada su posición, decidió someterse a todas las insinuaciones.

Desde este momento comenzó la lucha entre Inglaterra y Wilson, por imponer su influencia en México.

El gobierno inglés, una vez convencido de esta determinación que ponía en peligro todos los intereses que tenía en México, decidió apoyar en lo posible al gobierno de Huerta.

Comenzó por nombrar embajador en México a Mr. Creelman, persona que había defendido los intereses ingleses en Cuba y otros países latinoamericanos, contra las pretensiones de Washington, causando este nombramiento enorme disgusto a Wilson.

Por su parte, Wilson nombró embajador en Inglaterra, para defender sus planes sobre México, a Mr. Walter Page, el cual sostuvo constantemente controversias con Sir Edward Gray, Secretario de Relaciones de Inglaterra, primero respecto de México y después sobre este tema y el Canal de Panamá, como veremos más adelante.

La insistencia inglesa en sostener a Huerta, fue tal, que en un escrito del juez D. Hall presentado a Wilson, por el Cor. House, expone, después de comentar los perjuicios tan grandes que la Revolución estaba causando en México, el papel desairado que los E. U. estaban haciendo y la pérdida de prestigio por su actitud. Traduzco parte de este escrito (pág. 246):

"Además de estos hechos las naciones extranjeras se han obstinado y están minando la influencia de los E. U. en México. El gobierno inglés ha reconocido a Huerta de la manera más expresiva, por medio de una carta autógrafa del Rey, debida seguramente a los esfuerzos de Lord Cowdray, quien seguramente tiene las mayores inversiones, después de los americanos, en la República

Mexicana. También él está procurando obtener un gran préstamo en Inglaterra y hemos sido informados de que lo ha conseguido con la condición de que el gobierno de Huerta sea reconocido por el gobierno inglés, lo cual ya se logró.

Si México es ayudado para salir de sus dificultades por los gobiernos inglés y alemán, se destruirá el prestigio americano, y el comercio de los E. U. sufrirá pérdidas y perjuicios indecibles. Por otro lado si el gobierno de Huerta cae debido a los esfuerzos del gobierno americano o a su pasividad en la presente crisis, moralmente éste es el responsable de todas las consecuencias que asusta contemplar".

Los puntos que defendía Inglaterra en México, eran en primer lugar el petróleo, y en segundo lugar el F. C. N. del Istmo de Tehuantepec.

El petróleo era importante para Inglaterra, pues casi toda su flota de guerra se abastecía de petróleo y éste era proporcionado por la Cía. del Aguila.

En la pág. 70 de *A Diplomat's Wife in Mexico* se lee lo siguiente:

"Hoy en la tarde voy a una venta de caridad a la casa de la Sra. Adams a favor del hospital de Lady Cowdray.

El Sr. Adams es el principal representante de Cowdray en sus grandes intereses petroleros.

Parece, a veces, como si esta situación que prevalece, pudiera resumirse en una palabra 'Petróleo'. ¡México es tan inagotable y tan trágicamente rico en esa cosa que envidia tanto el mundo! Ciertamente el petróleo es lo más enojoso del conflicto angloamericano. Todos los barcos modernos queman petróleo en vez de carbón, más

limpio, sin humo y sin los horrores de las maniobras para cargarlo, y para Inglaterra significa mucho el tener una fuente ilimitada de petróleo en México".

La pugna principal entre Inglaterra y E. Unidos fue por el petróleo, que explotaba la Cía. del Aguila, netamente inglesa y que fue la primera que obtuvo concesiones para la explotación y exploración del petróleo en México.

Pero surgía al mismo tiempo otro motivo de diferencia entre los Estados Unidos e Inglaterra. Se terminaba el Canal de Panamá y los Estados Unidos pensaban explotarlo en provecho propio, con cuotas de paso reducidas para barcos americanos.

Wilson apoyaba esta idea y había prometido defenderla a toda cosa. Pero los tratados firmados con Inglaterra antes de la construcción del Canal, quedaban violados si se aceptaba esta resolución.

Dichos tratados, el Clayton Bulwer y Treaty y el Hay Paun-Cefote, daban los derechos de construcción y propiedad del Canal a Estados Unidos, con sólo esta estipulación: de que el paso por el canal debería ser libre y abierto para todas las embarcaciones de guerra o comerciales de todas las naciones en términos de igualdad.

Pero las Cámaras de Estados Unidos deseaban imponer tarifas de excepción para los barcos americanos, y como dije antes Wilson apoyaba y defendía esta idea, por lo cual se agrió la controversia tenida con Inglaterra respecto al petróleo de México.

A continuación expongo una parte de los comentarios sobre la conducta que tenía que seguir Mr. Page, el embajador en Inglaterra, para defender la política de Wilson (del libro de Bourton H. Heindrich, pág. 251):

"Ellos tomaron en cuenta los perjuicios que los acechaban, respecto a los contratos de Cowdray con el gobierno por el petróleo, al ver que Cowdray había sido expulsado de Colombia y Costa Rica aplicando la Doctrina Monroe a las concesiones que podrían poner en peligro la autonomía del país.

Page continuamente confrontaba el hecho de que los Estados Unidos pretendían, en su política exterior, ser de altos y elevados pensamientos y estaba muy lejos de ser 'ideal' la observancia del tratado que tenían con Inglaterra respecto del Canal de Panamá. Tenía cierto embarazo en predicar desinterés en México y Centro América, cuando los Estados Unidos llevaban a cabo una acción egoista y amoral en Panamá. Por lo tanto, en opinión del embajador y de otras personas que juzgaban el tratado de Panamá, la política que se llevaba respecto a las tarifas de peaje en Panamá era errónea.

La idea de llevar un control unido, siempre había irritado a los E. U., y en 1901 el gobierno americano persuadió al de Inglaterra a desechar el tratado de Clayton-Bulwer y concertar otro, el Hay Pauncefote, que transfirió los derechos de construcción y propiedad (del Canal) a los Estados Unidos.

Al consentir en este cambio, la Gran Bretaña puso sólo esta estipulación: 'El Canal', así lo dice el Art. III de la Convención, 'debe ser libre y abierto a todos los barcos, sean de guerra o comerciales, a todas las naciones que observen estas reglas, en términos de igualdad, de tal modo que no haya discriminación contra ninguna nación ni contra sus ciudadanos o súbditos, respecto a las condiciones de cargos por tráfico u otras'."

Otro punto de controversia de Inglaterra con E. U. era el sostener en México el servicio que daba el F. C. Nacional de Tehuantepec. Gran parte del comercio inglés usaba para sus barcos esa vía de comunicación que antes de la Revolución llegó a tener gran auge y aun el gobierno inglés llegó a proponerle a Huerta el arrendamiento de esta vía, como lo dice la Sra. de O'Shaugnessy en su libro ya citado, y para los americanos era de importancia el suspender su servicio, que significaba una seria competencia con el Canal próximo a abrirse.

Transcribo un párrafo del libro de la Sra. O'Shaugnessy en su página 115:

"He oído que el gobierno intenta arrendar a la Person's Oil Company el Ferrocarril de Tehuantepec, durante 25 años por veinticinco millones de pesos. Salió una caricatura de Huerta en un periódico, llamando a los prestamistas europeos, con el Istmo bajo el brazo".

Vemos el interés que tenía Inglaterra y con ella los países europeos en apoyar a Huerta, porque esperaban fuera el hombre capaz de sostener el orden en México.

Esta controversia entre E. U. e Inglaterra, se sostuvo con un cambio initerrumpido de notas, entre el embajador Page y el ministro de relaciones inglés, debidas a los informes que continuamente enviaba el embajador inglés en México Mr. Creelman.

Como prueba de esto, a continuación doy copia de parte de una carta del presidente Wilson a Page citada en el libro *Life and Letters* of Mr. William Page (pág. 228):

"Querido Page:

"La cosa principal es que ellos (los ingleses enemigos de Villa) están radicalmente equivocados. Hay menos desorden y menos peligro para la vida, donde los constitucionalistas tienen el control que en los lugares que tiene Huerta. Creo que si se tuvieran mejores informes de Tampico, el pueblo inglés se alegraría mucho de lo que allí sucede. Antes de que los constitucionalistas tuvieran posesión de aquello, había un constante peligro para las propiedades petroleras y para los residentes extranjeros. Ahora ya no hay peligro y los hombres que se vieron obligados a dejar sus puestos a empleados mexicanos, están volviendo a ocupar sus lugares que los empleados mexicanos cuidaron fielmente sin salarios y a veces casi sin alimento. He sabido que los constitucionalistas vitorearon a la bandera americana cuando entraron en Tampico".

Wilson, ya impaciente porque no obstante sus esfuerzos se sostenía Huerta en el gobierno, decidió arrojarlo de cualquier modo, como lo expresa en su historia Baker en la pág. 286:

"Cuatro días después Wilson declaró por primera vez su resolución de quitar a Huerta. La política de neutralidad que había adoptado en agosto no fue efectiva, era necesario imponer una conducta más positiva. Para ello no solamente envió un ultimátum al mismo Huerta sino que lo dio a conocer a las potencias en términos claros.

"Su juicio claro (del presidente) *es que su deber inmediato es el de exigir a Huerta que dejara el gobierno de México y que el gobierno de los Estados Unidos debería proceder a emplear todos los medios que juzgara necesarios para lograr este resultado; además el gobierno de E. U. no debía considerar ligado al pueblo de México nada de lo hecho por Huerta, desde que asumió po-*

deres dictatoriales, ni tampoco lo que haga la fraudulenta legislatura que pronto va a convocar".

Esta nota causó gran impresión en Inglaterra, como puede verse en el párrafo que transcribo de la misma historia de Baker en su pág. 287:

"La determinación de Wilson impresionó vivamente a Sir Edwards Gray, como nunca lo había estado. Otros asuntos también lo impresionaron. El gobierno inglés había estado extremadamente preocupado por evitar la aprobación de las tarifas de paso por el Canal de Panamá que Wilson defendía vigorosamente; su oposición a su conducta en México, ¿no podría hacer peligrar más este asunto tan importante? Libertad de tarifas en el Canal significaba más para los intereses comerciales ingleses que su influencia con un régimen vacilante en México".

Después de esta nota, el gobierno inglés resolvió enviar a Sr. William Tyrrell a la Casa Blanca para tratar directamente con Wilson. Fue presentado por el coronel House, y recibido con gran cordialidad por Wilson, y su entrevista está relatada tanto en la Historia de Baker, pág. 289, como en la obra acerca de Page, de Bourton H. Heindrich, págs. 204 a 205.

Transcribo esta entrevista.

"Wilson recibió con gran cordialidad a Sir William, en presencia del coronel House, que relata esta entrevista.

El (Wilson) *vestía un saco gris, mientras que Sir William usaba jaqué. Los dos estaban algo cortados. El presidente rompió la conversación, diciendo lo que le había dicho, de mi conversación con él ayer, y entonces explayó los propósitos de nuestro gobierno respecto a México.*

Lo que más destanteó a Sir William Tyrrell fue que no pudo obtener del presidente Wilson ninguna razón satisfactoria de su política en México.

Cuando yo regrese a Inglaterra, dijo el inglés, cuando la entrevista ya terminaba, *me pedirán que explique cuál es su política acerca de México. ¿Puede usted decirme cuál es? El presidente Wilson lo vio seriamente y le contestó con firmeza: 'Voy a enseñar a las Repúblicas Sudamericanas a elegir hombres buenos'.*

—Esto será excelente como deseo, pero será muy difícil considerarlo como programa. Además —replicó Sir William—, *Sr. Presidente, esto tengo que explicárselo a los ingleses, que como usted sabe carecen de imaginación. Ellos no pueden entender qué diferencia hay entre Huerta, Carranza y Villa.*

La única contestación que pudo obtener fue que Carranza era el mejor de los tres y que Villa no era tan malo como lo pintaban. Pero la frase que impresionó más al diplomático inglés, fue esa tan característicamente wilsoniana: Mi propósito es enseñar a las Repúblicas Sudamericanas a elegir buenos hombres. En su actitud y en su expresión está la clave de mucho de la historia de Wilson".

La visita de Sir William Tyrrell a Wilson cambió por completo la política de hostilidad entre Inglaterra y E. U. en otra de franca cooperación, pues los Estados Unidos prefirieron ceder en la pugna de las tarifas en el Canal, a cambio de que Inglaterra les dejara manos libres en México.

Respecto a esto copio un párrafo tomado del libro de Bourton H. Heindrich en su pág. 250.

"La historia de la visita de Sir William Tyrrell a la Casa Blanca en noviembre de 1913, ya la relatamos. En esta ocasión, debemos recalcarlo, no solamente se llegó a un acuerdo respecto a México, sino que el presidente Wilson ratificó nuevamente las seguridades que antes había dado, por medio del coronel House, de desechar la legislación sobre las tarifas.

Ahora bien, puesto que Inglaterra aceptó que el presidente guiara a México, se había llegado la hora de que el presidente Wilson cumpliera lo que había prometido respecto a las tarifas de Panamá".

Este arreglo permitió al presidente Wilson el poder llevar a cabo ya sin trabas ningunas su programa de destrucción en México.

Otras potencias europeas prácticamente quedaron atadas por el tratado habido entre Inglaterra y el presidente Wilson. El rompimiento de la primera guerra mundial en 1914, dejó a México completamente en manos de Wilson.

No he encontrado documento alguno que pruebe el arreglo hecho con Inglaterra, respecto de la suspensión del servicio que prestaba el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec; pero al firmar el acuerdo con Wilson de darle, manos libres en México, implícitamente quedó arreglado también este asunto, que significaba en aquel entonces una seria competencia con el Canal de Panamá, que apenas se iba a poner en servicio.

Seguramente ese era uno de los compromisos más urgentes que Carranza tenía con Wilson, puesto que fue una de las primeras cosas que cumplió con más urgencia: pretextando la falta de material rodante en los F. C. Nacionales destruido por la Revolución en 1914, a

raíz de la ocupación de la ciudad de México ordenó que se trasladara todo el material rodante de dicho ferrocarril, que era muy abundante, al centro de la República, suspendiendo entonces todo el servicio prestado por aquella vía, que ya quedó en el abandono absoluto, sin que nunca nuestros gobiernos revolucionarios intentaran reanudar sus operaciones. Lo mismo que el ferrocarril, se abandonaron los puertos de Coatzacoalcos y Salina Cruz, cuyas instalaciones de primer orden se fueron destruyendo paulatinamente, para llegar a ser pura chatarra en la actualidad. El compromiso con Wilson fue de tal naturaleza, que hasta la fecha no se ha hecho intento alguno de reanudar esa vía, que fue tan próspera en los años de 1906 a 1914 y una fuente de ingresos de consideración para el Gobierno mexicano.

Ya veremos en los siguientes capítulos cómo se llevó a cabo todo el plan de Wilson de destruir nuestro país.

Capítulo VII

ACTUACION LIBRE DE WILSON

Expuse la influencia tan grande que tuvo en nuestra revolución la pugna entre Estados Unidos e Inglaterra, que terminó con el arreglo hecho entre estas naciones, dejando manos libres a Estados Unidos respecto a México, a cambio de la igualdad de las tarifas en el Canal de Panamá.

Wilson sin esa traba se convirtió en el dictador de México, dispuesto a imponernos sus ideas, valiéndose de la cooperación que le prestaban las bandas de forajidos, que disfrazados de revolucionarios se extendieron por toda la República, llenando de crímenes y destrucción a nuestro país, cumpliendo la consigna que Lind expone perfectamente en una frase que dirigió a la Sra. O'Shaugnessy cuando se encontraron en Veracruz por vez primera. Se quejaba la Sra. O'Shaugnessy de las molestias que tenía en Veracruz, en el hotel en que estaba, y le llamó la atención que los Lind se encontraran perfectamente, por lo cual dice en su libro en la pág. 3:

"Los Lind, que tienen una preciosa casa en Mineápolis y otra en el Lago, han aceptado estas cosas, tal como las encontramos, con un aire de 'todo por el bien de Estados Unidos y para el castigo de México'."

Esta frase de Lind demuestra claramente su mentalidad respecto de México y la norma que siguió en toda su actuación ante los revolucionarios. Más adelante tendremos ocasión de ir conociendo más a fondo la pérfida conducta de este individuo, al que no le importaban los ríos de sangre derramada, la destrucción continua de todo nuestro país, si con eso lograba "el bien para los Estados Unidos y el castigo para México", que había pretendido emanciparse de la tutela de aquéllos.

Wilson comenzó a desplegar todas sus fuerzas, con tal de lograr sus propósitos, e intervino ya de hecho en todos los movimientos revolucionarios. Tan así lo creyeron los políticos americanos que en la obra de Bourton H. Heindrich se lee lo siguiente:

"Algunos creen que el Presidente intenta intervenir en México, y que la legislación sobre el peaje (en el Canal) es la condición exigida por la Gran Bretaña para dejarle manos libres en este asunto".

Antes de los arreglos con la Gran Bretaña, Wilson no se había atrevido a prestar una ayuda completa a los revolucionarios, como era su deseo, no obstante las insinuaciones de Lind, que constantemente exigía una ayuda más directa que la que recibían hasta entonces.

Transcribo un párrafo de la historia de Baker, pág. 307:

"Los consejeros de Wilson no estaban satisfechos. Nadie podía permanecer en la capital de México por algún tiempo sin tomar partido con pasión. Lind y Hall se oponían fuertemente a Huerta; Henry Lane Wilson lo defendía. O'Shaugnessy tenía gran desconfianza de ambos grupos, pero se inclinaba hacia Huerta, y creía que solamente una intervención armada era la solución.

Esta gran disparidad de opiniones entre sus consejeros más allegados constituyó por largo tiempo para Wilson una de sus mayores dificultades. Una vez dijo: 'Lo difícil es que yo no sé ciertamente lo que sucede en México... nada me parece cierto...'

Las cartas de Lind durante los dos meses siguientes, eran llamadas, a veces impacientes, de aplicar métodos más efectivos para ayudar a Carranza.

Hasta propuso ciertos actos de fuerza, como la toma de Tampico o aun de la ciudad de México:

"He estado urgiendo la necesidad de una ayuda activa y substancial a los revolucionarios, antes de que sea demasiado tarde. Ayudarlos para que se apoderen de un cañonero y para que tomen Tampico, me parece el me-

dio más eficaz, seguro y expedito. Finalmente sugiero una expedición a la ciudad de México, seguramente más difícil de llevar a cabo. Mi temor ha sido y es ahora el que estos asuntos se vayan dejando hasta en tanto que la política actual del Presidente se abandone o haga frente a la alternativa de una guerra con México. No temo el tiempo que ha pasado para hacer la campaña revolucionaria efectiva, por los medios ya indicados, o por otros desconocidos por mí, pero temo que las oportunidades para tal solución son menos favorables cada día'.

Ciertamente había razón para la impaciencia de Lind. Mientras Carranza, Villa y otros rebeldes norteños estaban importando armas, nada hacían. Unas cuantas escaramuzas y ganancias, además de un gran pillaje, era el total de sus actividades. Se preveía que una guerra de guerrillas tomaría muchos años, los jefes principales viviendo de la depredación del país, destruyendo no sólo el bienestar del pueblo, sino también las fuertes inversiones de los extranjeros".

El plan de Wilson de expulsar a todos los capitales europeos de México, se puso en evidencia cuando los revolucionarios al tener ya manos libres comenzaron a atacar todos los establecimientos de extranjeros, conforme tomaban cualquier población.

En el norte, se encarnizaron principalmente con los españoles y los chinos, que eran los que tenían los principales comercios y haciendas en aquellas regiones. Recordamos las matanzas de chinos que hubo en Sonora y Chihuahua. Las víctimas eran gente pacífica que había encontrado un modo de vivir en México, y para quienes el pueblo no tenía aversión alguna. Sin embargo, los revolucionarios trataron de exterminarlos después de robar y saquear todos sus comercios.

Con los españoles sucedió cosa igual, muy especialmente en Chihuahua, en Torreón y otras ciudades fronterizas.

Transcribo un párrafo del libro de la Sra. O'Shaugnessy (pág. 93):

"Los españoles de Chihuahua (de 400 a 500) han pasado una época terrible. Los villistas les dieron la orden de salir de la ciudad en 10 horas, y en estos momentos en que estoy escribiendo, una larga caravana de gentes, ya fuertes ya débiles, jóvenes o viejos útiles o inútiles, van en camino a pie, a través del inmenso desierto de Chihuahua, rumbo a Torreón, distante 425 millas. Las noches allí son extremadamente frías, y hay una parte de 90 millas sin agua. Les confiscaron sus propiedades cuyo valor monta a varios millones, puesto que los españoles eran los principales propietarios de los establecimientos mercantiles así como de buenas casas habitación. Villa se vanagloria de que matará a cada gachupín (español nacido en México) que encuentre así como a su familia".

Sabemos perfectamente que el español es el emigrante que más se adapta a nuestras costumbres y el más apegado a nuestro pueblo, por lo cual no se explica el odio que todos los revolucionarios tuvieron contra ellos, si no hubiera consigna recibida con anterioridad de perseguirlos y expulsarlos de la República.

No en la misma proporción que con los españoles y los chinos, fue la persecución con otros extranjeros, principalmente porque su número era menor, pero la consigna

era para todos la misma: expulsar de México el capital extranjero no americano.

Antes expuse que para los Estados Unidos, y especialmente para Wilson, la inversión de capital extranjero y la aceptación de emigrantes europeos en México, significaba una violación a la doctrina Monroe, y lo expresó en varias ocasiones, como antes he demostrado.

Baker nos dice que exactamente a los 90 años que el Presidente Monroe definió su famosa doctrina en un mensaje al Congreso, Wilson expuso la doctrina que lleva su nombre.

La primera fue definida para evitar que los países latinoamericanos fueran colonizados por los países europeos; la segunda para libertarlos de las concesiones a los capitalistas europeos.

Por eso vemos el encarnizamiento que tuvieron nuestros revolucionarios para destruir todo lo que significaba capital europeo en México, no sólo el español sino el francés, el inglés y el alemán, cuyos países no pudieron defender sus propiedades por haber estallado entonces la guerra europea, que los ató completamente de manos.

Aún hoy vemos que subsisten las órdenes emanadas de Washington de poner toda clase de trabas al inmigrante europeo a México, no obstante el beneficio tan grande que sería para el país la inmigración alemana, la italiana, etc., inmigración que fue una de las principales causas del engrandecimiento de los Estados Unidos.

La Revolución cumplió perfectamente con las órdenes de Wilson, expulsando en lo posible al capital y al emigrante europeos.

Tan sólo los españoles eran antes de la revolución más

de 300,000 en la República, número que fue reducido casi a la décima parte en los años subsiguientes.

Continúo exponiendo todos los medios de que se valió Wilson para ejercer una verdadera dictadura en México, con el fin de llevar a cabo sus planes.

Baker en la pág. 347 de su obra expone:

"Todas estas medidas estaban lejos de ser únicamente un entendimiento entre México y los Estados Unidos; ellas encerraban la aceptación del apoyo y defensa de parte de Wilson, de los directores del Partido Constitucionalista, Carranza y Villa, los cuales eran muy criticados y mirados con desconfianza en Europa. (Dice Wilson): 'El aspecto que me parece más importante ahora, respecto a la situación mexicana, es que ese pueblo ya está adquiriendo una impresión mejor y correcta de Villa. Carranza creo que es honrado, pero de criterio estrecho y más bien tonto, y por lo tanto difícil de tratar, pero con el cual podemos contar sin duda, para tratar de llevar a cabo los ideales de aquellos que han concentrado en él sus esperanzas y que dé una solución decente a los problemas económicos que refuercen la situación en México, así como la cuestión de tierras reforzó el aseguramiento de los asuntos de Irlanda. Un pueblo sin tierras, siempre proporcionará material inflamable para una revolución'.

Wilson aquí exhibió una tendencia marcada en su administración a preferir trabajar con 'personas de criterio estrecho y tontas' que él tenía por rectas en sus principios y aptitudes, que tratar con hombres hábiles, como los científicos, que pudieran buscar 'salvar sus privilegios'. Esta es una de las dificultades en el método con

que cada reformador tiene que enfrentarse. ¡Valerse de tontos!"

Por lo anterior vemos claramente que Wilson desconfiaba de personas inteligentes, que hubieran descubierto inmediatamente sus malas intenciones respecto a México, y tenía que valerse de gente que fuera un instrumento ciego suyo. Por ese motivo escogió a Carranza de preferencia a Villa, de quien en otro lugar indica que era hombre difícil de manejar a su gusto. Este fue también el motivo de rechazar a Huerta, que siempre objetó sus planes.

Lo expuesto anteriormente nos prueba de una manera irrefutable el deseo del presidente Wilson de valerse de nuestra situación para intervenir en absoluto en México, sin importarle a él ni a sus consejeros las desgracias que buscaba para nuestro pueblo, ni los ríos de sangre derramada, con el solo fin de implantar una política favorable a los Estados Unidos.

En su mismo país criticaron esta conducta desde antes de que tomara determinaciones drásticas, de verdadera intervención, como fueron la toma de Tampico y Veracruz y posteriormente la invasión de Pershing.

Transcribo un párrafo tomado de la historia de Baker (pág. 292):

"*Hay sin embargo varias críticas. George Harvey pregunta en North American Review: ¿Qué derecho moral o legal tiene el presidente de los Estados Unidos para decir quién debe ser o no el presidente de México?*"

Transcribo otro párrafo tomado de las cartas de la Sra. O'Shaugnessy (pág. 90):

"*Uno se admira más y más de cómo Villa, Aguilar, Zapata y demás bandidos obtienen constantemente armas y municiones.*

Por supuesto las Potencias extranjeras creen que nosotros se las damos, o dejamos que las tomen.

La intervención en México es un hecho consumado, como podemos verlo, aunque no hayamos disparado el primer tiro. Y lo que está hecho, no puede ser deshecho".

Efectivamente, el gobierno americano abastecía de armas, parque y hasta uniformes a los revolucionarios. Por ese motivo usaban el 30-30, arma reglamentaria del ejército americano, en vez del Máuser, con el cual estaba equipado nuestro ejército.

De ello hay muchísimas pruebas confesadas por los mismos revolucionarios de entonces, y los que recordamos la entrada de Carranza a México, vimos a los soldados de Obregón vestidos con uniformes del ejército americano y armados con el famoso 30-30. Más adelante se verá que los zapatistas recibían armas y parque del americano, como lo dice Lind en una carta a Wilson, de la cual exhibiré copia fotostática.

Del libro de la Sra. O'Shaugnessy tomo este párrafo de la pág. 135:

"*Mr. Lind sigue pensando que la más fácil solución del problema es levantar el embargo de armas y municiones; pero esto me aterroriza. El estado final de México será peor que el primero. Se podrá acabar con la dictadura de Huerta, pero, ¡ay! no con la situación mexicana*".

Tenía razón la Sra. O'Shaugnessy al temer todo el desastre que venía para México, dejándolo a merced de esa

banda de aventureros que como los bárbaros de Atila barrieron todo nuestro país llenándolo de sangre, despojos y ruinas, pero aunque lo temía, no podía concebir que su propio gobierno era el interesado en llevar a cabo todo este plan de robo y destrucción. En todos sus encuentros con Lind siempre se impresionaba de cómo este hombre flemático e insensible ejecutaba con todo cuidado el plan que Wilson tenía trazado.

Traduzco otro párrafo de su libro (pág. 44):

"*Algo que descubrí en una conversación con Mr. Lind me dejó un poco pensativa y con algo más que desagrado.*

El tiene la idea, quizá el plan, de facilitar el avance de los rebeldes levantando el embargo, y temo que lo recomiende a Washington. Estábamos sentados platicando después de la cena, tiritando de frío, en un cuarto grande, alrededor de una pequeña estufa, cuando por primer intento sugirió esa acción.

Y exclamé: ¡oh, Mr. Lind, cómo puede pensar en eso: abre usted la caja de Pandora para llenar esto de calamidades! Viendo lo contrariada que estaba, cambió de conversación".

Wilson, dominado por las instigaciones de Lind, con el fin de expulsar a Huerta siguió haciendo declaraciones, una de las cuales es muy importante, pues fue una nota enviada a todas las Legaciones y Embajadas, con copia al ministro de Relaciones de México.

Dice así (Foreign Relations of the United States, 1914, págs. 443-444):

"*Nuestro propósito en México.*

Usurpaciones como la del general Huerta, son una amenaza para la paz y el desarrollo de América...

Es el propósito de los Estados Unidos, por lo tanto, desacreditar y destruir cualquier usurpación semejante, dondequiera que ocurra. La política actual del gobierno de los Estados Unidos es la de aislar a Huerta completamente; cortarle toda la simpatía y ayuda extranjera y crédito doméstico, ya sea moral o material, y forzarlo a irse.

Si el Gral. Huerta no renuncia por la fuerza de estas circunstancias, los Estados Unidos se verán obligados a usar medios menos pacíficos para quitarlo.

Aparte de estos propósitos los Estados Unidos no irán más allá. Tampoco permitirán ninguna concesión especial o exclusiva de México, a ninguno de sus ciudadanos que las solicitaran, sino que sólo desea mostrarse, aquí y en todas partes, campeón de la puerta abierta".

Aquí Wilson abiertamente declara sus intenciones de quitar a Huerta por cualquier medio.

Los revolucionarios, no obstante la ayuda que Wilson les daba levantando el embargo de armas, no avanzaban gran cosa hacia el sur, ni siquiera podían tomar Tampico, por lo que Wilson decidió usar de medidas más drásticas, ordenando, de acuerdo con las llamadas angustiosas de Lind, ocupar el puerto de Tampico primero y después el puerto de Veracruz. Se resolvió a ello al no poder detener en el mar un cargamento de armas que venía en el *Ipiranga* para Huerta por haberlo impedido el gobierno alemán.

Los zapatistas tampoco eran fuerza que pudiera preocupar a Huerta, pues sus actividades se concretaban a robar poblados carentes de guarnición, en donde cometían toda clase de excesos, y huían tan pronto como llegaban

fuerzas a perseguirlos, por lo cual se les dio el nombre de liebres blancas.

Presento, como prueba de las actividades de Lind para ayudar a los rebeldes, copia fotostática de una carta suya, que revela completamente las intenciones de Wilson, de imponernos un gobierno sujeto a sus órdenes.

La carta de Lind, traducida, dice lo siguiente:

Veracruz, Marzo 23/1914.

Querido Mr. Bryan:

No me siento muy bien al presente y por lo tanto me veo obligado a dictar parte de los informes que hago. Quiero indicarle que aunque se necesita un gran cuidado para tratar con los revolucionarios del sur, en vista del intenso prejuicio que se ha creado contra ellos, sin embargo, es de vital importancia que ganemos su confianza para el futuro. Es extremadamente importante para quienquiera que trate de organizar un gobierno de orden en México, restablecer la paz en el sur, y esto se puede lograr teniendo la confianza de los zapatistas, o llevar a cabo una difícil campaña de exterminación. A Huerta lo podemos quitar en la mitad del tiempo, y con un cuarto del esfuerzo necesario para acabar con Zapata y partidarios.

En vista de nuestra política es muy importante *ponerlos en contacto con los revolucionarios del norte y creo que el mejor modo de lograrlo es por mediación de los E. U.*

No presenta dificultad el proporcionarles armas, por la costa oeste. Según sé por radio, el cañonero Guerrero está en el dique seco en Guaymas.

Un Dr. Hall, de Aguascalientes, está aquí hoy, de paso

Personal 1. Veracruz Mch 23

Dept. of State

My Dear Mr Bryan: I am not feeling very well just at present and for that reason I felt constrained to dictate some of the communications I now make.

I wish to add that while the utmost care is required in handling any intercourse with these revolutionists of the South in view of the intense prejudice that there has been created against them nevertheless I deem it vitally important that we have their good will and confidence for the future. It will be extremely important for whoever undertakes the inauguration of orderly government in Mexico to be in position to restore peace in the South and that can only be done by having the confidence of the Zapatistas or prosecuting a difficult campaign of extermination. Huerta can be put out of commission in half the time and with 1/4 the effort required to conquer Zapata & his followers.

In view of our policy it is also very important that they get in touch with the people of the North and I think that can be best done by way of the U.S. It would not be difficult to get arms to them on the West Coast. The gun boat Guerrero is in dry dock at Guaymas — as I learn from the wireless.

A Dr. Hall from Aguas Calientes is here to-day on his way to Texas. I may request him to take this letter to Washington and place it in your hands personally. Up to the present time I have refrained from saying anything in particular about Mr. O'Shaughnessy's attitude and conduct but I feel that I cannot refrain from telling you the real situation. His course is [illegible] to [illegible] efforts to solve the political situation. I do not charge Mr. O'Shaughnessy with [illegible] disloyalty but he has become so thoroughly infatuated

812.00/

should reach the embassy. Dr. Hale can tell you his views. O'Shaughnessy complains of ill health and also that he ought to look after the settlement of his father's estate. I think it might be a good plan to give him a leave of absence and also indicate that you wish to confer with him. Otherwise I doubt whether he would leave Mexico. He frequently says "What would Huerta do if I left or if anything happened to me"? Mrs O. speaks of Huerta as "the dear old man". I could write indefinitely on this subject—but it is really so absurd that I dislike to write at all. The strangest part is that I do not feel the resentment that I would have experienced over similar conduct in any other man. For I can not bring myself to believe that he is consciously disloyal. I guess the explanation is that he was raised by Tammany, educated by the Jesuits and has spent most of his time abroad. He has never drawn a breath of American air. D'Antin tells me that he corresponds with Cardinal Gibbons. I shall find out positively about this. I think that Huerta is using him as his medium for communicating with the inner circles of the Church. This is only surmise.

Franklin is loyal and prudent. Parker in the embassy is level headed. D'Antin is very bright. They could look after matters very efficiently during O'S's absence.

There is nothing new.

I still insist that Tampico and Veracruz should

with Huerta that he devotes his best efforts to furthering his interests and advocating his cause.

I am satisfied in my own mind that he came down largely and possibly at Huerta's instance to find out from me what Portillo y Rojas said about Huerta & the situation in our recent conference. He told me that Portillo y R did not have Huerta's confidence & that it would not be wise for me to pay too much attention to what he said. Now this may all be true but why should he try to impress that on me. He stated publicly in Veracruz that he knew that I had sought the conference with Portillo because Huerta would not permit any one representing him to ask me or to ask any one representing the U.S. for a conference.

He stated publicly that he regards President Wilson's policy not only mistaken but hopeless and that the only way out is to make terms with Huerta.

He also said to me personally that Huerta is now very well disposed toward the U.S. and that if we would only give him the opportunity that he would demonstrate that fact and that he would also inaugurate the reforms that Mexico needs. One of the arguments that O'Shaughnessy put forward to me is that Huerta has now got his "pile". He has money in the U.S. has bought lands and houses &c.—that he will now conduct an honest administration so far as he is concerned.

It makes it very embarrassing for me to get some information that I ought to have. I cannot get it from Embassy without exciting suspicion. I have not at any time trusted him with confidential matters. We are personally friendly & I rather like him. I know that he cannot help being what he is. I do not believe him a traitor for a moment. What can be done or what should be done I cannot suggest. I can get along. But it must be understood that nothing of a confidential nat-

be taken. I repeat: We have made the cause of the revolutionists our cause in a measure and we must see them through. If they capture Torreon it will be easy sailing. But they are Mexicans and they need watching.

I am a little restless here. I feel that I am doing nothing. You know I am rather active and not accustomed to wasting my time. If you feel that I could be of service north I should be more than pleased to go. I feel that I know Northern Mex pretty well. I have material for several volumes but I am too shiftless to write and I do not know how.

Please answer this by cable and indicate your views on Zapatista matter in a general way.

With best wishes for your continued good health I am

Yrs very true

John Lind

Hon. W. J. Bryan
Washington

I wrote this very hurriedly to mail on a Galveston boat.

para Texas. Le he pedido que lleve esta carta a Washington y se la entregue personalmente.

Hasta ahora, no he querido hablarle nada acerca de la actitud y conducta de Mr. O'Shaugnessy, pero creo que ya no debo seguir sin darle cuenta de la actual situación. Su conducta estorba mucho para resolver la situación política.

No acuso a Mr. O'Shaugnessy de una intención desleal, pero ha llegado a estar tan impresionado con Huerta, que dedica sus mayores esfuerzos en sostener sus intereses y defender su causa. Estoy convencido de que él, por instancias de Huerta, logrará de mí lo que Portillo y Rojas dijo acerca de Huerta en nuestra reciente conferencia.

O'Shaugnessy me dijo que Portillo y Rojas no tiene la confianza de Huerta, y por lo tanto, no debo darle mucha atención a lo que él diga. Ahora bien, esto puede ser cierto, pero ¿por qué trata de impresionarme con ello? Dijo públicamente en Veracruz que él sabe que yo tuve una conferencia con Portillo, porque Huerta a nadie permite pedirme a mí o a cualquiera otro representante de E. U. una entrevista.

El afirmó públicamente que considera la política del presidente Wilson no sólo un error, sino desesperada y que el único camino que hay es llegar a un arreglo con Huerta.

También me dijo personalmente que Huerta está muy bien dispuesto respecto a E. U. y que si se le da una oportunidad demostrará con hechos que él puede también llevar a cabo las reformas que México necesita. Uno de los argumentos que O'Shaugnessy me da a conocer es que Huerta ya hizo su capital. Tiene dinero en E. U., ha com-

prado terrenos y casas, etc., y que ahora lleva una administración honrada, en lo que a él toca.

Me es muy difícil obtener informaciones sobre lo que debo saber, no puedo ir a la Embajada sin despertar sospechas.

Nunca puedo confiarle cuestiones confidenciales. Personalmente nos tratamos amistosamente según me parece, pero sé que no puedo ayudarlo siendo tal como es. Por el momento no lo creo un pillo. ¿Qué hay que hacer o qué debe hacerse? No puedo sugerirlo, hay que dejarlo para más adelante; solamente hay que entender claramente que nada de asuntos confidenciales deben de llegar a la embajada. El Dr. Hall puede contarle que O'Shaugnessy se queja de mala salud, y que piensa para más adelante ir a su tierra. Creo que puede ser un buen plan darle una licencia y también indicarle que usted desea conferenciar con él.

De otro modo, dudo que quiera dejar México. Frecuentemente dice: ¿qué hará Huerta si yo lo dejo, o si algo me sucede?

Mr. O. habla de Huerta como mi querido viejo. Indefinidamente puedo escribirle acerca de este asunto, pero es realmente tan absurdo, que me disgusta hacerlo.

Lo extraño es que no sienta yo el resentimiento que experimentaría por una conducta semejante de cualquier otro individuo y no puedo convencerme de que conscientemente sea desleal. Creo que la explicación de ello, es que ha ascendido por Tamany y fue educado por jesuítas, y ha pasado mucho tiempo fuera del país. Nunca ha respirado un soplo de aire americano.

D'Antin me dijo que tiene correspondencia con el Cardenal Gibbons. Encontraré pruebas acerca de esto. Creo que Huerta lo utiliza como medio de comunicación con la Iglesia. Esto sólo es una sospecha. *Shauklin es leal y prudente. Parker en la embajada es un tonto. D'Antin es muy inteligente. Ellos pueden hacerse cargo de la oficina durante la ausencia de O'Shaugnessy.*

No hay nada nuevo.

Insisto nuevamente en que Veracruz y Tampico deben tomarse. Repito, hemos hecho nuestra la causa de los revolucionarios en cierta medida, y por lo tanto debemos ver por ellos.

Si ellos capturan Torreón, avanzarán fácilmente. Sin embargo, son mexicanos y debemos observarlos.

Estoy tomando un pequeño descanso aquí y siento que no hago nada. Usted sabe que soy más bien activo y no estoy acostumbrado a perder el tiempo. Si usted lo cree así, puedo estar de servicio en el norte, demostrándole que me gustaría ir. Creo que ya conozco bastante bien el sur de México, tengo material para escribir varios volúmenes; pero soy demasiado inepto para escribir y no sé cómo hacerlo. Contésteme por cable, indicándome sus puntos de vista sobre el asunto zapatista en términos generales.

Mis mejores deseos por su buena salud, quedo S. S.

John Lind.

Hon. W. J. Bryan.
Washington

Escribo ésta muy aprisa para mandarla por el vapor de Galveston.

Como vemos, esta carta es reveladora de un modo clarísimo de las intenciones veladas que respecto de nuestro país tenía Wilson, y de los procedimientos que puso en práctica para lograrlas.

En su primera parte, nos indica claramente la necesidad de enviarles armas y parque a los zapatistas, lo cual nos prueba también lo dicho por la Sra. de O'Shaugnessy de que las armas de los revolucionarios las proporcionaban los americanos. De otro modo no se explica cómo los zapatistas tenían armas y parque desde que comenzó esa revuelta, cuando el gobierno tenía un verdadero control sobre los armamentos, y las armas que usaban, el 30-30, eran de procedencia americana.

Igualmente indica la conveniencia de ponerlos de acuerdo con los revolucionarios del norte, pues sabemos perfectamente que los zapatistas nunca salían de sus guaridas sino para atacar y robar pueblos indefensos, y aunque la propaganda política los pinta como revolucionarios que peleaban por ideales democráticos, la realidad fue que su ideal consistió en el asesinato, el robo y la violación de mujeres.

Se levantaron en las postrimerías de Díaz, en defensa de Madero, para volverse contra él cuando quiso encaminarlos por una senda de gobierno, y se unieron con Carranza y Villa por coincidir con ellos en su ideal de crímenes y rapiña, para separarse luego, al repartirse el botín.

Basta ver los periódicos de entonces para darse cuenta de las hazañas de los zapatistas, de las cuales una, que causó verdadera sensación, fue un asalto de tren en Ticumán (Mor.), donde robaron, mataron y violaron a todos

los pasajeros sin importarles condiciones ni edad, y sin objeto de guerra ninguno.

Los americanos y muy especialmente Lind conocían perfectamente tal estado de cosas, pero a Lind esas calamidades no le importaban nada, como tampoco le importaban los excesos cometidos por los revolucionarios norteños, puesto que conducían al logro de sus ideales, todo para bien de los Estados Unidos y para castigo de México.

La carta nos revela después los verdaderos móviles de Wilson, los cuales eran tan inhumanos e inicuos, que no se atrevían a dárselos a conocer a sus mismos representantes oficiales, como era el encargado de negocios Mr. N. O'Shaugnessy.

De ahí la recomendación de Lind de no darle a conocer nada de asuntos confidenciales, y su acusación de haber sido aquél educado por jesuítas, y de tener correspondencia con el cardenal Gibbons.

Pero lo realmente notable, bajo el punto de vista de la tesis que defiendo en este opúsculo, la intervención descarada del americano en nuestro país, es el propósito de ocupar los puertos de Tampico y Veracruz, cuando vieron que la intervención indirecta por medio de los revolucionarios, no era suficiente para hacerlos triunfar e imponer sus propios planes. La carta de Lind es del 23 de marzo de 1914, es decir, anterior al conflicto de Tampico, y un mes antes de la ocupación de Veracruz, lo que prueba completamente que la mascarada del *Dolphin,* que pretextó la ocupación de ambos puertos, ya estaba prevista de antemano. En lo transcrito anteriormente, vimos que en caso de que esta acción no diera resultado, estaba resuelta la ocupación de la ciudad de México, para lograr el triunfo

de la revolución, encargada de llevar a cabo los planes secretos de Wilson.

La ocupación de los puertos citados fue una verdadera acción de guerra contra México, no contra Huerta, que sólo era un pretexto, y Wilson la llevó a cabo sin autorización ni conocimiento de las Cámaras de Estados Unidos, que posiblemente no la hubieran aprobado.

El pueblo americano no aprobó tampoco esta conducta de Wilson, al grado de que sus consejeros temieron que éste fuera víctima de un atentado cuando llegaron a Nueva York las víctimas que hubo en el desembarco en Veracruz, como lo dice Baker en la narración de esos sucesos (pág. 342):

"Un día después que fue escrita esta carta, Wilson salió para Nueva York, a tomar parte en la recepción, y dirigir un mensaje, en honor de los marinos americanos muertos en el ataque a Veracruz.

Lo que inquietó mucho a sus amigos fue su decisión de ir en el desfile. El había sido el comandante en jefe de estos marinos muertos que habían ido a Veracruz por sus órdenes. Desde el momento que habían arriesgado sus vidas por su país, su deber era honrar su memoria. Mr. Tumulty, el Dr. Grayson y su servicio secreto lo intimaron a que no se expusiera. El coronel House se unió a ellos, exigiéndole que fuera discreto. No hacía mucho que hubo un atentado fracasado contra el mayor Mitchel de Nueva York, y hubo muchas cartas anónimas, con relación a su visita a Nueva York, que podían tener o no cierta importancia. Pero no pudieron convencer al presidente. Había una especie de fatalismo en su resolución. En otra ocasión,

al ser advertido de un modo semejante, respondió: 'Soy inmortal hasta que no llegue mi hora'."

Lo anterior nos prueba también que el pueblo americano y una gran mayoría de políticos de los Estados Unidos eran contrarios a las ideas de Wilson de intervenir en México.

Voy a dar un resumen de las pláticas habidas y de los documentos que se cruzaron en el gobierno de los E. U. con motivo de la ocupación de Veracruz, tomado de la Historia de Baker, ya citada.

En abril 9 de 1914, el pagador y siete marineros del barco americano *Dolphin* desembarcaron en Tampico con el fin de recoger provisiones que habían comprado, en un muelle donde se había dado la orden de que no se acercara ningún bote, dado el estado de guerra que existía, estando amagado ese puerto por fuerzas constitucionalistas. Tan pronto como fueron llevados al cuartel general, el oficial ordenó su libertad inmediata, y el Gral. Zaragoza, comandante de Tampico, presentó sus disculpas al almirante Mayo, diciendo que los hombres que los apresaron habían malentendido la orden.

Mayo contestó inmediatamente con arrogancia, que ese era un acto hostil y que la ignorancia del personal, no era base para evitar la responsabilidad. Por lo tanto, que Zaragoza debía enviar a varios miembros de su Estado Mayor, con una disculpa por lo sucedido y la promesa de castigar al oficial responsable. Además, que debía ponerse una bandera americana en un lugar prominente cerca de la orilla y se le hiciera un saludo de 21 salvas, saludo que sería contestado por su propio barco. La comunicación debería en-

viarse inmediatamente, y el saludo debería hacerse dentro de las 24 horas a partir de las 6.30 de la tarde.

La reacción de Wilson, al saber estos sucesos, fue primero de irritación, pues no esperaba tan pronto eso; después dijo: ya sabía yo que un incidente como éste tendría que suceder.

Luego en su reporte Bryan le dijo que el almirante Mayo no podía proceder de otra manera.

Presento los párrafos de la historia:

"Sabía yo desde hace meses —dijo Wilson— *que tal cosa debía acontecer, y en mis oraciones pedí que esto no fuera una calamidad".*

Transmitiendo la nota, Bryan escribe:

"No veo cómo Mayo podía haber obrado de otro modo. Espero instrucciones".

El presidente decidió apoyar la demanda del Almirante Mayo e hizo que *The Foreign Office* dirigiera una nota, exigiendo con firmeza y dureza que se castigara al culpable, y dando a conocer lo serio de la situación.

Por su parte O'Shaugnessy se presentó a Huerta, y le pidió presentara por escrito una disculpa al gobierno americano y el castigo del actor, si se le encontraba culpable, a lo que accedió Huerta, pero éste pedía en cambio que se retirara la nota. El secretario de estado encontró esta contestación insuficiente y decidió apoyar al Almirante Mayo en su demanda, alargando solamente el plazo de saludar a la bandera, hasta el 13 de abril.

Huerta contestó arguyendo con mucha habilidad que esa petición no estaba acorde con las leyes internacionales ni de cortesía.

Pero entonces surgió otro incidente en Veracruz, cuando un censor mexicano detuvo un despacho oficial del Departamento de Estado a O'Shaugnessy y un marinero del correo del acorazado Minnesota fue detenido.

Estos incidentes deben de haber sido de muy poca importancia, puesto que el almirante Fletcher, después de investigarlos, juzgó que no eran motivo de queja (Baker, pág. 317).

Pero para los fines que tenía preparados Wilson, estos incidentes eran de gran valor.

Sin embargo, en su mismo gabinete había protestas. Decían sus ministros que si los americanos habían violado la ley marcial, como Huerta decía, no se podía exigir reparación. Robert Lansing, encargado del Departamento de Estado, era de esa opinión.

Se preguntó a Mayo respecto a esto y él contestó que no tenía conocimiento de que existiera allí la ley marcial, cuando estaba perfectamente enterado de ello al estar presenciando los combates de los federales con los constitucionalistas y hasta se atrevió a pedir que el ejército federal suspendiera inmediatamente su lucha contra los constitucionalistas, pretextando que las granadas podían perjudicar a las propiedades de los americanos.

Huerta protestó inmediatamente, advirtiendo que esa orden era una acción sin precedente y constituía una injustificable imposición a la soberanía de México, más cuando el gobierno tenía obligación de repeler por las armas a las fuerzas revolucionarias que estaban atacando el puerto de Tampico.

En estas disputas llegó la fecha exigida para saludar a

la bandera americana, pero Huerta no aceptó hacer el saludo.

Con este motivo Bryan llevó a Lind con el presidente Wilson, y Lind urgió una acción más drástica contra Huerta.

El resultado de esta entrevista fue que el secretario de guerra Daniels[1] recibió órdenes de mandar a Tampico todos los barcos disponibles en Hampton Roads y un regimiento de desembarco, al mismo tiempo que se enviaba por medio de O'Shaugnessy una enérgica nota a Huerta, indicando la seriedad de la situación.

Estos sucesos impresionaron mucho al país y se auguró la guerra.

Wilson recibió a los senadores Shively y Lodge, y a los diputados Flood y Cooper, que pedían informes para la Comisión de Asuntos Internacionales del Congreso. Habló con ellos con decisión y energía respecto al caso, y citó como precedente el bombardeo por la flota americana de Graytown en Nicaragua en 1854.

Habló de la crisis que había surgido en Tampico, que lo obligaba a usar las fuerzas de mar y tierra para defender las vidas y las propiedades de los americanos en México; que tenía autoridad para tomar posesión del puerto sin consultar al Congreso; pero que deseaba hacerlo con ese consentimiento y quería conocer la opinión de algunos representantes.

El senador Borah dijo:

"Esto me parece una intervención armada. En tal caso la bandera americana debe ir sobre México y no regresar ya. Este tiene que ser el primer paso para la marcha de los Estados Unidos hasta el Canal de Panamá".

---

[1] Años después gratísimo Embajador de los Estados Unidos en México.

Huerta no se conmovió con estos sucesos. Pensó que esta actitud de los americanos unificaría a todos los mexicanos para repeler la agresión, pero se equivocó rotundamente.

"El sencillamente esperaba que esta acción del presidente unificaría a todos los mexicanos a su alrededor, y despertaría la simpatía de Europa, pero estaba en un error. Carranza consideró el incidente de Tampico como asunto de Huerta y no hizo comentarios. Villa fue más expresivo. Declaró: 'El toro ha herido a Huerta y éste es un asunto entre el traidor Huerta y Wilson, el gran presidente del pueblo americano'" (Baker).

Huerta se había equivocado al considerar a los rebeldes como mexicanos, sin comprender que solamente eran soldados americanos disfrazados. Con razón cuando los federales desocuparon Tampico, los carrancistas vitorearon a la bandera americana y al presidente Wilson.

Cuando Huerta se dio cuenta de esta situación, ya con los barcos de guerra que venían a auxiliar a los desde antes fondeados frente a Tampico y Veracruz, mandó una serie de notas al gobierno americano, muy bien puestas e inteligentes, redactadas por el entonces ministro de Relaciones don Federico Gamboa.

En esas notas se pedía que el saludo a la bandera fuera simultáneo, pero el Departamento de Estado no aceptó esta proposición, diciendo que un saludo simultáneo quitaba al acto su significación.

Contestó Huerta diciendo que si no lo reconocían co-

mo gobierno de México, con qué carácter podía él saludar a la bandera.

No obstante estos argumentos, los barcos americanos siguieron avanzando y Huerta no quiso hacer el saludo pedido.

Wilson envió otro ultimátum a Huerta, avisándole que iba a dejar el asunto en manos del Congreso, dando un nuevo plazo para el saludo de la bandera hasta el 19 de abril.

Huerta contestó que saludaría la bandera si O'Shaugnessy firmaba un protocolo comprometiéndose a devolver el saludo.

El presidente Wilson estaba fuera, y Bryan pensó que no debía firmarse el protocolo, pues un acuerdo con Huerta significaba su reconocimiento como presidente, a lo cual Wilson se oponía ardientemente.

La negativa de Huerta de saludar a la bandera sin condiciones, puso en difícil situación a Wilson y su gabinete, puesto que esta negativa orillaba a una guerra. Wilson se preocupó mucho con ello e iba a poner el asunto en manos del Congreso. Reunió a su gabinete y preocupado por la responsabilidad que le vendría si había guerra con la consiguiente pérdida de vidas, repentinamente les dijo:

"Si hay alguno de ustedes que crea en la oración, les agradeceré que piensen seriamente en esto, desde hoy hasta nuestra próxima reunión".

Después dio a los periodistas seguridades de que no declararía la guerra.

Luego dijo que la guerra no era contra México sino

contra la persona que se decía presidente provisional de México.

Estando en estas discusiones llegó la noticia de que un cargamento de armas para Huerta venía en un barco alemán, el *Ipiranga,* lo que constituía un nuevo problema.

Los representantes de las Cámaras, Shively y Loodge del Senado y Flood y Cooper de la Cámara, fueron a ver a Wilson para tomar informes.

Transcribo, por ser muy interesante, el relato de esta entrevista, que aparece en el libro *The Senate and the League of Nations,* de Henry Cabot Loodge (páginas 13-14):

"*El* (el presidente) *dijo que deseaba leerles el mensaje para que le dieran su opinión. Como ya estaba en prensa, para los periódicos ya no podía cambiarlo. Pero lo leyó. Nos pareció débil e insuficiente pero bien redactado. El entonces exhibió su resolución de que fuera aceptado. Era la misma petición que había hecho antes a la Cámara para que fuera aceptada y autorizara a romper hostilidades contra Huerta, por tratarse de éste en lo personal.*

Esto no me pareció satisfactorio pues era una declaración de guerra contra un individuo; indiqué que deberían aducirse otras razones, como la protección a la vida y propiedades de los americanos, como verdad bajo el punto de vista internacional. El presidente dijo que este pretexto era muy amplio y conduciría a la guerra.

Yo pensé que de todos modos sería guerra. Dijo que necesitaba obrar inmediatamente, porque deseaba interceptar el cargamento de armas para Huerta, que llegaba a Veracruz esa tarde en el barco alemán. Indicó que no podía detener el barco sin un bloqueo de guerra a Vera-

cruz. Dijo que su plan era tomar Veracruz y coger esa carga después de que la hubieran desembarcado. Indicó que era necesario quitarle las armas a Huerta, para mandárselas a Villa, que era como su aliado. Dijo que esto se debía a las circunstancias y podía no ser ayudado. Luego nos entregó a cada uno de nosotros una copia de la resolución que deseaba".

Como vemos por lo anterior, Wilson no contaba con seguridad con la ayuda de las Cámaras para su política, y como veremos más adelante no esperó su resolución para el desembarco y toma de Veracruz por el almirante Fletcher. Otra declaración de gran importancia es que quería mandar esas armas a Villa, a quien consideraba como su aliado para llevar adelante sus planes sobre México.

Wilson fue a las Cámaras a defender sus puntos de vista, relató el incidente de Tampico y luego el del correo detenido en Veracruz, pero sin decir que no había tenido importancia, y asentó que si había un conflicto, sería sólo una lucha contra el general Huerta.

Su mensaje no causó el entusiasmo que él esperaba. Muchos de los representantes dijeron que sus argumentos eran muy débiles, y él deliberadamente no expuso muchos atropellos cometidos por México contra personas y propiedades, para evitar discusiones sobre ello.

Finalmente se aprobó su memorándum, pero después de varias horas de debate, por mayoría de un solo voto y con grandes discusiones, que acusaban por igual a Huerta y a los revolucionarios. El memorándum se aprobó el 22 de abril, un día después de la toma de Veracruz por las fuerzas americanas.

Veracruz fue tomada el 21 de abril de 1914, cuando Bryan recibió aviso de que el *Ipiranga* estaba descargando municiones, y lo puso en conocimiento de Wilson, quien preguntó a Daniels qué se haría, a lo que contestó éste que había cablegrafiado a Fletcher ordenándole tomar la aduana de Veracruz y que creía que ésta ya había sido tomada. El presidente titubeó un poco y dio la orden de tomar Veracruz.

Ya esto estaba previsto, como lo indiqué anteriormente, pues Lind urgía constantemente que se tomara esta medida, y con ese objeto, varios meses antes estaban fondeados en Tampico y Veracruz muchos barcos de guerra de la marina americana, lo que no tenía razón de ser.

Yo personalmente conté, varios días antes de la ocupación de Veracruz, 40 barcos de guerra, acorazados, torpederos y transportes, fondeados fuera de la bahía de ese puerto. Su presencia allí necesariamente llevaba por objeto la ocupación tarde o temprano de esa población con cualquier pretexto.

El intervenir en México por medio de las fuerzas constitucionalistas, y en caso de que éstas fallaran, directamente, era la meta de Wilson y sus consejeros Lind y Bryan. Ya he presentado varias pruebas de ello, pero para asegurar más mi aserto, muestro varios párrafos de una carta de Lind a Bryan fechada el 2 de marzo anterior a la ocupación de Veracruz y Tampico, de la que tengo copia fotostática:

"Ya le expliqué antes mis puntos de vista, sobre el asunto de la intervención y no ha habido cambios. Pero hoy más que nunca creo que podemos tomar esa decisión.

El lado militar no presenta problema alguno. En la

región Sur de Tampico-Manzanillo los Estados Unidos pueden poner paz y orden en 30 días. Allí virtualmente no habrá oposición, con excepción de una resistencia espectacular en la ciudad de México.

Si el mayor Butler queda al frente de los marinos, no necesitamos preocuparnos por la situación en México. Él y el almirante Fletcher están listos para preparar fuerzas adecuadas en 24 horas o menos, en caso de emergencia. Atentamente. John Lind".

Esta carta, un mes anterior a los asuntos de Tampico, prueba claramente que los Estados Unidos estaban buscando cualquier pretexto para intervenir, en el caso de que fallaran los ataques a Tampico de las fuerzas constitucionalistas. Lo del *Dolphin* no fue sino una patraña para justificar el atentado.

Respecto a la toma de Veracruz transcribo el informe del cónsul americano Canadá, a Bryan, en abril 21 de 1914, tomado de *Foreign Relations of United States* 1914:

"A pesar de los tiroteos que hubo desde las azoteas de las casas, nos hicimos dueños de la situación, sin necesidad de usar nuestra artillería pesada. En el tiroteo alrededor del Consulado, el edificio recibió varios tiros. El barco Ipiranga fue detenido afuera, por el Almirante Fletcher. Nuestra gente está sólo a la defensiva, pero podemos usar nuestros grandes cañones de los barcos, en el caso de que no cese pronto el fuego de las tropas mexicanas. La resistencia que hubo de la (escuela) naval, pronto fue acallada por los cañones del Prairie. Hasta el momento no hemos tenido sino sólo 4 muertos y 20 heridos".

Wilson recibió la noticia de la toma del Puerto de Ve-

an old American who lives a hermit life down on the Oaxaca boundary.
This man was a minister ordained in the [illegible] in his younger days.
I get numerous letters of this character from almost every section in the South. I am not in touch with the North at all.

I have explained my views on the subject of intervention heretofore. Others have undergone no change. But I realize more than ever the possibility that we may have to take such action.

The military side presents no problem. In the country South of Tampico-Manzanillo the U.S. could establish peace and order in 30 days. There would be virtually no opposition except a show of resistance in Mexico City.

If Major Butler is left here in command of the Marines you need not worry about the situation in Mexico City. He and Admiral Fletcher are prepared to land an adequate force there in 24 hours or less in case of emergency.

Yours truly,
John Lind

Hon. W. J. Bryan
Secy of State

racruz, sin haberse opuesto en absoluto a esa acción, convencido, por las reiteradas instancias de Lind, de que no implicaba ningún peligro.

Sin embargo, se impresionó por las bajas de sus marinos.

Pero el *incidente* complicó aún más la situación.

El hecho de por sí declaraba beligerante a Huerta, y Carranza no se mostró tan adicto a Wilson como éste esperaba por el desembarco, al contrario de lo que sucedió por lo de Tampico.

Por lo tanto, se vio obligado a mandar más tropas a la frontera y a decretar el embargo de armas, que perjudicaba a sus aliados Carranza y Villa.

Wilson expresó que no le gustaba la forma en que se habían desarrollado los sucesos en México, pero hizo declaraciones abiertas de que la lucha era sólo contra Huerta y sus partidarios, haciendo una distinción entre México y ellos, como la que hizo posteriormente con el pueblo alemán, diciendo que no luchaba contra él sino contra el Kaiser y su gobierno imperial.

Los pasos dados por Wilson respecto a México, fueron muy criticados como inmorales, en muchas publicaciones americanas.

También hubo críticas contra el almirante Mayo, diciendo que qué derechos tenía para enredar a su Gobierno y a su país, sin el conocimiento y consentimiento del pueblo. Pero humillar a Mayo hubiera sido reforzar los argumentos de Huerta.

De todos modos la situación que prevalecía en Estados Unidos después de la toma de Veracruz, era muy seria, y Wilson no encontraba una salida adecuada.

Por otro lado los huertistas alegaban que si Huerta no era autoridad ¿cómo podía exigirle Wilson el saludo a la bandera y que cómo era posible que un país hiciera la guerra a un individuo? ¿Cómo justificaba Wilson el violar la soberanía de un país para castigar a un individuo?

La contestación a estas preguntas fue muy difícil para Wilson, empeñado en hacer una distinción entre el pueblo y Huerta. Además, aseguraba que no quería entrometerse en los asuntos de un país extranjero, aduciendo razones contradictorias.

La situación era cada vez más difícil, y parecía inevitable la guerra contra México, cuando se presentaron los embajadores de tres potencias sudamericanas, Argentina, Brasil y Chile, Ramón S. Naón, D. da Gama y Eduardo Suárez Mújica, ofreciendo su mediación, para evitar la guerra con México.

Wilson vio el cielo abierto con ello y prontamente aceptó la mediación de estos embajadores.

Huerta también la aceptó como medio para salir de la difícil situación en que estaba. Carranza aceptó, pero sin conceder un armisticio entre las fuerzas beligerantes.

Con la aceptación de las partes se llevó a cabo la conferencia de Niágara Falls en mayo 18 de 1914.

Allí se pusieron en claro los fines tan aviesos que Wilson se proponía respecto a México, no obstante estar revestidos de toda su palabrería hipócrita: que sólo trabajaba por librar al 85 % de los mexicanos, que se encontraban bajo la más negra esclavitud.

Los representantes de Wilson fueron los abogados Joseph R. Lamar y Frederick W. Lehmann, sin autorización para resolver nada de los temas que trataban.

Los mediadores por su parte sólo deseaban llegar a un entendimiento entre Estados Unidos y México que condujera a restablecer el orden y la paz.

Pero Wilson inmediatamente declaró que no quería restablecer el orden como era antes, que ese orden estaba ya muerto, que él necesitaba eliminar a Huerta, y que mientras él fuera presidente no se trataría de quitar un palmo del territorio mexicano, ni se apoyaría a inversionistas americanos que explotaran al país.

Sin embargo, él quería imponer sus ideas y voluntad en México, sobre todo en cuanto a la destrucción de las haciendas.

Transcribo lo que dice al respecto la historia de Baker en su pág. 340:

"El dio un paso más adelante interviniendo en los asuntos interiores de México, mucho más allá que lo que pedían los mediadores, habiendo considerado como parte principal del convenio pedir un ajuste de la cuestión agraria, *por medios constitucionales".*

Hablando días después Wilson con motivo de la llegada de los marinos muertos en Veracruz, dijo lo siguiente (Baker, pág. 341):

"Una guerra de agresión no es una guerra por la cual se enorgullezca uno de morir, pero una guerra de ayuda es una acción por la que vale dar la vida".

Ahí vemos retratada la hipocresía de Wilson, que creía de gran valor el que se perdiera la vida por imponer a un país extraño sus ideas y su conveniencia, sin importarle nada el derramamiento de sangre que corría a torrentes en nuestro país en esa época aciaga.

Cuando los mediadores principiaron sus conferencias, Wilson estuvo en contacto con ellos, ejerciendo una presión decidida para imponer sus propósitos.

Expongo parte de una carta de Bryan dando instrucciones a los comisionados especiales. (Mayo 24/1914. *Foreign Relations of the United States*, 1914, pág. 506):

"El objeto de nuestra conferencia ahora, es encontrar el método de efectuar lo que es inevitable, sin más derramamiento de sangre. Pero lo inevitable no sólo consiste en eliminar a Huerta, sino transferir la fuerza política de Huerta a aquellos que representan las aspiraciones del pueblo, cuyas fuerzas están subiendo".

Más adelante expone en sus notas a los comisionados, con tono de mando, lo siguiente, en Mayo 27/1914 (según carta de Bryan to the Special Commissioners. *Foreign Relations of the United States*, 1914, pág. 510):

"De acuerdo con nuestro parecer, creemos que es inútil el poner una autoridad provisional que fuera neutral. Para que ella tenga éxito deberá declararse eficaz, decidida y sincera para imponer las reformas agrarias *y políticas y deberá plegarse a realizar su inmediata aplicación, no solamente a exigir que se les dé la debida atención.*

Y es imposible para los Estados Unidos retirar su mano, hasta que este gobierno esté total y completamente satisfecho de que su programa ha de llevarse a cabo completamente en todos sus aspectos.

El asunto que nos preocupa ahora es éste, dado que el éxito de los constitucionalistas es inevitable.

La única pregunta que tenemos que contestar sin intervención armada de parte de los Estados Unidos es

May 14th, 1914.

My dear Mr. President:

Mr. Lansing has brought to my attention the fact that no title has been suggested by which to designate Justice Lamar and Mr. Lehmann. After conferring with Mr. Smith of the Diplomatic Bureau, and Mr. Phillips, Mr. Lansing suggests that they be called "Special Commissioners of the President of the United States Near The Mediators." It seems to me that this title would suit the case and the suggestion is submitted for your consideration.

Okeh
WW

As I understand it, these are to be unofficial representatives, and if I am correct in that, I should send a letter to the Mediators, stating that they have been appointed by you as Special Commissioners to be near them. The Commissioners called this afternoon and asked for information on two subjects, first, whether they should carry with them any letters from you (not as credentials, but merely as personal letters); second, whether you desired to give them any oral instructions as to the attitude they should assume and the conditions which they would be justified in accepting, with the understanding, of course, that when they accept a condition it is merely for the purpose of transmitting it to you and receiving your instructions thereon. I told them that I had no doubt that you would desire to instruct them orally or in writing and that I would let them know which. They desire to leave on Friday night or Saturday morning, and if you will let me know your wishes in the matters above mentioned, I shall proceed to carry them out insofar as it devolves on me and to inform them, insofar as it involves any appointment with them.

Okeh
WW

With assurances of my highest respect, I am, my dear Mr. President,

Very sincerely yours,

W. J. Bryan

Letter from William J. Bryan regarding the appointment of Special Commissioners to the A. B. C. conference. Showing the President's characteristic method of approval.

ésta: ¿Podrá el resultado ser moderado? ¿Cómo se llevará a cabo sin más derramamiento de sangre? ¿Qué arreglo provisional puede templar este procedimiento y llevar a elecciones, que sean una esperanza de paz y arreglo permanente? Si no logramos una contestación satisfactoria para resolver estas cuestiones, entonces, el apaciguamiento deberá hacerse por medio de las armas, ya sean las nuestras o las de los constitucionalistas".

Entre tanto, habían llegado a Niágara Falls los enviados de Huerta, los abogados don Emilio Rabasa, don Francisco Elguero y don Agustín Rodríguez, personas todas de reconocida habilidad y honradez, así como independientes de cualquier partido político.

Hay una carta de Lind dirigida a Wilson, en que dice acerca de estas personas lo siguiente: Son los representantes de las fuerzas que queremos destruir: la Banca (representantes de los capitalistas extranjeros), la Iglesia Católica y los terratenientes.

Baker expone en su Historia el juicio de Wilson (respecto a ellos) en la pág. 346:

"Entonces él expresó su convicción de que los representantes de México en Niágara Falls, son los llamados científicos (miembros de las clases directoras), que están haciendo esfuerzos desesperados para salvar sus privilegios de las reformas que los carrancistas deberán imponer. Por nuestra parte no trataremos de salvarlos".

Como los mediadores se empeñaban en estudiar la forma de salvar a México y eliminar la presión de los Estados Unidos, Wilson declaró con gran energía por medio de Bryan a los comisionados (W. J. Bryan to the Special

Commissioners, Junio 3 de 1914, *Foreign Relations of the United States,* 1914, pág. 523):

"El problema ahora es cómo asegurar la paz en México, lo que significa simplemente esto: ¿De qué modo será aceptado el partido constitucional que es ahora claramente triunfante sin que haya mayor derramamiento de sangre?

El rehusó considerar o reconocer a un gobierno provisional de 'neutrales': el presidente provisional deberá ser un 'declarado constitucionalista' y personalmente estará encargado de formular y promulgar las reformas necesarias e inevitables como deber al cual debe plegarse ante todo... bajo ningún concepto deberá planear y ni aun sugerir el detalle de las reformas".

Aquí Wilson expone de una manera clara y contundente su política respecto de México, no de ayuda como hipócritamente decía, sino con la autoridad de un rey absoluto que quiere imponer sus ideas y métodos a un pueblo hollado por la bota del conquistador. La forma en que se dirige a los constitucionalistas es la de un amo a sus subalternos, pues como vemos por el texto no admite ni componendas ni sugestiones sobre lo que él ordena.

Tan es así que Baker en su historia dice lo siguiente en la pág. 347:

"Todo esto fue mucho más allá de una simple mediación entre México y los Estados Unidos: encerraba de hecho la aceptación de un plan de reconstrucción de los asuntos internos de México, dictado por el presidente de los Estados Unidos. Encerraba también el sostener y defender, por parte de Wilson, a los jefes constitucionalistas de México, a Carranza y Villa, que estaban muy desacreditados en Europa".

Los representantes de Carranza en la conferencia, aparentemente no aceptaron que Wilson fuera el que designara al presidente de México, pero tampoco aceptaron las conclusiones a que llegaron los mediadores, en lo cual fueron sostenidos por Wilson.

La conferencia terminó el 24 de junio de 1914, después de largas discusiones.

Se aprobó lo siguiente:

Se impondrá un gobierno provisional constituido por acuerdo de todos los partidos que están peleando en México.

Este gobierno será reconocido inmediatamente por el gobierno de los Estados Unidos.

El gobierno de Estados Unidos no exigirá ninguna reclamación de guerra u otra satisfacción internacional.

Dado que este acuerdo no fue firmado, tampoco se llevó a cabo, así que la conferencia fracasó en absoluto; pero dio al gobierno americano una salida decorosa para no declarar la guerra a México.

Huerta, ante la amenaza más directa de parte de Estados Unidos, renunció y salió del país. Los planes de Wilson de dominar a México se cumplieron completamente sin necesidad de más derramamiento de sangre americana, no así de sangre mexicana, que siguió corriendo por varios años.

Carranza y Villa triunfaron gracias a la ayuda completa de Wilson, pero quedaron obligados a cumplir to-

dos los postulados que Wilson quiso imponer, como veremos en los siguientes capítulos.

Aunque la salida de Huerta no trajo la paz a México, ya Wilson no se preocupó por la situación del 85% de los mexicanos que sufrían, como él decía, sino que él y Lind se mostraron satisfechísimos del estado de anarquía y por los crímenes que la revolución cometía.

Se estaban cumpliendo los pronósticos de la Sra. O'Shaugnessy.

Dice en la pág. 217:

"Acabo de leer un artículo de Mr. Creelman sobre Lind.

El ha tomado completamente el modo de ser de Veracruz y describe exactamente a Lind, y el ambiente que le rodea allí.

Habla de él como del agente más hermético de Mr. Wilson. 'En un cuarto pequeño, con piso de ladrillo marsellés, abierto a un mísero patio mexicano, añade, atrás del Consulado de los Estados Unidos en Veracruz, está sentado John Lind, el representante personal del presidente de los Estados Unidos, tal como ha estado sentado durante siete meses observando placenteramente y esperando, mientras México y sus 15.000,000 de hombres, mujeres y niños son llevados a la ruina.

Esto me pone rabiosa ¿no te parece?"

Después, en la página 239, vuelve la Sra. O'Shaugnessy a relatar una entrevista entre Lind, su marido el Sr. O'Shaugnessy y el ministro de relaciones de México, D. Federico Gamboa.

"Nelson me estuvo platicando hoy en la mañana de la famosa entrevista, entre él, Lind y Gamboa (entonces

ministro de relaciones), *entrevista que ya forma parte de la historia. Lind tenía su ademán característico de subrayar sus palabras con golpes de su mano derecha, al decirle a Gamboa:*

Tres cosas haremos, si Huerta no renuncia: Primero, usaremos el boycott financiero (esto ya lo hizo); segundo, reconocer a los rebeldes (esto ya lo hizo abiertamente, levantando el embargo, y dándoles el apoyo moral y está listo para darles ayuda financiera, con la cooperación más descarada y falta de decoro de parte de ellos); tercero, intervenir".

Lo expuesto anteriormente prueba por completo la intervención absoluta del presidente Wilson en nuestras luchas internas: de no haber sido por esa intervención, la revolución no hubiera triunfado en México, y nuestro país no habría sufrido la destrucción material y espiritual que con ella sufrió.

Claro está que todos los revolucionarios quedaban obligados a plegarse en absoluto a los mandatos e insinuaciones de Wilson. Carranza en particular, fue el escogido para formular, como Wilson dijo, las reformas políticas y agrarias que éste deseaba imponer en nuestro país, y aunque en varias ocasiones Carranza hizo declaraciones de palabra de independencia respecto de Wilson, sus hechos demuestran otra cosa.

Entre los más demostrativos de obediencia a los mandatos de Wilson, está la destrucción del ferrocarril nacional de Tehuantepec, con el fin de evitar la competencia que esta vía podría hacer al Canal de Panamá, que acababa de inaugurarse.

Esta acción se llevó a cabo apenas Carranza pudo dis-

poner de fuerzas que avanzaran hacia el sur, y para llevarla a cabo comisionó a su hermano Jesús, quien encontró la muerte al cumplir su comisión.

No obstante que Carranza y socios nunca pretendieron hacer elecciones, pues, por el contrario, asumió poderes dictatoriales, Wilson no protestó absolutamente por ello, sino que siguió ayudándolo, al grado de que cuando los revolucionarios se dividieron para repartirse el botín, invadió nuevamente nuestro territorio, por medio de la expedición punitiva de Pershing, en la que soldados constitucionalistas pelearon al lado de los americanos contra los mexicanos encabezados por Villa, que había caído en desgracia de Wilson, por su carácter independiente. Siempre apoyó Wilson a Carranza para poder exigir el cumplimiento de sus mandatos.

En los capítulos subsecuentes, expondré cómo la revolución llevó a cabo las obligaciones que había contraído con Wilson.

Capítulo VIII

MEDIOS DE QUE SE VALIO WILSON PARA IMPONER SUS IDEAS

Los Revolucionarios del Norte.

LA MUERTE DE MADERO fue el pretexto que tomaron los revolucionarios para levantarse en armas contra el gobierno constituido.

Efectivamente, el asesinato de Madero y Pino Suárez fue un hecho altamente repugnante por todos motivos, y si no fue cometido por orden de Huerta, como él repetidas veces lo dijo, sí incurrió éste en una gran culpabilidad al no hacer la investigación necesaria para castigar a los culpables de tan nefando crimen. Pero aún antes de la muerte de Madero, la revolución del norte ya estaba preparada y sus principales cabecillas, Carranza y Villa, estaban listos para derrocar a Madero.

Véase lo que al respecto dice la Sra. de O'Shaugnessy, en sus cartas (pág. 215):

"*El* (Huerta) *siempre me dijo que muchas personas de influencia le habían instado para poner fin a la desastrosa administración de Madero; que él no entró en la política por fines personales, que sus necesidades son pocas y sus costumbres las de un viejo soldado. El siempre insistió en que no mató a Madero*".

Efectivamente, antes de los sucesos de la Ciudadela, ya había un malestar muy grande contra la administración de Madero, como lo prueban todos los periódicos de oposición de entonces: *El Mañana* y *El Multicolor*, que el público arrebataba verdaderamente a los papeleros.

Los principales cabecillas de la revolución de Madero: Orozco, Villa, etc., se habían levantado contra él. No era de extrañar que otros, como Carranza, estuvieran dispuestos a hacer lo mismo.

Las pruebas absolutas de esto no existen, pues los interesados, inmediatamente que la situación cambió por los sucesos de la Ciudadela, procuraron retirarlas cuanto antes.

La única prueba que yo tengo de que Carranza estaba

preparándose para levantarse contra Madero, fue el fusilamiento del Ing. Alberto García Granados (que nunca actuó en los sucesos de la Ciudadela), hecho infame, sin más explicación que ésta: fue sacrificado por no entregar un telegrama de Carranza avisándole estar listo para levantarse en armas contra Madero.

Posteriormente al asesinato de dicho Ingeniero, Mr. Lind se presentó en casa de su hijo, el Sr. Rafael García Granados, exigiéndole la entrega de dicho telegrama, según me lo contó personalmente éste.

No obstante la falta de pruebas, ya en México se sabía a ciencia cierta que Carranza estaba listo para levantarse contra Madero. Carranza simplemente cambió de bandera después del asesinato de Madero.

Es de notar también el hecho de la ingerencia de Lind en nuestra revolución cuando había pasado ya un año del triunfo de ésta.

Hay que notar que en el período de Madero, ya se habían despertado muchas ambiciones, como lo prueban los intentos de levantamiento que fueron sofocados prontamente. Estos levantamientos en realidad carecían de bandera, pues sólo eran de oposición a la administración de Madero y no conmovieron en absoluto al país, que seguía su marcha ascendente gracias a la paz que reinaba.

La muerte de Madero les dio bandera con el pretexto de venir a vengarla contra el gobierno de Huerta.

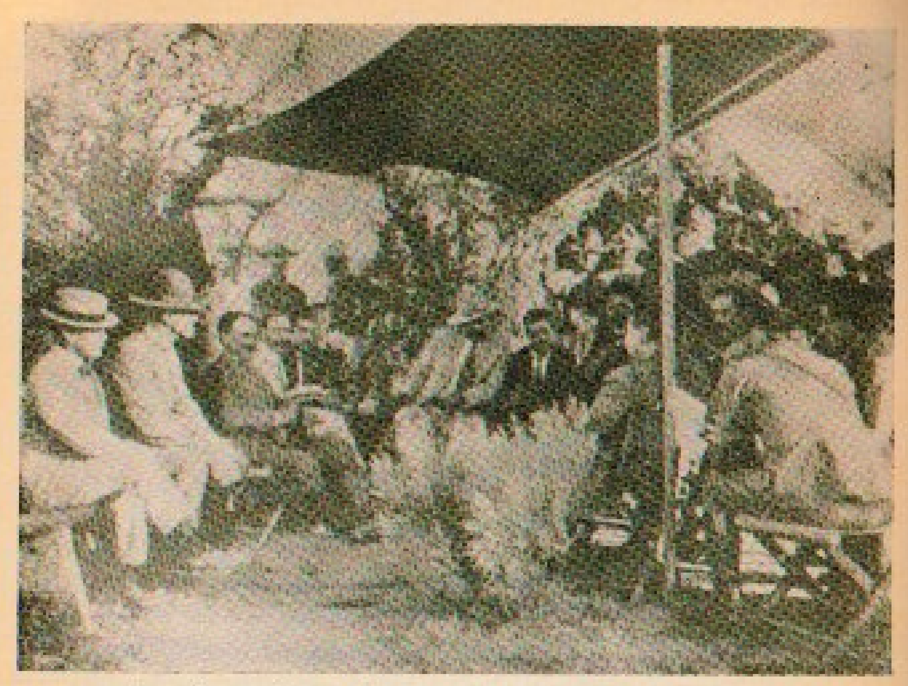
Hay que notar que todos los cabecillas que se levantaron en armas, con excepción de Zapata, que merodeaba en Morelos, eran fronterizos de los Estados Unidos; los de más acá se fueron uniendo a la revolución, conforme ésta avanzaba hacia el sur.

Contra todo lo que se ha dicho, la revolución no la hizo el pueblo: éste estuvo al margen de ella, sufriendo las consecuencias de la soldadesca desenfrenada, compuesta principalmente de forajidos, muchos de ellos sacados de las cárceles, como fueron los Dorados de Villa; de indios semisalvajes, como los yaquis de Obregón, y aventureros que se unían a esas fuerzas deseosos de alcanzar un botín.

Como expuse antes, mientras Wilson coqueteaba al principio con Huerta, para por medio de él realizar sus planes sobre México, las fuerzas revolucionarias no progresaban absolutamente. Cuando Wilson se convenció de que con Huerta no era posible entenderse, cambió de idea, y bajo las instancias de Lind, como lo he probado anteriormente, se decidió a apoyar a los constitucionalistas y los hizo de hecho sus instrumentos de destrucción del país.

La revolución, cuyo fin principal aparente era tan sólo el derrocar a Huerta y convocar a elecciones para que el país eligiera un buen gobernante, se desvió inmediatamente de este fin, y dirigida una facción por Lind, y Villa por Carothers, se convirtió en un azote, atacando cuanto había de valer en México, descargando sus iras contra todo aquello que representaba el México de entonces, las haciendas, los capitales mexicanos y europeos, saqueando las iglesias, los colegios, entrando a las poblaciones cometiendo toda clase de arbitrariedades, asesinatos, robos, violación de mujeres, como si todo el país fuera cómplice del asesinato de Madero, y necesario castigarlo y destruirlo.

La revolución se portó realmente como un ejército de ocupación extranjero, y los generales salidos de ella, como



Carothers (de espaldas), enviado especial del Presidente W. Wilson ante Villa.

verdaderos conquistadores, que descargaban su bota de hierro contra los vencidos.

Los que vivimos entonces y presenciamos tantas iniquidades, aun en la misma ciudad de México, de la que Lind decía que era la ciudad maldita, que había que castigar, no podemos aceptar que se quiera en la actualidad convertir en héroes a aquellos bandidos, cuyas únicas hazañas fueron destruir y robar, violar y prohijar injusticias sin cuento. Decir que esa revolución la hizo el pueblo, es echar una mancha imborrable sobre el pueblo mexicano.

De hecho estas bandas de forajidos no eran sino las

bandas armadas por Wilson para destruir a México. Por eso el revolucionario de entonces venía con el sombrero texano, no con el del charro mexicano. Obregón entró a México con soldados vestidos con los uniformes del ejército americano, como puede verse en las fotografías de aquel entonces y con armas del mismo, como el famoso rifle 30-30

Los llamados generales ocupaban las grandes residencias, se apoderaban de los automóviles, coches, muebles y demás bienes como premio a sus hazañas; asesinaban impunemente con el fin de robar y extorsionaban y daban tormento a aquellos de quienes esperaban sacarles dinero. Se pueden llenar cientos de páginas contando los atropellos que en aquel entonces se cometieron.

Copio de la *Breve Historia de México* de Vasconcelos, un párrafo que relata sucintamente tal estado de cosas (pág. 557):

"Desde el principio, la ineptitud de Carranza motivó que la revolución no tuviese programa fijo. Cada quien la interpretaba a su modo. En Matamoros uno de los jefes militares, Lucio Blanco, expidió títulos de propiedad de cien o más hectáreas sobre tierras todavía no legalmente expropiadas; en el resto del país los diferentes jefes se contentaron con apoderarse de las propiedades rústicas que más les gustaron. En la región del sur, dominada por Zapata, sustraída del todo a la autoridad de Carranza, no hubo mejor método. Se seguía allí de palabra el llamado Plan de Ayala, réplica del Plan de San Luis Potosí expedido por Madero, pero, en realidad, Zapata y sus jefes tomaron para sí las fincas".

El Ing. Alberto Pani, en sus memorias, se queja igual-

mente de las fechorías de los generales en todos los lugares que ocupaban (*Apuntes Biográficos*, t. I, pág. 217):

"Los generales y prominentes políticos o funcionarios constitucionalistas se posesionaron de las residencias más suntuosas de la ciudad de México para vivir en ellas. Así, por ejemplo, el Gral. Obregón ocupó el palacete "Braniff" *del Paseo de la Reforma —en el mismo solar se levanta ahora una gran 'casa de apartamientos'—. El Gral. González, el de la familia Teresa, de Tacubaya, también desaparecido por necesidades de urbanización; el Gral. don Lucio Blanco, el del Lic. don Joaquín D. Casasús de la calle de Humboldt, etc., etc. Pronto se consumieron los vinos que cuidadosamente guardaban sus bien surtidas bodegas, y circularon, para no volver, los libros empolvados de sus lujosas bibliotecas. Como tenían fácil acceso a esas mansiones los subalternos y amigos de sus nuevos ocupantes, desaparecieron muchos objetos de valor".*

Cito estas opiniones de los mismos que formaban la parte directiva de la Revolución; pero que no se percataron oportunamente de que no eran sino instrumentos de otros poderes para destruir al país.

Apenas la revolución hubo triunfado. Wilson se olvidó completamente de los ideales que había promulgado para dar su ayuda a los constitucionalistas, tales como el de "Voy a enseñar a los pueblos de América a tener gobernantes probos elegidos por el pueblo", o como la exigencia de que inmediatamente se llevaran a cabo elecciones en el país, y que ninguno de los que habían tomado las armas fuera candidato. Por el contrario, apoyó al gobierno de Carranza, que sólo representaba una facción, y la reconoció sin que Carranza hubiera llevado a cabo

elecciones, sino cuando había tomado ademanes dictatoriales nombrándose Primer Jefe.

Véase lo que dice Vasconcelos en su *Breve Historia* (pág. 562):

"Carranza se hizo fuerte en Veracruz, que acababan de desalojar los norteamericanos para entregárselo y apoyado por los recursos de guerra que le enviaban de los Estados Unidos los activos agentes que tuvo en Washington. El gobierno de la nueva convención, fundido en el Villismo, logró dominar buena parte del país gracias a la acción guerrera irresistible del general Villa. Y el gobierno de la convención enarboló por cerros y valles una legalidad trashumante que poco a poco acabó en la dispersión.

En estas condiciones, el árbitro de los destinos de México llegó a serlo el presidente Wilson, por la facultad que tenía de cerrar la frontera para el comercio de armas y municiones a la facción que no mereciese sus simpatías. Y como todos reclamaban el derecho de comprar municiones y el consiguiente reconocimiento de beligerancia, el presidente Wilson declaró primero que sólo reconocería a la facción que crease un gobierno emanado del voto. Poco después, sin embargo, y contradiciendo su propia declaración, concedió el reconocimiento a Carranza".

Posteriormente Wilson siguió ayudando a Carranza en su lucha contra Villa, y Carranza tuvo que pasar la humillación de tener que cooperar con las tropas americanas, que nuevamente invadieron nuestro país, en busca de Villa, al que no lograron atrapar, pero que penetra-



Gral. Pershing, Comandante de la Expedición Punitiva contra Pancho Villa, en las cercanías de Parral.

ron dentro de nuestro país, hasta Parral, a 600 kms. de la frontera.

Naturalmente, esta ayuda del gobierno de los Estados Unidos no era desinteresada. Wilson sabía perfectamente todos los abusos que la revolución venía cometiendo, y si hubiera sido consecuente con sus palabras, habría sido el primero en negarle toda clase de ayuda, pero todas las maniobras de los revolucionarios coincidían con sus planes de destruir a México y de castigar, como él decía, a ese México que pretendió emanciparse de la tutela americana.

Por eso no cesó en apoyarlos, no obstante el bandidaje

tan desenfrenado que trajo la revolución. El robo era tan constante, que el hecho de robar se designaba por carrancear, y aun los mismos revolucionarios usaban esa palabra cuando cometían algún robo, pues decían: me carrancé esto o lo otro.

Además, se creó una mentalidad especial en el revolucionario, mentalidad que dura en la actualidad: entre muchos de los revolucionarios se cree que robar, sea a la Nación, sea a los particulares, es un derecho y no un delito. Esta mentalidad explica tantos abusos que se han cometido y siguen cometiéndose por gran número de nuestros dirigentes, que les han permitido formar grandes fortunas y extorsionar a tantas personas.

Blasco Ibáñez, en su libro *Militarismo Mexicano*, describe claramente ese estado de cosas a raíz de la revolución.

Con ello Wilson negó con hechos lo que sus palabras expresaban: "Voy a enseñar a los países de Sudamérica a elegir buenos gobernantes".

Olvidó también su dicho de que trabajaba por ayudar al 85% de la población para que recuperara sus derechos: reconoció inmediatamente a Carranza, que era el jefe de una facción entre las que se dividió la revolución, sin que se convocara a elecciones y sin cumplir con el acuerdo de que ninguno de los jefes de aquélla figurara entre los candidatos.

La revolución triunfó única y exclusivamente por la ayuda que Wilson le prestó, pues de no haber sido así, los revolucionarios no hubieran adelantado un paso de la frontera norte, y como su triunfo fue de Wilson, la

consecuencia fue que éste quedara como árbitro único de los destinos de México, como dice Vasconcelos.

Veamos ahora cómo la revolución cumplió con los mandatos de Wilson.

Capítulo IX

EXPULSION DEL CAPITAL EUROPEO

YA EN EL CAPÍTULO VI expuse detalladamente la lucha diplomática que hubo entre Inglaterra y los Estados Unidos, respecto a las propiedades que los ingleses tenían en México.

Esa lucha la tuvieron también los demás países, principalmente Alemania, Francia, Bélgica, España, etc., que reconocieron a Huerta con el fin de defender a sus nacionales. El tratado de Inglaterra y los Estados Unidos, firmado por Sir John Tyrrell, y la Primera Guerra Europea, que estalló en esa época, no permitieron a esos países defender a sus nacionales, los cuales fueron más o menos despojados de sus bienes, especialmente de las fincas agrícolas.

De hecho las inversiones europeas se detuvieron en México, y actualmente no representan sino un porcentaje muy bajo respecto de las americanas.

Antes de la revolución, había muchas empresas europeas deseosas de invertir su capital en nuevas industrias en México.

Recuerdo, entre otros, el proyecto de establecer una gran industria metalúrgica por una corporación belga. También se iban a poner en explotación grandes yacimientos de hierro en el Estado de Veracruz, en *Las Minas* y en el *Cerro de la Fundición*, por mexicanos y por ingleses, obras suspendidas desde entonces.

Firmas japonesas venían a establecerse en México, con industrias y colonizaciones de las tierras vírgenes de nuestra costa occidental.

Todas estas empresas se detuvieron por la revolución y ante el temor de que fueran destruidas o confiscadas, como estaba sucediendo.

El hecho fue que el país se perjudicó grandemente al cerrar sus puertas a esos capitales y empresas que hubieran contribuido grandemente a su desarrollo demográfico y a dar trabajo bien remunerado a nuestros nacionales.

Los Estados Unidos deben su engrandecimiento a la inyección de capital y de emigrantes europeos. Pero la revolución, con el pretexto de un falso nacionalismo, impidió en aras del americano la entrada de capitales y emigrantes europeos.

Las restricciones que existen en la actualidad para esa emigración, que sería tan benéfica para el país, nos prueban que hasta la fecha subsisten los compromisos adquiridos con Wilson.

Wilson decía que la inversión de capitales europeos en México es una violación de la doctrina Monroe, aplicada a las nuevas condiciones que privan en esta época en el mundo.

Capítulo X

DESTRUCCION DEL FERROCARRIL NACIONAL DE TEHUANTEPEC

La revolución se inició cuando la construcción del Canal de Panamá llegaba a su término. Con este motivo, vino el estudio de las tarifas o sea de los derechos de peaje para las embarcaciones que pasaran por él.

Los Estados Unidos de hecho habían llevado todo el peso de la construcción del Canal y, por lo tanto, todo el pueblo americano deseaba tener allí tarifas protectoras para sus embarcaciones. Esto motivó grandes discusiones en las Cámaras, que deseaban desconocer los tratados que con anterioridad se habían hecho con Inglaterra.

Ya expuse ampliamente esta cuestión, que terminó por el arreglo entre Wilson y Sir John Tyrrell: el primero aceptó las pretensiones inglesas, con tal de tener manos libres en México.

Pero había otra dificultad respecto a las tarifas en el Canal, y era la competencia que el F. C. Nacional de Tehuantepec podía presentar, porque las tarifas del Canal tenían que ser muy altas, dado el gran costo de éste.

Era necesario, por lo tanto, suspender el funcionamiento del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec y anularlo totalmente para el futuro.

Ese ferrocarril, en aquel entonces, había llegado a tener un gran auge. Las facilidades que daba para transportar carga del Atlántico al Pacífico, con sus grandes instalaciones de grúas eléctricas, tanto en Coatzacoalcos

como en Salina Cruz, hacían que los barcos perdieran muy poco tiempo en sus maniobras de carga y descarga. Igualmente facilitaba estas maniobras la disposición de escotillas en el techo de los furgones que permitían su carga sea por las grúas del muelle o por las grúas de los barcos.

El transporte se hacía con gran rapidez a través del istmo, y el movimiento del Ferrocarril llegó a ser de 60 trenes diarios, movimiento que tendería a aumentar en el futuro, cuando la doble vía se terminase.

La prosperidad del F. C. fue tal, que permitió a Lord Cowdray hacerle la proposición a Huerta de arrendarlo nada menos que por $ 25.000,000.00 de pesos al año.

Los barcos que cruzaban de costa a costa de los Estados Unidos, ahorraban 1670 millas de recorrido aprovechando el F. C. de Tehuantepec, en vez de ir hasta Panamá, lo cual significa un ahorro considerable en gastos del barco y un aprovechamiento mayor de éste: Igualmente muchas rutas de Europa a Asia e Islas del Pacífico ahorraban muchas millas de su recorrido, aprovechando el istmo de Tehuantepec.

Las tarifas de paso por el F. C. de Tehuantepec se fijaban tan sólo sobre el peso de la carga transportada, contra las tarifas del Canal, que tenían que fijarse sobre el total desplazamiento de la nave.

Necesariamente, todas las condiciones expuestas tenían que repercutir en la elaboración de las tarifas de paso por el Canal, y el Gobierno americano quería evitar esta concurrencia.

Ya con Madero, el gobierno americano había intentado suspender dicho ferrocarril, y principió con la exi-

gencia de desartillar Salina Cruz, cosa que hizo Madero. Con Carranza le fue a Wilson mucho más fácil lograr su objetivo: una de las primeras providencias que Carranza tomó como 1er. jefe, fue sacar todo el material rodante que daba servicio en dicha vía, con el pretexto de la falta de éste en las líneas nacionales.

Nunca tomó Carranza providencia alguna para reanudar el funcionamiento del ferrocarril de Tehuantepec, sino que durante su gobierno se cerró en absoluto el paso por él, y se abandonaron todas las instalaciones portuarias, que como expresé antes eran lo más avanzado que había en esa época en su género.

Los gobiernos que sucedieron a Carranza no se ocuparon tampoco de dicho ferrocarril, ni de la conservación de los puertos de Coatzacoalcos y Salina Cruz.

Los 5 kms. de muelles y los patios de carga del F. C., así como las plantas eléctricas y las grúas que existían en Coatzacoalcos, se destruyeron totalmente, y en la rada de Salina Cruz se llegó a jugar beisbol, debido a tu total azolvamiento. Hasta en estos últimos años se ha abierto de nuevo ese puerto al servicio.

Nuestros gobiernos revolucionarios no han pretendido hasta ahora ninguna reconstrucción de dicha vía de comunicación interoceánica, que tantos beneficios reportaría al país, seguramente para no violar los pactos celebrados con W. Wilson.

Esta actitud de nuestros gobiernos revolucionarios la considero como una de las principales pruebas que hay de la existencia del pacto hecho por la Revolución con Wilson y el gobierno americano, y no se reanudará el servicio

que prestaba el ferrocarril transístmico ni otra comunicación semejante, mientras dure ese trato.

Igualmente es una prueba palpable de que el ejército de la Revolución venía peleando por lograr los ideales del Gobierno americano sin tomar en cuenta para nada los intereses de nuestro país.

En la actualidad, es imposible conocer el movimiento exacto de trenes que corrían por esa vía, pues con el pretexto de una inundación en las bodegas del edificio antiguo de la Secretaría de Comunicaciones, donde se guardaba el archivo correspondiente, se destruyó totalmente éste, perdiéndose con ello datos que al presente serían valiosísimos.

Se consiguió borrar *hasta el recuerdo* de esa gran obra.

Capítulo XI

PERSECUCION A LA IGLESIA CATOLICA

WILSON CONTRADECÍA continuamente con hechos lo que predicaba con la palabra.

Constantemente decía que iba a defender en México el 85% de la población que carecía de derechos civiles y que iba a implantar una democracia verdadera, para que el pueblo eligiera sus gobernantes.

Su frase favorita, que repetía en todas ocasiones, era: *I am going to teach the South Americans Republics to*

elect good men: "Voy a enseñar a las Repúblicas Sudamericanas a elegir buenos gobernantes".

Pero al reverso de sus palabras se puso a ayudar a los revolucionarios del norte, que traían por consigna la destrucción de la Iglesia Católica en México, cuando no el 85% de la población, como él decía, sino el 95% era de católicos. ¿Cómo se avenía la democracia con una serie de atentados contra las iglesias, colegios, asilos e instituciones católicos, que la Revolución venía perpetrando por dondequiera que pasaba?

Y Wilson estaba perfectamente enterado de todos estos atentados, pues tenía una información completa, por sus mismos connacionales, por los periódicos, por los informes de los representantes extranjeros en México, y también por el clero y católicos residentes en los Estados Unidos.

Su única contestación que daba a las quejas que se le presentaban era decir que los revolucionarios no eran tan malos como se les pintaba.

El hecho fue que todas las fuerzas revolucionarias profanaban inmediatamente las iglesias por donde pasaban, y las despojaban de todos sus objetos de valor, como vasos sagrados, ornamentos, pinturas antiguas, que remitían para su venta a Estados Unidos, y al mismo tiempo destruían altares e imágenes y encarcelaban a los sacerdotes, exigiéndoles grandes sumas y sometiéndolos a verdaderos tormentos, y en el caso de que no los encontraran, por haberse escondido, hacían otro tanto con sus apoderados o con los que creían que lo fueran.

Como caso concreto, relato uno de un señor Alvarez de

Zamora, al que creyeron o supusieron apoderado de un canónigo de esa población que oportunamente se escondió.

La ciudad fue tomada por el Gral. Amaro, hombre, como sabemos, extremadamente atrabiliario y cruel, no sólo con los vencidos sino hasta con sus mismos partidarios y subalternos. El hecho fue que al tomar a Zamora se impusieron a comerciantes, ricos y clero, préstamos forzosos y al canónigo escondido le exigían entregar $ 50,000.00 oro, cantidad que seguramente no la tenía. No encontrándolo, Amaro mandó detener al Sr. Alvarez, amigo de dicho canónigo, y le exigió la entrega de la cantidad indicada. En virtud de su negativa, el señor Alvarez fue colgado del cuello, de manera que apenas alcanzara el suelo con la punta de los pies. El mismo me contó que el suplicio era terrible, pues tenía que hacer un esfuerzo enorme para poder respirar y al cansarse se quedaba sin respiración. Tres veces lo sometieron a este tormento, hasta que la última vez, viendo que no entregaba nada, lo colgaron definitivamente, pero dándolo ya por muerto lo dejaron tirado en la prisión, cuando las tropas tuvieron que evacuar la plaza. Atendido debidamente, volvió a la vida.

Como este caso se pueden contar anécdotas semejantes en toda la República, de esa época terrible, en que los revolucionarios demostraron su odio contra todo mexicano que pudiera sobresalir por sus méritos, por su dinero o por su nombre e influencia y más que nada contra todo lo que fuera de la Iglesia u obras de ella.

Recuerdo que cuando las tropas revolucionarias entraron a México, muchos soldados traían como gran tro-

feo casullas, capas pluviales y otros ornamentos de iglesia, como sudaderos de sus caballos.

Esto demostraba, aparte de barbarie, un odio profundo por todo lo que se relacionaba con la Iglesia.

Los generales traían todo lo de valor, como vasos sagrados, pinturas antiguas y aun pedazos de ellas, cuando no tenían modo de traerlas enteras.

Uno de tantos atentados en esta ciudad fue el saqueo de la iglesia de Santa Brígida. Entre los pedazos de santos destruidos quedó un gran Crucifijo tirado a mitad de la calle, sobremanera impresionante por parecer un cuerpo humano mutilado.

Alberto Pani, en sus memorias habla del préstamo que Obregón exigió a los sacerdotes en México, apenas se hizo de la capital.

Transcribo lo que Pani dice en la pág. 229 de su libro *Apuntes Autobiográficos:*

"No obstante todo esto y el fin benéfico de las disposiciones fiscales dictadas, la Iglesia y los causantes más ricos —compañías e individuos— se negaron a pagar los gravámenes impuestos. Desentendiéndose de las maneras de apremio y las sanciones prescritas en el Decreto relativo, el Gral. Obregón mandó aprehender y encarcelar en la Comandancia Militar de la Plaza a los contribuyentes remisos, entre los cuales se contaban ciento ochenta sacerdotes católicos, incluso el Canónigo Paredes".

La revolución no se limitó a los atentados cometidos por sus generales y soldadesca, sino que atacó directamente a todo aquello que llevara el nombre de católico.

Fueron ocupadas muchas iglesias, se cerraron todos los colegios católicos regenteados por sacerdotes o monjas,

y fueron confiscadas sus propiedades, todos los orfanatorios, hospitales, establecimientos de caridad donde recibían ayuda los necesitados, cometiendo con ello, no sólo actos de verdadero salvajismo, sino atentados tal vez más brutales que los que cometiera un ejército extranjero de ocupación.

El cierre y confiscación de los colegios de Mascarones y de las Damas del Sagrado Corazón, donde se educaban tantos muchachos y muchachas de las familias de México, el cierre y confiscación de las escuelas salesianas, de hombres y mujeres, donde recibían instrucción y abrigo tantos muchachos de las clases desvalidas y de la clase obrera, y el cierre y la confiscación de otras muchas instituciones docentes y de caridad que en conjunto hacían un bien inmenso, fueron un atentado contra la civilización y contra México.

Lo que en la ciudad de México se hacía, se repetía por igual en todas las poblaciones de la República, así que la revolución pasó arrasando todo aquello que significaba cultura, ayuda al necesitado, protección al desvalido, en aras de una política ordenada por nuestro vecino, para poder dominarnos más fácilmente siguiendo la sentencia de Teodoro Roosevelt, de que mientras los países hispanoamericanos se conservaran católicos, los Estados Unidos no podrían dominarlos.

Con esta idea fundamental, fue perseguida la Iglesia Católica, en un país compuesto por una gran mayoría de católicos, lo que prueba una vez más que nuestras huestes revolucionarias venían trabajando por un país extraño, para lograr algo que sólo a él le era favorable.

Explicación racional de esa inquina anticlerical no po-

demos encontrarla, ni sé de nadie que nos dé razones fundadas de ella.

Si en épocas ya idas se dio por pretexto que el Clero tenía una influencia material muy grande en los gobiernos, esta razón ya no explicaba la inquina de la revolución, cuando el clero había sido ya despojado de sus bienes e influencia, existiendo leyes que limitaban en absoluto sus actividades.

Contrariamente a la persecución desatada contra la Iglesia Católica por la Revolución, vimos su empeño en proteger a todas las sectas protestantes, entregando en muchas partes templos católicos para que en ellos se establecieran los protestantes, y por eso en los Estados Unidos la Revolución encontró un gran apoyo en todas las distintas sectas protestantes, y muchos de los dirigentes de la Revolución fueron no sólo protestantes activos, sino pastores y obispos de esas sectas.

En los periódicos y revistas protestantes de esa época podemos encontrar artículos encomiásticos de la Revolución y de sus actos, y siempre prestaron toda la ayuda posible al revolucionario si éste avivaba la persecución religiosa.

En la información de Lind a Wilson sobre los representantes de Huerta en la conferencia de Niágara Falls, señala a uno de ellos [1] como representante de la Iglesia Católica, es decir, de *"una de las fuerzas que queremos destruir"*.

La acusación que el mismo Lind hace de O'Shaugnessy, en la carta ya transcrita con anterioridad, de que se edu-

[1] Lic. D. Francisco Elguero.

có con jesuitas y tenía correspondencia con el Cardenal Gibbons, y que por lo tanto no debía conocer nada de asuntos confidenciales, es una demostración clara de que uno de esos asuntos confidenciales era nada menos que la destrucción de la Iglesia Católica en México.

Nos prueba también que los revolucionarios obraban no buscando el bien del país, sino acatando la política que les había marcado Wilson por medio de sus agentes confidenciales, Lind y Carothers.

Tan descarada fue la acción de Wilson a este respecto, que allí mismo en los Estados Unidos hubo muchas protestas contra su política, que ayudaba a cometer acciones completamente opuestas a la Constitución que regía en su país.

Voy a transcribir ciertos documentos, referentes a la política de Wilson (*No God Next Door*, pág. 86):

"Esto nos prueba que él (Wilson) *estaba interesado en armar activamente a los revolucionarios y cuando ellos lo deseaban les daba permiso (de pasar armas por la frontera), cuando si pensara de otro modo podía rehusarlo; por lo tanto, es absolutamente responsable por esto (el U. S. Foreign Relations Papers 1914, relata claramente las actividades de Bryan y Wilson en armar y ayudar a los rebeldes).*

Y de nuevo los Estados Unidos no tendrían la menor responsabilidad en las acciones que se cometían contra la Iglesia, si la facción que cometía tales ultrajes no hubiera sido llevada al triunfo por los Estados Unidos.

Pero desde el momento que los Estados Unidos tomaron parte en la guerra civil de México, en tal forma que Wilson y Bryan obligaron a nuestro gobierno a tomar

parte en ella, este país, por ese solo acto, es responsable de las horribles injusticias y de los terribles ultrajes cometidos por los revolucionarios victoriosos contra cientos de creyentes de ambos sexos.

No hace mucho el Presidente Wilson, en un discurso pronunciado en Swarthmore, Pa., declaró: 'En ninguna parte de este continente' puede sobrevivir un gobierno manchado de sangre' y en Mobila dijo: 'Nunca nos desentenderemos de la iniquidad, tan sólo porque esto fuera lo más conveniente para nosotros'.

Pero en los mismos momentos que pronunciaba estas frases tan sonoras, los dirigentes de las facciones a las que activamente ayudaba, estaban matando a cientos con la mayor sangre fría, torturando gentes que creían ricas, arrojando de sus casas a cientos de familias pacíficas; saqueando iglesias y maltratando a los sacerdotes y a la religión del modo más infamante, desde el asesinato a la mutilación y el ultraje.

En otras palabras, al mismo tiempo que el Presidente aseguraba que 'en ninguna parte de este hemisferio puede durar un gobierno manchado en sangre', estaba ayudando a imponer un gobierno que no solamente estaba manchado con sangre, sino con manchas peores que las de sangre. Cada vez que anunciaba que él no podía tener relaciones con la iniquidad, aunque le conviniera, no solamente estaba de acuerdo con la iniquidad, sino que abiertamente la ayudaba e imponía en el poder a hombres cuyas acciones eran de barbarie". (*New York Times*, Diciembre 6 de 1914).

Todo lo anterior pinta claramente la hipocresía de Wilson y revela que los objetivos que pensaba llevar a

cabo en México eran completamente distintos de lo que decía.

Así vemos que diciendo que quería un gobierno demócrata que saliera por el voto del pueblo, imponía una facción que violaba por completo el concepto anterior imponiendo leyes y hechos radicalmente opuestos al sentir del pueblo.

Por ese motivo en las primeras controversias que tuvo con Huerta, en que éste proponía que se hicieran *elecciones* en el país, se opuso terminantemente a ello, pretextando que esas elecciones no serían libres.

Y es claro que en un país católico como es México, unas elecciones libres, que representaran el sentir del pueblo, concluirían en la elección de gobernantes católicos, o que al menos respetaran las creencias de la mayoría. Por eso hasta la fecha vivimos en la mentira de que somos un país demócrata, pues nunca se ha respetado el voto del pueblo, ni se respetará, mientras dure en el poder la facción heredera de la Revolución. Los Estados Unidos están interesados especialmente en ello, no obstante sus constantes definiciones de la democracia y sus repetidas declaraciones de que quieren gobiernos demócratas en los países de la América Latina.

Saben perfectamente que el día en que estos pueblos tuvieran gobernantes realmente elegidos por el pueblo, pondrían un valladar a sus propias ambiciones y conveniencias.

Por eso vemos que ya muerto Wilson, el gobierno americano ha seguido ayudando constantemente a la facción que aquél encumbró en el poder.

Así vemos que la persecución religiosa continuó des-

pués de la muerte de Carranza, con atentados no solamente contra México sino contra la civilización, como los perpetrados por Tejeda y Garrido Canabal y finalmente por la persecución de Calles, que llegó a provocar el movimiento armado de los Cristeros, que hubiera cambiado los destinos de la nación, si Calles no hubiera recibido nuevamente el apoyo moral y material del gobierno americano.

La revolución cristera expresó de la manera más viva los deseos del pueblo mexicano, puesto que intervinieron en ella todas las clases sociales, desde los más encumbrados hasta los más humildes, y como expresé antes, no obstante la impericia de sus líderes en esta clase de empresas, seguramente hubiera triunfado, si no fuera por el apoyo tan grande que el gobierno americano prestó a Calles, embargando armas, parque y subsistencias a los cristeros y estorbando en lo posible sus acciones, y por otro lado proporcionando toda clase de elementos de guerra a Calles, incluso aviones de combate, de los mismos que tenía en uso el ejército americano: a mí en lo personal me consta que el gobierno yanqui ordenó a las fábricas que los construían dar preferencia a las entregas a Calles sobre las que tenían contratadas con las fuerzas aéreas de los propios Estados Unidos.

Conociendo tal estado de cosas, Monseñor Pascual Díaz, Arzobispo de México, me dijo en la intimidad que la lucha de los cristeros no era realmente contra Calles, sino contra el gobierno americano, y este fue el motivo que lo movió a llegar a un arreglo desventajoso para evitar mayores males.

El triunfo del gobierno americano fue completo des-

pués de los "arreglos", hechos con la intervención del embajador Morrow, amigo íntimo de Calles y que evitó que en ellos quedaran derogadas tantas leyes arbitrarias y confiscatorias que para vergüenza de México existen en nuestra constitución, y que como espada de Damocles están suspendidas pero listas para dar el golpe cuando las circunstancias lo permitan y el gobierno americano lo desee.

La sumisión, en materia religiosa, de nuestros gobiernos emanados de la revolución, es total, y nunca permitirán que un sufragio efectivo libre al pueblo mexicano de la tutela que el americano ejerce sobre él por medio del odiado PRI.

Capítulo XII

DESTRUCCION DEL AGRO MEXICANO

La revolución siempre ha tomado como el principal de sus postulados la resolución del problema agrario de México. Esta fue una de las banderas que Wilson aprovechó para intervenir en la política mexicana.

Ya he expuesto, en capítulos anteriores, que en sus declaraciones siempre se refería a su voluntad de ayudar al 85% de la población mexicana, que había sido desposeída de sus tierras y gemía bajo el yugo de la esclavitud de los descendientes de los antiguos encomenderos.

Pero en realidad esas palabras eran solamente la máscara que encubría sus propósitos de destrucción.

El Evangelio, hablando de los falsos profetas, nos dice: "por sus hechos los conoceréis".

A continuación expondré todos los documentos que revelan los planes de Wilson respecto al agrarismo en nuestra patria.

Los propósitos del gobierno americano respecto a nuestra Patria principiaron desde el final del período de Díaz, cuando se publicó el famoso libro de W. Turner, *Barbarous Mexico,* lleno de falsedades y que preparaba la destrucción premeditada del agro mexicano. Este libro, debido a las falsedades en él expuestas, no causó ninguna sensación en aquel entonces en México, no obstante la propaganda tan grande que se hacía para venderlo, llenando con él los aparadores de la única librería americana que entonces existía en México, cuyo nombre si mal no recuerdo era F. P. Hoeck y Cía. Se tomó como tantos libros absurdos que publican nuestros turistas después de haber dado un ligero paseo por nuestro país.

Acerca de él la Sra. O'Shaugnessy escribe lo siguiente, después de haber estado de visita en una hacienda cuyos habitantes la adoraban por su trato humanitario (pág. 64):

"Regresé a mi casa y me puse a reflexionar sobre ese deprimente libro Barbarous Mexico".

Fue patrocinado, según sé, por el gobierno americano, como otros publicados después, que señalaré más adelante, con el fin de preparar la opinión del pueblo americano para la política que pensaba seguirse en el futuro respecto a México.

Sin embargo, no pudo la Casa Blanca desarrollar ampliamente su política de destrucción, pues las condiciones

de paz en México no se prestaban para ese fin, sino hasta la época de intranquilidad y desorden que siguió a la muerte de Madero y que Wilson aprovechó admirablemente.

Primero coqueteó con Huerta, para llevar a cabo sus planes; ante la negativa de éste, que rechazó a su enviado John Lind, decidió apoyar a Carranza y a sus huestes, pero siempre que llevaran a cabo el plan de destrucción que él soñaba.

Con sus mentidas palabras de amor a los desposeídos, valióse al mismo tiempo (para disfrazar su plan), de cierto movimiento de ayuda y de mejoría de las masas campesinas que ya existía en México, y que Madero había prohijado, y le impuso a Carranza y a la revolución de un modo categórico, y sin permitirles desviarse en lo más mínimo de sus propósitos, el programa de destrucción de las haciendas y explotaciones agrícolas.

La declaración más contundente de Wilson, sobre esta materia, consta en las instrucciones dadas a sus representantes en las Conferencias del A. B. C., pero en casi todas sus declaraciones a la prensa y en sus escritos muestra la misma tendencia, su odio a los hacendados mexicanos, y su plan de destruir las haciendas y destruir toda la organización campesina del país, pues consideraba a esta población como la que podía oponerse más enérgicamente a las conveniencias del gobierno americano.

Nunca pensó en ayudar al campesino, sino por el contrario arruinarlo más y más, como lo ha conseguido la revolución, después de tantos años de la reforma agraria, que ha obligado al campesino a salir al extranjero en busca de trabajo y medios de vida que no encuentra en su

tierra, perdiendo por lo tanto el amor por ella y por supuesto por su país, que no le proporciona medios de vivir con amplitud.

Su plan principal fue arruinar al mexicano. Ya sabemos que en aquella época de la revolución, prácticamente la industria y el comercio en grande estaban en manos de extranjeros, y el capital del mexicano estaba fincado especialmente en el campo y en menor proporción en fincas urbanas. Pero seguramente el principal capital del mexicano estaba en el campo, y no en las grandes haciendas, que eran patrimonio de pocos, sino en las pequeñas propiedades o ranchos, donde vivían miles de mexicanos. Contra este núcleo de población arremetió Wilson, pues, como voy a demostrar, su idea fue destruir en su raíz la propiedad agrícola, sin importarle sus dimensiones ni la nacionalidad de los propietarios, para que la destrucción se hiciera desbocadamente. A su tiempo vendría la exigencia del pago riguroso a todos y cada uno de los propietarios yanquis e ingleses afectados por el agrarismo.

Voy a relatar un suceso que presencié, que prueba lo anterior. Cuando la revolución ya comenzaba a triunfar en el norte, varios americanos que tenían fincas de café y caña en el Estado de Veracruz, en las regiones de Jalapa y Córdoba, fincas todas ellas de pequeña superficie, adquiridas en terrenos que antes de sus trabajos eran selvas vírgenes, se unieron para ir a demandar a Washington garantías, para lo cual se entrevistaron con el presidente Wilson. Este, después de escucharlos, les contestó que ellos eran unos aventureros, que habían venido a México a despojar a los indios de sus tierras y que no esperaran de él protección alguna.

Como expresé antes, las tierras donde éstos habían fincado eran tierras vírgenes prácticamente deshabitadas en aquel entonces.

Las más de ellas estaban en la proximidad del Plan de las Hayas, y recuerdo el nombre de algunos de sus propietarios, cuya mayoría hubo de abandonar el país. Fueron ellos Simon, Goodrich, Perkings, McLean y otros cuyos nombres he olvidado. Uno de ellos, Simon, seguramente el que tenía la finca más grande y mejor cuidada, después de la entrevista con Wilson, me escribió proponiéndola en la 10a. parte de su valor. Su carta no puedo presentarla por haber sido destruída con otros muchos papeles por los revolucionarios, cuando saquearon mi rancho de Veracruz.

Todo esto lo relato como prueba de que Wilson odiaba, por cuanto se refería a México, no sólo el latifundio sino aun la pequeña propiedad, como lo eran los ranchos que menciono.

Pero las pruebas de mi aserto son innumerables, y voy a exponer varias. Empiezo transcribiendo unas declaraciones hechas por el presidente Wilson y publicadas por la revista *Ladies Home Journal.*

"*Es cosa curiosa* —dijo Mr. Wilson— *que todas las demandas por que se establezca el orden toman en consideración no el orden para el beneficio del pueblo, sino para beneficio del antiguo régimen, de los aristócratas, de los intereses creados, de los hombres que son responsables precisamente de estas condiciones de desorden. Nadie piensa en el orden para ayudar a que la masa del pueblo obtenga una parte de su derecho y de su tierra. . . es mi intención, una vez que he comenzado esta empresa, no*

desistir de ella. . . hasta que se me den seguridades de que las grandes injusticias que ha sufrido ese pueblo están en camino de ser reparadas. Por supuesto no nos incumbe exigir un procedimiento para la partición de la tierra, por ejemplo, porque eso nos colocaría en la posición de un dictador, lo que no somos, pero nuestra intención es no cesar en nuestra amistosa oficiosidad hasta que se nos asegure que todo está en camino de un arreglo feliz. Esto es una cuestión muy complicada; pero tengo plena esperanza de que se hallará la solución y que llegará el día en que el pueblo de México será puesto en completa posesión de la tierra, de la libertad y de la prosperidad que le corresponden de derecho".

Estas declaraciones fueron publicadas, en la época del presidente Cárdenas, por el entonces ministro de Hacienda el Lic. Eduardo Suárez, asentando que el gobierno americano veía con agrado la repartición agraria, que en esa época se intensificó mucho, pero se cuidó de decir que sólo a los americanos y a los ingleses se les pagaba la indemnización por sus tierras, probando este hecho lo que he venido asentando: que los gobiernos revolucionarios acataban las órdenes americanas, sin tomar en cuenta el perjuicio a sus nacionales.

Continuó exponiendo otros escritos, relativos a este asunto, de distintas publicaciones americanas.

Tomo del libro de Carlton Beals, *Mexican Maze*, lo siguiente:

"La industrialización de los trópicos (por los americanos) no puede continuar unida con el sistema feudal. Tampoco de acuerdo con las ideas de la conquista española, tampoco desconociendo los conflictos raciales".

The New York Times del 20 de enero de 1938 publicó lo siguiente, relativo a la crisis económica que nuestro gobierno padecía:

"Algunos círculos financieros hacen responsable en parte a Washington de la presente situación (del gobierno mexicano) desde el momento que se sabe que los Estados Unidos han urgido la ejecución del programa de la división de tierras, y no han tomado ninguna providencia para evitar la expulsión de la industria extranjera".

También con referencia al mismo asunto, el *Saturday Evening Post* del 5 de febrero de 1938, dice:

"Washington, embarcado en una política aún indefinida de 'buen vecino', mira con buenos ojos la reconstrucción social, lo cual es de primera importancia. Es axiomático que en México, ningún ejecutivo puede quedar en su puesto, si no es con la aprobación de la Casa Blanca. Esto se ha probado antes y nuevamente ahora; en los tiempos recientes en los periodos de Venustiano Carranza, Alvaro Obregón y Calles. Todos estos hombres recibieron el apoyo de la Casa Blanca cuando estuvieron en peligro, y pudieron conservar su puesto. El New Deal no sólo ha mostrado simpatía por México, sino que ha ido más adelante de lo que simplemente sería abstenerse de intervenir en los negocios de México.

Vale la pena hacer notar que México tiene alrededor de 110.000,000 de acres de terrenos baldíos sin que se hayan hecho planos de ellos, para conocer su valor con exactitud, y únicamente se han repartido tierras de propiedad privada, durante la administración de Cárdenas, por 22.000,000 de acres de extensión.

La tierra robada.—*No obstante, puede ser que nuestro Departamento de Estado se haya portado inteligentemente adoptando la actitud de que el reparto de tierras debe apoyarse y con tal motivo no ha exigido el pago de las tierras de los ciudadanos de Estados Unidos**.

La actitud de Washington.—*De todos modos, esta campaña ha lastimado más a México, que a cualquier otro. Los negocios extranjeros son inciertos. México está bajo una severa crisis económica, en el caso de que pueda resistirla.*

Puede asegurarse que Washington, quizá tanto como Cárdenas, es culpable de esta situación. El Departamento de Estado pudo haber detenido esto, cuando principiaba".

Pero la prueba más concluyente de que el agrarismo, tal como se ha llevado a cabo, es obra de Wilson, seguida ciegamente por los revolucionarios, es la orden dada por él por medio de Mr. Bryan a sus representantes en las conferencias de Niágara Falls, Mr. Lammar y Mr. Lehman (W. J. Bryan to the *Special Commisioners*-Mayo 27 de 1914. *Foreign Relations of the United States* 1914, págs. 506-510-523):

"*De acuerdo con nuestro parecer, creemos que es inútil el poner una autoridad provisional que fuera neutral. Para que ella tenga éxito deberá declararse, eficaz, decidida y sincera para imponer las* reformas agrarias *y políticas, y deberá plegarse a realizar su inmediata aplicación, no solamente a exigir que se les dé la debida atención.*

Y es imposible para los Estados Unidos retirar su mano hasta que este gobierno esté total y completamente satisfecho de que su programa va a llevarse a cabo enteramente en todos sus aspectos.

Si nosotros no logramos una contestación satisfactoria a estas demandas, entonces su ejecución deberá hacerse por medio de las armas, ya sean las nuestras o las de los constitucionalistas. . . El (Wilson) rechazó la idea de reconocer un gobierno provisional de 'neutrales', el presidente debe ser 'un declarado constitucionalista', y él 'estará encargado personalmente de formular y promulgar las reformas (agrarias) necesarias e inevitables como deber al cual debe plegarse ante todo'.

Más aún: 'en ninguna circunstancia debe desviarse o aun sugerir los detalles de la reforma'."

En esa nota Wilson se revela un verdadero dictador en los asuntos mexicanos, y el tono de mando que usa, indica claramente que él juzgaba a los constitucionalistas como soldados suyos, sujetos en absoluto a sus instrucciones y órdenes. Los hechos posteriores a esta nota confirman completamente esta aseveración mía, como veremos adelante.

Ya expuse antes los arreglos hechos por Wilson con Inglaterra para tener manos libres en México, sacrificando, para obtener esta franquicia, los derechos de exclusividad del pueblo americano en el Canal de Panamá, habiendo sido él mismo el principal defensor de esos derechos.

Seguramente era para él más importante la política que quería llevar con México, que el Canal, lo que prueba claramente que la ayuda al partido constitucionalista no era simplemente platónica, sino que tenía que exigir

* A su debido tiempo, como ya está dicho, se exigiría con creces.

de ese Partido el cumplimiento de todos los postulados que le había marcado.

Por eso vimos que inmediatamente después de las conferencias del A. B. C. los generales constitucionalistas comenzaron a repartir haciendas, sin que existiera ninguna Ley, y a apropiarse otras, sin más derechos que el de la bota del conquistador.

Lucio Blanco fue de los primeros en llevar a la práctica las órdenes de Wilson, como se puede ver en la *Breve Historia de México,* del Lic. Vasconcelos, pág. 557.

Otros generales simplemente se apropiaban de las haciendas en provecho propio, como Zapata y sus secuaces, apoderándose de los ingenios de Morelos.

Cuando los carrancistas llegaron a México, un general se apoderó de la hacienda de Jalpa en las cercanías de Huehuetoca y puso el siguiente letrero en la portada, que lo recordamos los que vivimos en esa época: "Hacienda de Jalpa, propiedad del Gral. Francisco Coss, que la nación agradecida le da en pago de sus servicios".

Por supuesto que esas confiscaciones fueron temporales, debido a los vaivenes de la Revolución, pero de bastante duración para esquilmar completamente a las haciendas, que quedaron sin ganados ni semillas ni los objetos de valor que en ellas había y eran de fácil transporte.

Este ejemplo se repitió en toda la República y en vez de recibir por esos abusos alguna reprimenda, se les premiaba y se les encomiaba como una realización efectiva de los móviles de la Revolución, es decir del cumplimiento de las órdenes de Wilson.

Pero todas estas ocupaciones, destrucciones, robos de ganado y semovientes podrían tener explicación en el fragor revolucionario, pero es que ya después de que pasó este tiempo siguió la destrucción de las haciendas con más saña, y con mayor maldad, cosa inexplicable en un gobierno mexicano, pues era destruir el patrimonio del mexicano, del pueblo mismo, cosa explicable únicamente en un ejército extranjero de ocupación.

Las pérdidas que esta destrucción produjo fueron inmensas: causó la ruina de millares y millares de familias mexicanas, que por generaciones tenían esas haciendas y ranchos, como patrimonio y fruto de sus trabajos y privaciones de años.

La destrucción de las haciendas no significaba ayuda ninguna a los campesinos, como era de esperarse.

Si la revolución tuviera por mira lo que de palabra decía, redimirlos de la esclavitud, no hubiera destruido las haciendas, sino que las hubiera organizado para que los campesinos obtuvieran el beneficio que ellas proporcionaban. Por lo contrario, su destrucción los sumía en la miseria al destruirles su fuente de trabajo. El hecho de destruirlas es igual a la acción de quemar la fábrica, para redimir al obrero, destruyendo con ello el negocio de donde obtenía su sustento.

Pero la Revolución estaba obligada a cumplir con la orden de Wilson, que, como expusimos antes, no admitía enmienda ni sugestión alguna.

Y así vemos que posteriormente, cuando ya se llevó a cabo la Reforma Agraria, los organismos del gobierno encargados de ejecutarla nunca se preocuparon por formar unidades agrícolas capaces de mejorar al campesino, sino todo su empeño era el destruir las haciendas o ranchos, sin importarles un bledo los campesinos.

Además, los voceros revolucionarios no solamente confesaron lo anterior, sino que afirmaron varias veces en la tribuna de la Cámara que el objeto principal de la Reforma Agraria era la destrucción de las haciendas.

Así vemos las declaraciones, hechas ya en tiempos recientes, de uno de los revolucionarios más connotados en materia agraria, el Ing. Luis León. Hablando en la propaganda por la elección del Lic. Alemán, en la población de Río Verde, S. L. P., de las crisis de la agricultura nacional y de la escasez de productos agrícolas, dijo: "Nuestra Revolución se enfrentó resueltamente con la gigantesca tarea de liquidar el latifundio, como sistema económico social, sostén de un régimen de dictadura".

Claramente pinta que el agrarismo tenía por meta la destrucción de las haciendas, no establecer un régimen de justicia social del campesino.

La meta que quería realizar Wilson, al ordenar la destrucción de las haciendas, fue destruir el patrimonio principal del mexicano para arruinar a éste. Así vemos que los gobiernos revolucionarios que hemos tenido hasta la fecha, nunca se han preocupado en lo más mínimo de indemnizar al mexicano, y sí tuvieron notable empeño en pagarle al extranjero, en especial al americano, las pérdidas que éstos tuvieron por la Reforma Agraria, defendiendo los derechos de los extranjeros antes que los del mexicano, tratando al mexicano con verdadero desprecio, probando con ello más y más que se han portado como un ejército extranjero de ocupación.

La deuda agraria con Estados Unidos e Inglaterra ya se pagó religiosamente, en dólares y en oro, no en moneda

nacional. Los Estados Unidos recibieron 40 millones de dólares, aparte de lo pagado a los ingleses.

La mayoría de los demás extranjeros no recibieron nada por sus propiedades.

Ahora bien, los intereses agrícolas de los americanos e ingleses eran una fracción pequeñísima comparada con las propiedades de los mexicanos, pues, como dije antes, los capitales extranjeros en México se empleaban especialmente en minas, en la industria y en el comercio, una mínima parte en explotaciones agrícolas. El capital americano y el inglés se invirtieron excepcionalmente en explotaciones agrícolas.

El monto de lo pagado a los extranjeros nos muestra aún muy disminuído el valor de los intereses del mexicano, al que arruinó la revolución del modo más injusto y más artero. Y esta pérdida recayó no sólo sobre el individuo, sino sobre la nación entera, que todavía no se recupera, y esto ha sido una de las causas principales de la baja de nuestra moneda.

Hay que hacer notar que aunque la tierra subsista, su valor no representa sino una fracción del valor de una empresa agrícola, más o menos el 10% y en ciertas ocasiones menos de ese valor; por lo tanto, la pérdida total sufrida monta cuando menos el 90% del valor de las fincas.

Para la nación, no sólo para los particulares a quienes se despojó de sus propiedades, la pérdida que significó el reparto agrario monta valores estratosféricos.

El Lic. Mendieta y Núñez, en su estudio *El Problema Agrario de México*, calcula en $ 1.226.000.000.00 el monto necesario para pagar las tierras repartidas hasta 1929. De acuerdo con la ley de indemnizaciones, el pago

tenía que fijarse sobre el valor fiscal de la tierra más el 10%, pero este valor fiscal, que en aquel entonces se fijaba únicamente con fines fiscales, difería mucho del valor comercial de las tierras, así que el monto indicado es mucho menor que su valor real.

Si el valor de las tierras lo calcula el Lic. Mendieta en 1226 millones de pesos, el valor de las haciendas destruidas monta cuando menos 5 veces este valor, suponiendo muy conservativamente en un 20% el valor de la tierra. Como la tierra subsiste, la pérdida que la nación sufrió es de sólo cuatro veces el valor de la misma, es decir: 1,226.000,000.00 x 4 = 4,904.000,000.00, cuatro mil novecientos cuatro millones de pesos, que convertidos en dólares en esa fecha montan 2,452 millones, o sea en nuestra moneda actual 306,500 millones de pesos, que la nación perdió efectivamente hasta la fecha indicada, valor que ha subido mucho más por la posterior destrucción de las haciendas, muy especialmente en la época del presidente Cárdenas.

Wilson, que no era un lerdo, comprendía perfectamente el mal que iba a causar a México con su reforma agraria, y el valor tan grande que tenía esta pérdida para sus fines de dominar el país, pues cuanto más pobre fuera éste, menos elementos tendría para defenderse.

Nuestros gobernantes nunca han querido comprender esto, aunque algunos sí quisieron poner fin a estas depredaciones, como fueron Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, pero seguramente no pudieron hacer nada, en vista de los compromisos del Régimen.

Lo mismo sucedió con los pagos por perjuicios de la revolución en fincas de campo: al extranjero se le pagaron íntegras las pérdidas sufridas; en cambio, al mexicano, después de exigir una comprobación más exigente de esas pérdidas, se le pagó el 10% del monto de las que se le reconocieron, y eso en bonos a 40 años, sin intereses redimibles, en contribuciones por pagar.

De hecho estos bonos se cotizaban en la bolsa a 9 cvs. por peso, así que el pago hecho se redujo a menos del 1% de los perjuicios comprobados.

En este pago se ve también claramente la discriminación del mexicano respecto al extranjero, revelando una vez más que los gobiernos emanados de la revolución seguían tratándonos como ejército de ocupación.

Ahora veamos qué ha hecho la revolución por el campesino, a quien dice que protegió, y dónde están los propósitos de Wilson, que decía "ayudar a que la masa del pueblo obtenga una parte de su derecho y de su tierra".

Sabemos perfectamente que los ejidos son tierras comunales, es decir, de un conjunto de individuos, pero sin que ninguno tenga la propiedad de la tierra. El agricultor más lerdo sabe que sin propiedad la explotación de la tierra no se puede hacer sino en la forma rudimentaria que tenían nuestros antepasados en la edad de piedra. Ahora bien, los campesinos que soñaron salir de la férula de los hacendados, recibieron la gran decepción al ver que la tierra prometida se les había ido de las manos.

El empeño en no dar en propiedad la tierra al campesino, nos prueba que nuestros gobiernos, cerrando los oídos a la razón y a los resultados de la experiencia, están dominados por una consigna superior que no les permite separarse un ápice de los lineamientos señalados.

Y contra hechos no hay argumentos.

Miles de braceros abandonan el ejido y el país, en busca de un medio más propicio para poder vivir. Para ello, arriesgan su tranquilidad y muchísimas veces la vida, sufren toda clase de privaciones para obtener un permiso de salida, formando grandes aglomeraciones en México y en todas las poblaciones donde hay una oficina de migración o de contratación.

Es un espectáculo deprimente verlos hacinados para dormir en los quicios de los zaguanes, comiendo lo que encuentran, pasando verdaderas hambres, llegando a veces a la inanición. Y estos son los hombres a quienes según Wilson iba a salvar.

¿Qué amor al terruño pueden tener esos hombres, que para matar sus hambres tienen que recurrir en tan penosas condiciones al extranjero, de donde muchos no vuelven, porque encuentran una patria nueva, aunque allí los discriminan y los tratan con desprecio? ¿Por qué prefieren esas humillaciones a las delicias del ejido?

No solamente son los braceros los que abandonan los ejidos: hay miles que, no pudiendo irse de braceros, inundan nuestras ciudades en busca de trabajo, también pasando miles de penalidades en las ciudades, viviendo en chozas improvisadas, comiendo muchas veces desperdicios que encuentran en la basura y constituyendo de hecho un problema para las autoridades municipales.

Casi todos los que trabajan de peones en las ciudades son ejidatarios que abandonan el ejido, y constantemente vemos ahora que el Departamento Agrario anula los derechos de ejidatarios a los que han abandonado el ejido por más de dos años.

Poco les ha de importar esa pérdida seguramente.

Ahora bien, para lograr estos beneficios en favor del campesino, veamos los sacrificios que la revolución impuso a la nación para cumplir con sus compromisos.

Ya indiqué antes que en aquel entonces el capital productivo del mexicano estaba establecido principalmente en el campo.

Además de las grandes haciendas había infinidad de ranchos y granjas, de las cuales no se tiene exactamente el número, pues no hay datos estadísticos de esa época, pero casi con seguridad se puede conjeturar que había 10 ranchos pequeños por cada hacienda.

Las leyes agrarias atacaron por igual a las grandes haciendas y a los pequeños ranchos. Yo he visto en Veracruz afectar ranchos de 20 hectáreas o menos, y sé que en todas partes pasó lo mismo, lo que prueba más y más que el objeto era la destrucción de nuestro agro.

El resultado de estas medidas afectó a un porcentaje muy considerable de nuestra población, destruyendo el capital de muchas familias, sus esfuerzos de muchos años, quitándoles la paz y tranquilidad que habían gozado. Sólo una invasión extranjera era capaz de atentar contra los nacionales como lo hizo la revolución. Ahora bien, no fue solamente la destrucción de los capitales. ¡Cuántos rancheros perdieron la vida, ya por defender sus propiedades, ya a manos de políticos cuyas maniobras estorbaban! ¡Cuántas hijas de ellos cayeron mancilladas!

La reforma agraria está manchada por la bota del conquistador con ríos de sangre, y ha costado más vidas que muchas guerras juntas. Lástima también que no haya una estadística de todos los crímenes habidos con ese motivo, pues aterraría su número.

El país entero tuvo que sacrificar miles de capitales que se esfumaron como el humo de una casa quemada. El valor de un rancho o el de una hacienda es varias veces el valor de la tierra donde se asentaba. El que la tierra permanezca, no significa absolutamente que guarde el valor que tuvo cuando era una unidad agrícola.

El agrarismo costó al país miles de miles de millones de pesos, de los cuales la nación después de tantos años no se ha recuperado, ni se recuperará sino en muchos años, en el caso de que se modifiquen las leyes agrarias.

Pero el agrarismo no solamente trajo la pérdida de capitales, sino que ha dejado al campo en un estado de inseguridad y de crímenes verdaderamente aterrador.

Ha despertado en nuestra gente campesina los instintos ancestrales de los tiempos de Huitzilopochtli y ha convertido a nuestra nación en la campeona de la criminalidad en el mundo. Yo creo que Wilson, con todo y su refinada malicia, nunca supuso que sus ideas de destrucción moral llegaran a obtener tales resultados.

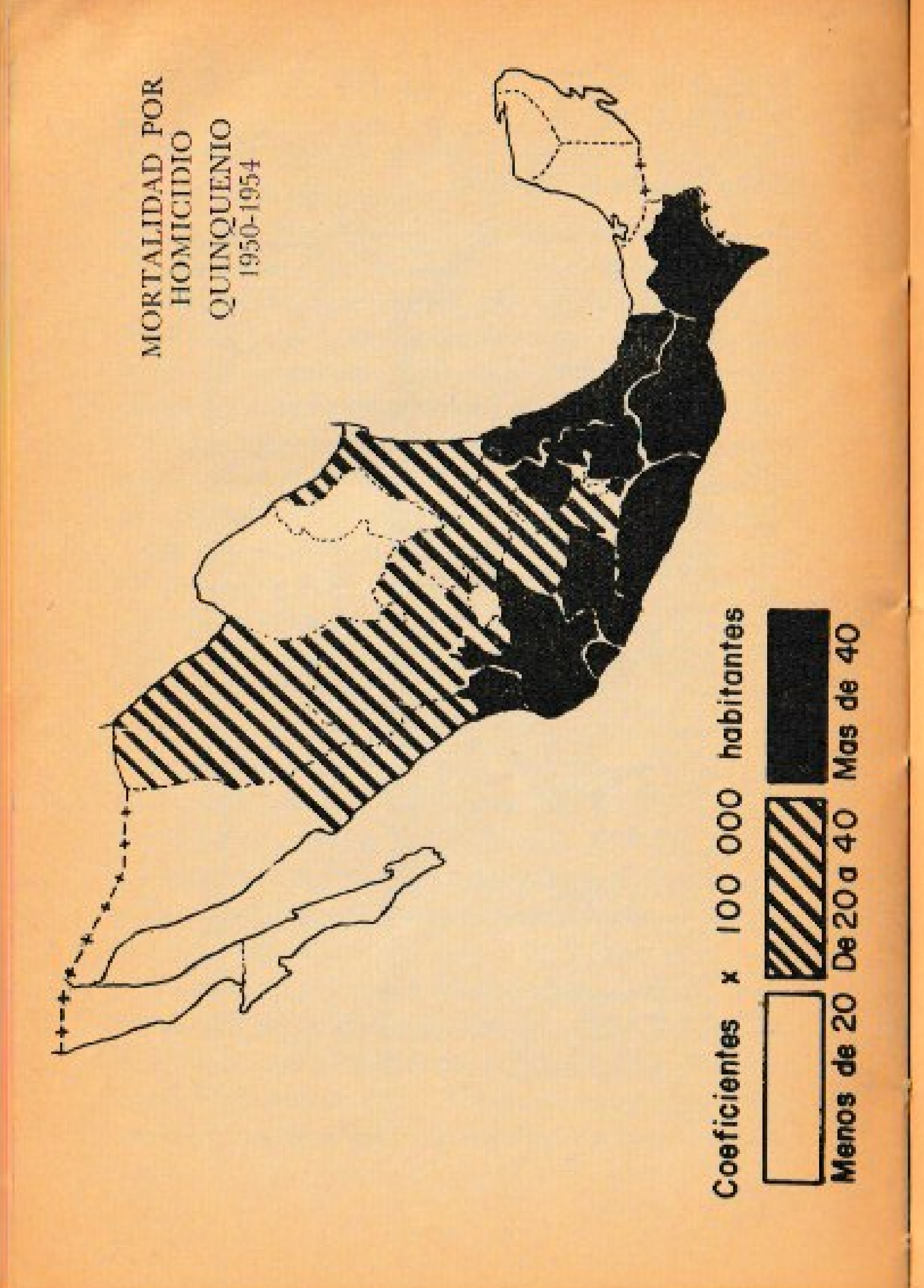
Transcribo como interesante, bajo el punto de vista que estudiamos, los resultados de una estadística de las muertes por asesinato en los distintos países del mundo, elaborada por las Naciones Unidas durante el período de 1953, tomada de sus Anuarios Demográficos. (Véase tabla en la pág. sig.).

Vemos en la tabla que México ocupa el primer lugar en la serie de los distintos países, pero con una ventaja aterradora, pues el coeficiente por cien mil habitantes en nuestro país llega al 38.2, y el país que le sigue Honduras, sólo tiene el 9.3, seguido por los distintos países con por-

cientos cada vez menores, los que rápidamente bajan a fracciones de la unidad.

Pero lo que impresiona más es la repartición de la criminalidad en la República.

No. de Orden	PAIS	Defunciones por Homicidio	COEFICIENTE POR 100,000 Habs.
1º	MEXICO	10,706	38.2
2º	Honduras	146	9.3
3º	Chile	519	8.2
4º	Trinidad y Tobago	46	6.8
5º	Guatemala	180	5.9
6º	Estados Unidos	7,674	4.8
7º	Costa Rica	37	4.2
8º	Ceylán	328	4.0
9º	Finlandia	136	3.3
10º	Islandia	5	3.3
11º	Trieste	8	2.7
12º	Singapur	23	2.1
13º	Japón	1,756	2.0
14º	Rodesia Sur (blancos	3	1.9
15º	Italia	839	1.8
16º	Luxemburgo	5	1.6
17º	Islas Mauricio	8	1.5
18º	Australia	124	1.4
19º	Hong-Kong	30	1.3
20º	Sarre	57	1.3
21º	Dinamarca	57	1.3
22º	Suiza	57	1.2
23º	Canadá	176	1.2
24º	Berlín Oeste	27	1.2
25º	Alemania Occidental	475	1.0
26º	Escocia	41	0.8
27º	Irlanda Norte	9	0.7
28º	Suecia	47	0.7
29º	Francia	266	0.6
30º	Inglaterra y Gales	277	0.6
31º	Nueva Zelanda	12	0.6
32º	Bélgica	52	0.6
33º	Países Bajos	57	0.5
34º	Noruega	12	0.4
35º	Irlanda República	7	0.2
36º	Islas Bermudas	0	——
37º	Zona del Canal	0	——
38º	Islas Anglo Normandas	0	——
39º	Rodesia Norte (blancos	0	——
40º	Gibraltar	0	——
41º	Malta y Gozo	0	——



El mapa que presentamos en la pág. 140 exhibe las áreas con los porcentajes de los crímenes, y si lo observamos detenidamente, vemos que las áreas donde el porcentaje pasa del 40 por 100,000, son exactamente aquellas donde el agrarismo ha sido más agudo.

Hago notar también que el mayor número de asesinados, de acuerdo con el Anuario Demográfico, han sido en el campo, contrariamente con lo que sucedía en el país antes de la revolución.

En México, en esa época, el asesinato en el campo era extremadamente raro, generalmente pasional, nunca por robos o rencillas entre campesinos, que no tenían motivos de discordia.

Por motivo de mi profesión, crucé muchas veces la República en todos sentidos, y siempre lo hice con mayor seguridad que la que se tiene hoy en las calles de México.

En aquel entonces la criminalidad era mucho mayor en las ciudades que en el campo. Los más de los asesinatos eran por pleitos en las pulquerías, o por robo en los alrededores de la ciudad.

Ahora el abigeato ha invadido nuestros campos y con frecuencia se libran combates entre los propietarios y los ladrones de ganado con saldo de muertes.

La inseguridad en que vive en la actualidad el campesino, tanto el agrarista como el pequeño propietario, es motivo constante de fricción y origen de riñas sangrientas.

Por no ser propietario de su parcela, el agrarista siempre está expuesto a que se la arrebaten en el mismo ejido, y siempre se despiertan celos entre unos y otros, que degeneran al final en asesinatos, los cuales a su vez son semillas

de otros por venganza, formándose una cadena interminable de crímenes.

Las envidias y las prédicas de los líderes siempre predisponen al agrarista contra los pequeños propietarios, originando otros motivos de discordia que también degeneran en muertes.

Nuestro gobierno lo sabe y lo palpa constantemente, pero no puede remediarlo, pues no cumpliría la consigna de Wilson, siempre latente. Por eso cuando hay cualquier intento de remediar este estado de cosas, brotan las protestas y los gritos de los políticos del partido revolucionario e instituciones afiliadas.

Otro de los perjuicios que han traído el agrarismo y la revolución es haber despertado el instinto del robo entre todas nuestras clases, pues por las prédicas y exacciones de nuestros gobernantes la gente se ha acostumbrado a robar, desde el más encumbrado ministro hasta el humilde ejidatario, habiéndose perdido el sentimiento del respeto a la propiedad.

A todo lo anterior, se suman los millones que ha costado el sostenimiento del Departamento Agrario y de los Bancos Ejidales que hemos tenido que sostener los contribuyentes para cumplir las órdenes de Wilson.

Los presupuestos del Departamento Agrario por el año de 1956 montan a $ 28.340.000.00, y las pérdidas de los Bancos Ejidal y Agrícola montan varios millones anualmente, pérdidas que hay que aumentar al presupuesto anterior y que tenemos que pagar todos los contribuyentes. Las utilidades que el gobierno obtuvo con la desvalorización de nuestra moneda a $ 12.50 por dólar, se

emplearon especialmente en cubrir todos los déficits que tenían estos Bancos.

CONCLUSION

Creo haber demostrado con documentos toda la ingerencia que tuvo el gobierno americano, en especial el presidente Wilson, en la Revolución que asoló nuestro país.

He demostrado también los fines que perseguía este gobierno, los cuales los consiguió plenamente por medio de nuestra Revolución.

La Revolución iniciada por Madero, cuyos fines fueron esencialmente políticos, resumidos en nuestro lema de "Sufragio Efectivo, No Reelección", fue totalmente desvirtuada por la revolución de Carranza, y más todavía por sus sucesores, que han hecho a un lado ese lema de "Sufragio Efectivo, No Reelección", pues vemos que después de 43 años sigue al frente del gobierno el mismo clan revolucionario, y el sufragio ha sido conculcado, elección tras elección, sin permitir nunca al pueblo elegir a sus gobernantes.

El gobierno americano siempre ha visto tal estado de cosas con complacencia, no obstante sus reiteradas voces de democracia y respeto de los derechos del hombre.

Siempre ha protegido a los hombres de la Revolución cuando éstos han estado en peligro de ser arrojados del poder, como en tiempo de Calles, y los ministros americanos siempre han desempeñado el papel de procónsules,

respecto a nuestros gobiernos, especialmente en los tiempos pasados, como lo fueron Morrow y Daniels.

Al gobierno americano le interesa contar con gobiernos dóciles a su política y obligados a cumplir todos los compromisos contraídos, cosa imposible si tuvieran que tratar con gobernantes salidos de verdaderas elecciones, y que no tuvieran más compromisos que con el pueblo que los ha elegido. Por lo tanto, es el primer interesado en que México no tenga elecciones libres.

Los que vivieron en la época de la Dictadura recuerdan perfectamente que si bien no había libertad política, como tampoco la hay ahora, en cambio había una libertad de comercio y trabajo que no hemos vuelto a ver, y una seguridad y garantías que nos asimilaban a los países más adelantados de Europa, como Bélgica y Holanda.

Nuestra moneda tenía un valor completamente firme y la honradez de los funcionarios públicos era proverbial.

La deuda pública era insignificante para los recursos del país; 100 millones de pesos importaba la deuda consolidada, en contraste con los miles de millones de pesos que en la actualidad debe el país.

Desconocida fue en aquella época la consabida mordida de los empleados públicos, que hubieran rechazado el cohecho con asco. Las garantías que había en el campo y la ciudad elevaban día a día los salarios de los proletarios, y el pueblo en general disfrutaba de un nivel de vida muy superior al que tiene en la actualidad.

Si el país hubiera seguido con el ritmo de trabajo y abundancia de que gozamos en las postrimerías del régimen de don Porfirio y el anterior a la Revolución, hubiera llegado a ser seguramente el primero de la América

Latina, y un país respetable y fuerte, comparable con países como Suiza, Bélgica, Suecia y otros de Europa, sin necesidad de ser potencia militar.

Esta consideración fue la que instigó al gobierno americano a no permitir el desarrollo de México, ni menos a que la influencia europea contrapesara su propia influencia.

Las palabras del Gral. Díaz, después de su entrevista con Taft, fueron proféticas: "Todo se ha perdido".

¿Qué trajo la Revolución al país? Antes que nada la violación más flagrante al principio que le sirvió de pretexto: Sufragio Efectivo, no Reelección.

Después nos ha impuesto una Constitución absolutamente totalitaria, aprobada por un congreso compuesto de militares y civiles que no representaban en absoluto al pueblo, pero ni siquiera a una mayoría revolucionaria. Esto fue indispensable para poder cumplir las órdenes de Wilson, y por eso la discusión de la Reforma Agraria se dejó al último, para que los mismos constituyentes no se dieran cuenta de su perfidia y sobre todo para no cambiar ni modificar un ápice la imposición de Wilson, según ya éste lo había manifestado.

El Diario de Debates de esa sesión dice claramente que cuando se trató la cuestión agraria, ya todo el mundo estaba cansado, deseoso de irse y se aprobó sin discusión.

La instrucción pública sufrió también un colapso: fueron cerradas todas las escuelas particulares, y con la destrucción de las haciendas desaparecieron también las escuelas que ahí existían.

El gobierno ha tenido que asumir por completo el problema de la educación, sin poderlo resolver, no allá en los

principios, en que simplemente se abandonó, sino en la actualidad, en que vemos su impotencia para establecer suficientes escuelas, pues no obstante las libertades que ha dado para abrir escuelas particulares, que le proporcionan una gran ayuda, se quedan millones de niños en el país sin lograr conseguir una escuela donde poder aprender a leer.

La Revolución trajo también, con el desconocimiento de la propiedad privada en muchas de sus leyes, especialmente la agraria, el desarrollo del bandidaje desenfrenado en todo el pueblo, al ver la impunidad de que han gozado todos los generales y prohombres de la revolución, que validos de su posición han extorsionado y robado a los hombres de trabajo y sobre todo a la nación, ya con contratos leoninos, ya con concesiones y monopolios vergonzosos y hasta con simples atracos sobre los bienes de la nación.

Consecuencia de la falta de respeto a la propiedad ha sido la desforestación que ha sufrido el país, pues se han entregado en manos de políticos todos los montes de propiedad particular, antes cuidados o explotados racionalmente y ahora esquilmados a su máximo, sin preocuparse nunca por cuidarlos y forestarlos de nuevo.

Nuestro ejército, aviación militar y marina, son una verdadera carga inútil, pues carecen de todo lo necesario para constituir una fuerza militar capaz de enfrentarse con cualquier otro país, y no habiendo temor de una acción guerrera, no se concibe ese gasto tan enorme para el país, si no es para sostener un conjunto de paniaguados, resabios de la revolución. Hay tal número de generales,

que si se dotaran con soldados los efectivos que debieran mandar, tal vez no alcanzaran los hombres de la nación.

El gobierno americano considera muy favorable para él este estado de cosas, pues nuestros gobiernos, careciendo de la base real, del apoyo del pueblo, no pueden tener la energía necesaria para oponerse a las menores insinuaciones que vengan de Washington.

¡Qué diferencia tan grande hay entre los gobiernos apoyados por Wilson y que él reconoció sabiendo lo que eran, y sus palabras! Las siguientes declaraciones las hizo Wilson a un grupo de financieros yanquis y yo las tengo en copia fotostática:

"Las grandes casas bancarias de Speyer and Co. y Kuhn Loeb y Cía. de Nueva York, Londres y Berlín, no solamente son los principales accionistas de varios ferrocarriles mexicanos, sino que también son los agentes fiscales, que representan en esos lugares a los accionistas europeos, y dichas negociaciones enviaron en el mes de diciembre a algunos de los más importantes individuos de sus respectivos consejos directivos a Washington, con el fin de entrevistar al presidente Wilson, e inducirlo a asumir una actitud enérgica que garantizara sus grandes intereses materiales en México.

El presidente los recibió con su acostumbrada sequedad, no exenta de cortesía, y les contestó:

En esta complicación mexicana, he obrado de acuerdo con mis ideales y los propósitos que expuse cuando asumí la presidencia.

Aunque les parezca a ustedes extraño, la legalidad del régimen que existe allá, con sus continuas revoluciones y bancarrotas, no sólo del gobierno sino de la nación, me

preocupa a mí tanto, que casi he olvidado que las compañías americanas y negociaciones privadas están esperando con ansiedad los sucesos de allá. Naturalmente, mis simpatías son por aquellos americanos que con sus ahorros y trabajo personal se han creado una posición de más o menos bienestar, y no por nuestros grandes capitalistas que han ido a México como a tierra de explotación, y a pesar de que sus riesgos presentes son grandes, mayores han sido sus ganancias pasadas.

Especulaciones internacionales en países revoltosos son valores recibidos. Ciertamente durante el largo período de gobierno del presidente Díaz las condiciones industriales y comerciales fueron excepcionales, y también puede decirse que bajo la sombra del dictador, si por un lado México prosperó y se desarrolló materialmente, el capital extranjero encontró allí oportunidades extraordinarias, debido a la benevolencia de Díaz y de sus ministros.

Comprendo que el primer problema que tiene México es obtener un gobierno legítimo para evitar las carnicerías, tales como resultan en las asonadas militares o revoluciones, en las cuales la vida de los nativos y de los extranjeros y la causa de la civilización peligran seriamente en este continente, y esta consideración está muy por arriba y merece más atención que la disminución de los intereses que los países americanos o europeos tienen allá, tomando en consideración que estas pérdidas son los gajes de los negocios de todo aquel que invierte su capital con el fin de obtener utilidades.

Al resolver el problema político de México, incidentalmente debe de esperarse la resolución de los problemas internacionales y económicos.

Probablemente mi plan cambia los procedimientos usuales; yo no soy un hombre de estado, ni tampoco un gran financiero, sino que soy un maestro que sueña con la honradez entre los diferentes países, y que no ha llegado a la presidencia para jugar con el alza y baja de las acciones en países hispanoamericanos, aun en el caso de que éstas hayan pasado a manos de millonarios de esos países, sino para seguir un programa de gobierno que no respete las usurpaciones de aquellos que han llegado al poder, en cualquier país hispanoamericano, ni tampoco las imposiciones en aquellos países a las que ya nos hemos antes opuesto y aquellas a las que aconsejo nos opongamos".

Dice no reconocer gobiernos nacidos de la fuerza y del derramamiento de sangre y reconoce a Carranza después de una de las más sangrientas revoluciones que hemos tenido.

El llevó su plan de exterminio de México con mucha tenacidad y astucia, y nos legó una serie de gobiernos que nunca se han preocupado de nuestros asuntos nacionales, en que los gobernantes y políticos que hemos tenido solamente se han preocupado de enriquecerse en poco tiempo y que careciendo de un verdadero arraigo en el pueblo, puesto que nunca han sido elegidos por él, tienen su mirada siempre puesta en Washington, atentos a sus menores indicaciones.

Vemos también, al final de su discurso, su deseo abierto de erigirse en director de los pueblos hispanoamericanos, de los cuales México, por su cercanía, fue el que recibió su intervención más directa.

INDICE

Acabóse de imprimir esta segunda Edición el día 12 de agosto de 1697, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A., Plaza de Abasolo 14, Co. Guerrero, México 3, D. F. El tiro fue de 2,000 ejemplares.

Nº 0146